

Vladimir Nabokov

Mashenka



se

Ganin, un joven exiliado ruso, sobrevive en el Berlín de entreguerras gracias a los más diversos trabajos —camarero, vendedor a domicilio, extra de cine...— mientras sueña con abandonar la ciudad y rememora su infancia y adolescencia en la añorada Rusia y su temprano romance con Mashenka, mujer deseada e idealizada, amor perdido en el pasado. Anhelante, mientras rebusca en su memoria los preciados recuerdos, Ganin rompe con su acutal novia y deja pasar el tiempo en la pensión en la que vive con otros exiliados que mantienen una peculiar relación de amor-odio con la madre patria; el viejo poeta rondado por la muerte, la romántica muchacha de los grandes pechos, los dos bailarines homosexuales y el mediocre hombre al que el protagonista conoce cuando ambos se quedan encerrados en el ascensor y que resulta ser el marido de Mashenka, que pronto

irá a reunirse con él... Mashenka, primera novela de Vladimir Nabokov, es una temprana muestra de su talento y contiene ya muchos de los elementos que configuran el fascinante mundo del genial autor de Lolita, así como la admirable prosa y la desbordante capacidad fabuladora que caracterizan su producción literaria.



Vladimir Nabokov

Mashenka

ePub r1.0

Titivillus 13.01.16

Título original: Машенька

Vladimir Nabokov, 1926

Traducción: Andrés Bosch

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Al recordar pasadas intrigas

Al recordar un pasado amor.

PUSHKIN

PROLOGO A LA TRADUCCIÓN INGLESA

Mashenka fue mi primera novela. Comencé a trabajar en ella en Berlín, poco después de haber contraído matrimonio, en la primavera de 1925. La terminé a principios del año siguiente, y fue publicada por una editorial regida por emigrados rusos (Slovo, Berlín, 1926). Dos años después, aparecía una versión alemana que no he leído (Ullstein, Berlín, 1928). Con esta sola excepción, la novela no ha sido traducida a lo largo del impresionante período de cuarenta y cinco años.

La reconocida tendencia de todo principiante a revelar su intimidad por el medio de presentarse a sí mismo en la obra literaria, o de presentar a un representante suyo, no se debe tanto al atractivo que en él pueda ejercer un tema ya estructurado como al

alivio que experimenta al liberarse de sí mismo, antes de emprender mayores empresas. Esta es una de las poquísimas normas generalmente aceptadas a las que me he plegado. Los lectores de mi obra *Speak, Memory*, comenzada en los años cuarenta, advertirán ciertas semejanzas entre mis recuerdos y los de Ganin.

Su Mashenka es hermana melliza de mi Támara, en ambas obras están los ancestrales caminos, el Oredezh discurre en ambos libros, y la fotografía real de la casa de Rozhestveno, tal como es en la actualidad —excelentemente reproducida en la cubierta de la edición Penguin (*Speak, Memory*, 1969)— podría muy bien ser la foto del porche con columnas del «Voskresensk» de la novela. No consulté *Mashenka* al escribir el capítulo doce de la autobiografía, un cuarto de siglo después, pero ahora lo he hecho y me ha fascinado el que, a pesar de las invenciones superpuestas (como la pelea con el bruto del pueblo, o la cita en el pueblo anónimo,

entre las luciérnagas), en el relato novelado hay un más denso contenido de realidad personal que en el escrupulosamente fiel testimonio autobiográfico. Al principio me pregunté cómo podía ser esto posible, cómo era posible que la sensación y el aroma reales hubieran superado las exigencias de la trama y de la rotundidad de los personajes ficticios (dos de ellos incluso aparecen, muy desdibujados, en las cartas de Mashenka), máxime si tenemos en cuenta que me resultaba inverosímil que la imitación estilizada pudiera ser compatible con la verdad pura y simple. Pero la explicación de lo anterior es, en realidad, muy sencilla: siguiendo el criterio cronológico de los años, Ganin estaba tres veces más cerca de su pasado de lo que yo lo estaba en *Speak, Memory*.

Debido a la extremada lejanía de Rusia, y debido a que la nostalgia ha sido un constante y loco compañero a lo largo de toda mi vida, cuyas enternecedoras rarezas me he acostumbrado a tolerar en público, no me molesta en absoluto confesar el

doloroso sentimentalismo que hay en mi cariño hacia mi primera obra. Las argucias de la inocencia y la inexperiencia, todos los defectos que cualquier aprendiz de crítico podría denunciar con alegre facilidad, quedan compensados, a mi juicio (y yo soy, en este caso, el único juez) por varias escenas (la convalecencia, el concierto en el granero, el paseo en barco) que, de haber pensado yo en ello, hubieran debido ser transportadas, virtualmente intactas, a una obra posterior. Por todo lo dicho comprendí, tan pronto comencé mi colaboración con Mr. Glenny, que nuestra traducción debía ser tan fiel al texto original como hubiera yo exigido si este texto no hubiera sido mío. Las alegres y felices modificaciones que hice en la versión inglesa de *King, Queen, Knave* no cabían en el presente caso. Los únicos reajustes que he estimado necesarios quedan reducidos a breves frases explicativas, en tres o cuatro párrafos, referentes a peculiaridades rusas (clarísimas para otros emigrados, pero

incomprensibles para los lectores extranjeros), y a transformar en fechas del calendario gregoriano, el generalmente utilizado, las del calendario juliano observado por Ganin. Por ejemplo, lo que para éste es fines de julio, para nosotros es la segunda semana de agosto, etc.

Voy a terminar la presente introducción con las siguientes afirmaciones. Como contesté una de las preguntas que me hizo Aliene Talmey, en su entrevista para *Vogue* (1970): «Lo mejor de la biografía de un escritor no es el relato de sus aventuras sino la historia de su estilo. Únicamente desde este punto de vista se puede valorar debidamente la relación, si es que la hay, entre mi primera heroína y mi reciente Ada». Podría añadir que, realmente, no hay relación alguna. La otra afirmación hace referencia a una falsa creencia que todavía se esgrime en ciertos sectores. Pese a que cualquier tonto puede alegar que «orange» (naranja) es el anagrama onírico de «organe» (órgano), me

permiso aconsejar a los miembros de la delegación vienesa que no pierdan su precioso tiempo analizando el sueño de Klara, al término del cuarto capítulo de la presente obra.

VLADIMIR NABOKOV

9 de enero, 1970

1

—Lev Glevo. ¿Lev Glebovich? Querido amigo, estos nombres son trabalenguas, más que nombres.

—Es cierto —repuso Ganin con cierta sequedad, mientras intentaba distinguir el rostro de su interlocutor, en la imprevista oscuridad.

Ganin se sentía molesto por la absurda situación en que los dos se encontraban, así como por la conversación que se veía obligado a sostener con aquel desconocido. La voz prosiguió impertérrita:

—No crea que le haya preguntado su nombre y apellido por simple curiosidad. No, porque siempre he creído que todo nombre...

—Voy a pulsar el botón otra vez —le interrumpió Ganin.

—Sí, sí... De todos modos, mucho me temo que

no servirá de nada. Pues, tal como le decía, todo nombre lleva anejas sus responsabilidades. Lev y Gleb es una combinación muy extraña, y, en cierta manera, una combinación muy exigente. Significa que quien así se llama ha de tener una personalidad tensa, firme y un poco excéntrica. Mi nombre es mucho más modesto, y el de mi mujer es pura y simplemente Mashenka. Permítame que me presente: Aleksey Ivanovich Alfyorov. Perdón, me parece que le he pisado...

Buscando en la oscuridad la mano que le rozaba el puño de la camisa, Ganin dijo:

—Es un placer. ¿Cree que estaremos así mucho rato? Diablos, ya es hora de que alguien haga algo. La alegre y fatigosa voz sonó un poco más arriba de su oreja, muy cerca:

—Lo mejor será que nos sentemos y esperemos. Ayer, cuando llegué, me tropecé con usted en el pasillo. Luego, por la tarde, a través del tabique, le

oí carraspear y, por el sonido de la tos, me di cuenta inmediatamente de que éramos compatriotas. ¿Lleva usted mucho tiempo alojado en esta pensión?

—Siglos. ¿Tiene una cerilla?

—No. No fumo. Desde luego, es sórdida esta pensión, pese a ser rusa. Soy un hombre de suerte, ¿sabe usted? Mi esposa ha salido de Rusia. Cuatro años, casi nada... Sí, señor. Ahora ya falta poco. Hoy es domingo.

Ganin se estrujó los dedos, y musitó:

—Maldita oscuridad... No sé qué hora será.

Alfyorov lanzó un ruidoso suspiro, difundiendo el cálido y pasado hedor propio de un hombre entrado en años y que no goza de mucha salud. Este hedor produce tristeza.

—Sólo faltan seis días. Creo que mi mujer llegará el sábado. Ayer recibí carta. Escribió las señas de un modo muy curioso. Lástima que estemos

tan a oscuras, si no le enseñaría el sobre. ¿Qué hace usted, mi querido amigo? Estas ventanitas no se abren.

Por menos de un pitillo las reventaría.

Vamos, vamos, Lev Glebovich, no se ponga usted así. ¿No sería mejor que nos distrajéramos con algún juego de sociedad? Sé algunos magníficos, yo mismo me los invento. Por ejemplo, piense un número de dos guarismos. ¿Ya está?

—Gracias, no juego —repuso Ganin y, acto seguido, pegó dos puñetazos a la pared.

La voz de Alfyorov ronroneó:

—El conserje lleva horas durmiendo. De nada sirve golpear la pared.

—Pero reconocerá usted que no podemos pasar la noche aquí, ¿verdad?

—Pues parece que no nos va a quedar otro remedio. ¿No le parece que hay cierto simbolismo

en nuestro encuentro, Lev Glebovich? Cuando estábamos pisando tierra firme no nos conocíamos. Luego, resulta que los dos nos dirigimos a casita al mismo tiempo, y entramos juntos en este ingenio. A propósito, el suelo es terriblemente delgado, y debajo no hay más que un pozo oscuro. Pues bien, como iba diciendo, los dos entramos sin decirnos ni media palabra, sin conocernos, ascendemos en silencio, y, de repente, se para. Y la oscuridad.

Con lúgubre acento, Ganin preguntó:

—¿Y qué hay de simbólico en esto?

—Bueno, pues el hecho de que nos hayamos quedado parados, inmóviles, en esta oscuridad. Y el hecho de que estemos esperando. Hoy, durante el almuerzo, ese individuo, ¿cómo se llama?, el viejo escritor, ah, sí, Podtyagin, me ha estado hablando del sentido de esa vida de emigrantes que llevamos, de esta constante espera. Usted ha pasado el día fuera, ¿verdad, Lev Glebovich?

—Sí, he salido de la ciudad.

—¡La primavera...! ¡Qué bonito debe estar el campo!

La voz de Alfyorov dejó de oírse durante unos instantes, y, cuando volvió a sonar, había en ella un desagradable tonillo, debido seguramente a que el hombre sonreía:

—Cuando mi mujer esté aquí, la llevaré a ver el campo. Le entusiasma pasear. Me parece que la patrona me ha dicho que su habitación quedaría libre el próximo sábado, ¿es así?

—Efectivamente —repuso Ganin con sequedad.

—¿Se va de Berlín?

Olvidando que en la oscuridad era invisible, Ganin afirmó con un movimiento de cabeza. Alfyorov rebulló en el asiento, lanzó uno o dos suspiros, comenzó a silbar una dulzona tonada, dejó de silbarla, volvió a silbarla... Así pasaron diez

minutos, hasta que oyeron un «clic», arriba.

—Menos mal —dijo Ganin con una sonrisa.

En el mismo instante se encendió la bombilla en el techo, y la móvil y zumbante cabina quedó inundada de luz amarillenta. Alfyorov parpadeó, igual que si hubiera despertado. Llevaba un viejo abrigo de color de arena, uno de esos abrigos llamados de entretiem po, y sostenía en la mano un sombrero hongo. Iba con el cabello, escaso y rubio, algo despeinado, y en sus facciones había ciertos matices que recordaban las estampas religiosas: la dorada barbita y el modelado de su flaco cuello que quedó al descubierto al quitarse el pañuelo con puntitos de vivos colores. De un tirón, el ascensor subió hasta el descansillo del cuarto piso y se detuvo. Mientras abría la puerta, Alfyorov dijo sonriente:

¡Un milagro! Pensaba que alguien habría oprimido el botón, pero veo que no hay nadie. Usted

primero, Lev Glebovich.

Pero Ganin, con una mueca de impaciencia, empujó suavemente a Alfyorov, y salió tras él, desfogándose por el medio de cerrar ruidosamente la puerta de hierro. Nunca se había sentido tan irritado.

—Un milagro —repitió Alfyorov—. Hemos subido, sin que aquí haya nadie. También es simbólico, eso.

2

La pensión no sólo era rusa sino también desagradable. Y era desagradable, principalmente, debido a que durante todo el día y parte de la noche se oía el paso de los trenes del *Stadtbahn*, lo que creaba la impresión de que el edificio entero se desplazara lentamente. El vestíbulo, en una de cuyas paredes colgaba un macilento espejo con una repisa para dejar en ella los guantes, y en el que había un perchero de roble situado de tal modo que era inevitable que cuantos por allí pasaran se pelaran las espinillas al chocar con él, daba paso a un estrecho pasillo. A uno y otro lado de este pasillo había tres estancias, con grandes números negros pegados en las puertas. Estos números eran simplemente hojas del calendario del año pasado, concretamente las correspondientes a los seis primeros días de abril de 1923. Primero de abril —

la primera puerta a la izquierda— era el dormitorio de Alfyorov, la siguiente era la del dormitorio de Ganin, en tanto que la tercera correspondía a la patrona, Lydia Nikolaevna Dorn, viuda de un hombre de negocios alemán que, veinte años atrás, se la había traído desde Sarepta a Berlín, y que había fallecido hacía un año de fiebre cerebral. En las tres habitaciones de la derecha —desde el cuatro al seis de abril—, vivían Antón Sergeyevich Podtyagin, viejo poeta ruso; Klara, muchacha de opulento busto e impresionantes ojos de color castaño azulenco; y, por fin, en el dormitorio seis, al final del pasillo, dos bailarines de *ballet*, Kolin y Gornotsvetov, los dos soltando siempre risitas de muchacha, con las narices empolvadas y muslos muy musculosos. Al término de la primera porción del pasillo estaba el comedor, con una litografía de la Última Cena en la pared que daba frente a la puerta, y las amarillas calaveras con cuernos de unos ciervos alineadas sobre un aparador de redondeadas líneas bulbosas.

En este aparador se veía un par de jarrones de cristal, otrora los dos objetos más limpios de la casa, pero actualmente empañados por una capa de grasa polvo.

Después del comedor, el pasillo formaba un ángulo recto a la derecha. Allí, en aquellas trágicas y malolientes profundidades, se ocultaba la cocina, un pequeño dormitorio para la criada, un sucio cuarto de baño y un estrecho W. C, en cuya puerta había dos rojos ceros, privados del guarismo inmediato anterior con el que habían indicado el número correspondiente a dos domingos, en el calendario de sobremesa de *Herr Dorn*. Un mes después de la muerte de este señor, Lydia Nikolaevna, mujer pequeñita, algo sorda y dada a inofensivas excentricidades, alquiló un piso y lo convirtió en pensión. La forma en que distribuyó allí los escasos muebles y cachivaches heredados demostró un ingenio indiscutible aunque un tanto mezquino. Distribuyó las mesas, las sillas, los

chirriantes armarios y los duros divanes en las habitaciones que pensaba alquilar. Los diversos muebles, en otros tiempos con aspecto simplemente marchito, una vez separados tomaron el aspecto de huesos de un esqueleto desmontado. La mesa escritorio de su difunto esposo, monstruo de roble con una escribanía de hierro colado en forma de sapo, y con un cajón central profundo cual bodega de buque de carga, fue a parar a la estancia número 1, ocupada actualmente por Alfyorov, en tanto que el sillón giratorio originariamente destinado a dicha mesa, fue separado de ella, y vivía ahora, solitario y huérfano, en la habitación número 6, la de los bailarines. También los dos sillones verdes que formaban pareja fueron arrancados el uno del otro; uno de ellos penaba en la habitación de Ganin, y el otro estaba al servicio de la propia patrona o de su vieja perra *dachshund*, gorda, negra, con morro grisáceo y orejas pendulares, de extremos aterciopelados como los bordes de las alas de las

mariposas. La estantería para libros del dormitorio de Klara estaba adornada con los primeros volúmenes —pocos— de una enciclopedia, cuyos restantes tomos se hallaban en poder de Podtyagin. Klara también disfrutaba del único palanganero decente, con su espejo y cajoncitos. En las otras estancias sólo había un rectangular armatoste de madera, con una jofaina de hojalata y una jarra del mismo material. Sin embargo, la patrona se había visto obligada a comprar camas. Esto enojó a *Frau* Dorn, no porque fuese, así, agarrada, sino debido a que el modo en que había distribuido su mobiliario le había llegado a producir un cierto placer, un cierto orgullo de su ingenio y sentido económico. Ahora que era viuda y que su cama matrimonial era demasiado espaciosa para ella sola, *Frau* Dorn lamentaba no poderla aserrar, convirtiéndola en las distintas partes de dos camas. Ella misma se ocupaba de limpiar cuidadosamente las habitaciones, pero no era capaz de cuidar de la

cocina, por lo que tenía una cocinera, terror del vecino mercado, formidable marimacho de cabello rojo, que los viernes se encasquetaba un sombrero carmesí y se iba a navegar a toda vela por el barrio del norte de la ciudad, donde procuraba explotar sus hinchados encantos. A Lydia Nikolaevna le daba miedo entrar en la cocina. En general, era una mujer silenciosa y timorata. Cuando sus piececillos, calzados con zapatos de punta roma, la llevaban pasito a paso a lo largo del pasillo, los pupilos tenían siempre la impresión de que aquel ser gris y de corta nariz no era la patrona, sino una viejecita algo chocha que había entrado por error en un piso ajeno. Todas las mañanas, doblada por la cintura, como una muñeca de trapo, barría apresuradamente el polvo que se depositaba debajo de los muebles, y después desaparecía en su dormitorio, que era el menor entre cuantos había en la casa. Allí leía viejos libros alemanes, o examinaba los papeles y documentos dejados por su difunto marido, sin

comprender ni jota de su contenido. La única persona que entraba en el cuarto de la patrona era Podtyagin, quien acariciaba afectuosamente a la perra, le tocaba las orejas y el grano que tenía en el hocico, e intentaba que se sostuviera erecta y ofreciera la pata doblada. Hablaba con Lydia Nikolaevna, le contaba sus penas y dolores de anciano, y le explicaba que llevaba seis meses intentando conseguir el visado para ir a París, donde vivía una sobrina suya, y donde las largas y crujientes barras de pan y el vino tinto eran tan baratos. La vieja señora afirmaba con movimientos de cabeza, y, de vez en cuando, le formulaba preguntas acerca de los otros pupilos, en especial Ganin, a quien la patrona consideraba muy distinto de los otros jóvenes rusos que se habían alojado en su pensión. Después de vivir tres meses en la pensión, ahora Ganin se disponía a dejarla, e incluso había dicho que su habitación quedaría libre el próximo sábado. Ganin había proyectado irse varias

veces, aunque siempre había cambiado de parecer y había demorado su partida. Por lo que el amable y viejo poeta le había dicho, Lydia Nikolaevna sabía que Ganin tenía novia. Y ahí radicaba el problema.

En los últimos tiempos, Ganin se había convertido en un hombre triste y lúgubre. Hacía poco, Ganin todavía era capaz de ponerse cabeza abajo, caminar apoyándose en las manos, con las piernas elegantemente erectas, como un acróbata japonés, y recorrer un trecho con gracia de velero. Era capaz de levantar una silla con los dientes. Rompía un cordel flexionando los bíceps. Su cuerpo necesitaba constantemente hacer algo, saltar una valla o arrancar un poste, en fin, «hacer el gamberro», como decíamos cuando éramos jóvenes. Sin embargo, ahora, parecía que se le hubiera aflojado algún muelle en el interior de su cuerpo. Incluso iba encorvado, y había confesado a Podtyagin que padecía insomnio «como cualquier hembrecilla neurótica». La noche del sábado al

domingo, después de pasar veinte minutos encerrado en el ascensor en compañía de aquel efusivo individuo, había sido especialmente mala para Ganin. El domingo por la mañana estuvo largo rato sentado, desnudo, con las frías manos aprisionadas entre las rodillas, aterrorizado por la idea de que aquel día era otro día, y que tendría que ponerse la camisa, los pantalones, los calcetines —aquellas lamentables prendas impregnadas de sudor y polvo—, y en su mente apareció la imagen de un perro de aguas de circo, uno de esos perros que tan horrible y lastimero aspecto tienen cuando les visten con prendas de ser humano. Su inercia derivaba en parte de encontrarse sin trabajo. Aunque por el momento no tenía necesidad alguna de trabajar, ya que durante el invierno había ahorrado algún dinero. Cierto era que tan sólo le quedaban doscientos marcos... Pero esto se debía a que había gastado más de la cuenta los últimos tres meses.

Al llegar a Berlín, el año pasado, encontró

trabajo inmediatamente, y hasta el mes de enero trabajó en diversos empleos. Había llegado a saber lo que significa ir a trabajar a una fábrica, en la amarillenta bruma de primeras horas de la mañana. También sabía cuánto duelen las piernas después de trotar más de diez sinuosos kilómetros diarios por entre las mesas del restaurante Pir Goroy, transportando platos y bandejas. Había tenido otros empleos, y había vendido a comisión cuantos artículos quepa imaginar, como tortas rusas, brillantina y, pura y simplemente, brillantes. Nada había que pudiera ofender su dignidad. Más de una vez había vendido su propia sombra, como muchos de nosotros hemos hecho. En otras palabras, había ido a las afueras de la ciudad para hacer de extra en alguna película que se rodaba en un recinto de feria, donde los chorros de luz surgían con místico siseo de las superficies de los focos que apuntaban como cañones a una muchedumbre de extras, iluminada con mortal esplendor. Los focos disparaban

andanadas de asesino resplandor, iluminando la cera pintada de los rostros inmóviles, y expirando después con un «clic», pero durante largo tiempo brillaría, en aquellos complicados cristales, agonizantes ocasos rojizos, nuestra humana vergüenza. El trato estaba cerrado, y nuestras anónimas sombras eran enviadas a todos los lugares del mundo.

Con el dinero que le quedaba tenía bastante para irse de Berlín, pero esto significaba dejar plantada a Liudmila, y Ganin no sabía cómo romper con ella. A pesar de que se había concedido el plazo de una semana para hacerlo, y había comunicado a la patrona que por fin se iría el próximo sábado, consideraba que el paso de la presente semana, e incluso el de la siguiente, nada cambiaría. Entretanto, en su espíritu crecía con gran fuerza un sentimiento que bien podría llamarse nostalgia invertida, es decir, ardiente deseo de encontrarse en otro país desconocido. Desde su ventana podía ver

las vías del ferrocarril, por lo que la oportunidad de irse jamás dejaba de estar ante su vista. Cada cinco minutos, un sutil temblor comenzaba a estremecer la casa, y tras el temblor se alzaba fuera una gran nube de humo que oscurecía la blanca luz del día berlinés. Una vez más, el humo se disolvía lentamente, revelando las vías del ferrocarril, que iban estrechándose a medida que se alejaban por entre los negros y resquebrajados muros traseros de las casas, bajo un cielo blanco como leche de almendras.

Ganin se hubiera sentido mucho más tranquilo si hubiese ocupado una estancia al otro lado del corredor, si tuviera el dormitorio de Podtyagin o el de Klara, desde cuyas ventanas se veía una calle bastante triste que, a pesar de estar cortada por un paso a nivel, tenía la ventaja de no ofrecer a la vista pálidas y seductoras distancias. Las vías del paso a nivel eran continuación de aquellas que Ganin veía desde su ventana, por lo que nunca pudo

desprenderse de la idea de que los trenes pasaban, invisibles, a través de la casa. El tren llegaba por el otro lado, su fantasmal traqueteo estremecía el muro, cruzaba la vieja alfombra, rozaba el vaso en el palanganero, y finalmente desaparecía por la ventana, produciendo un escalofriante fragor, seguido al instante por una nube de humo junto a la ventana, en su parte exterior, y a medida que estas sensaciones se debilitaban, el convoy del Stadtbahn surgía como expelido por la casa: vagones de sucio color oliváceo, con una fila de oscuros pezones de perra en las techumbres, y una robusta y menuda locomotora, enganchada por el extremo contrario al normal, desplazándose dinámica hacia atrás arrastrando los vagones camino de la blanca lejanía, entre los inexpresivos muros cuya capa de oscuro tizne se iba desprendiendo a trozos o estaba manchada por viejos anuncios. Parecía que una corriente de hierro, y no de aire, cruzara sin cesar la casa.

—¡Írme de aquí...! —musito Ganin, mientras se desperezaba tranquilamente.

Pero dejó de hacerlo al pensar: ¿Qué haré con Liudmila? Se había convertido en un ser ridículamente flojo. Tiempo hubo (en los días en que caminaba cabeza abajo, sobre las manos, o saltaba sobre cinco sillas, una al lado de la otra) en que no sólo dominaba su voluntad, sino que incluso jugaba con ella. Por ejemplo, tiempo hubo en que, para ejercer la voluntad, abandonaba la cama a media noche, salía a la calle y arrojaba una colilla en un buzón de correos. Sin embargo, ahora ni siquiera era capaz de decir a una mujer que ya no la amaba. Anteayer, Liudmila había pasado cinco horas en el dormitorio de Ganin. Ayer, domingo, Ganin había pasado todo el día en compañía de Liudmila, junto a los lagos de las afueras de Berlín, incapaz de negarle esta ridícula excursioncilla. Ahora, en Liudmila, todo le repelía: su cabello amarillento, rizado a la moda, las dos mechass de cabello negro

que le salían en la parte baja del cogote y que no se afeitaba, sus párpados oscuros y lánguidos, y sobre todo sus labios relucientes de lápiz rojo-púrpura. Ganin experimentó repulsión y aburrimiento cuando Liudmila, mientras se vestía, después de haber hecho los dos mecánicamente el amor, achicó las pupilas, lo que le dio inmediatamente una expresión desagradable y marchita, y le dijo:

—Tengo tanta sensibilidad que en cuanto dejes de quererme un poco, me daré cuenta.

Sin contestar, Ganin le dio la espalda y miró a través de la ventana, donde se acababa de alzar un muro de humo blanco. Entonces, Liudmila emitió una risita nasal, y en un ronco susurro le dijo:

—Ven aquí.

En aquel instante, Ganin sintió deseos de oprimirse los dedos, para producir chasquidos con las articulaciones, y sentir un delicioso dolor, y decir a Liudmila: «Vete, mujer, y adiós para

siempre». Pero no lo hizo, sino que sonrió y se acercó a ella. Con las puntas de las uñas, tan duras que parecían artificiales, le recorría Liudmila el pecho, y componía un mohín, y parpadeaba moviendo arriba y abajo sus pestañas negras como el carbón, interpretando el papel de muchachita ofendida o de marquesa caprichosa. Pese a que Liudmila sólo tenía veinticinco años, a Ganin le pareció que el olor de su cuerpo era viejo, rancio, pasado. Cuando Ganin rozó con sus labios la ardiente y estrecha frente de Liudmila, ella se olvidó de todo, olvidó aquella falsedad que llevaba a su alrededor como el perfume de su cuerpo, la falsedad de su habla de niña de corta edad, olvidó sus exquisitos sentimientos, su pasión por imaginadas orquídeas, así como por Poe y Baudelaire, a quienes jamás había leído, olvidó sus fingidos encantos, su amarillo cabello a la moda, los tristes polvos que llevaba en la cara, y sus medias de seda de ofensivo color de rosa, y, echando atrás la cabeza, oprimió

contra el cuerpo de Ganin sus patéticas débiles y no deseadas carnes.

Molesto y avergonzado, Ganin sintió una estúpida ternura, un melancólico rastro de calor dejado allí donde el amor había pasado fugazmente, que le indujo a besar sin pasión el pintado caucho de los ofrecidos labios de Liudmila, aun cuando esta ternura no consiguió acallar la calma y sarcástica voz que le aconsejaba: ¡Ahora, intenta ahora desembarazarte de ella!

Con un suspiro, sonrió dulcemente al rostro alzado, y no se le ocurrió nada que decir cuando Liudmila le cogió por los hombros, y le suplicó en una voz insegura, muy distinta al nasal susurro en ella habitual, de manera que parecía haber puesto todo su ser en las palabras:

—Por favor, di, ¿me quieres?

Pero tan pronto Liudmila notó su reacción —la conocida sombra, el involuntario ceño—, recordó

que lo aconsejable era fascinar a Ganin con poesía, perfume y sensibilidad, y comenzó a interpretar aquel papel que oscilaba entre el de pobre muchachita y sutil cortesana. Una vez más el aburrimiento dominó a Ganin, quien comenzó a pasear por la estancia, yendo de la ventana a la puerta y de la puerta a la ventana, y vuelta a la puerta, saltándosele casi las lágrimas al intentar bostezar con la boca cerrada, mientras Liudmila se ponía el sombrero y observaba subrepticamente a Ganin, a través del espejo.

Klara, muchacha tranquila, con desarrollado busto, siempre vestida de seda negra, sabía que la novia de Ganin le visitaba en su aposento, y siempre que Liudmila le explicaba confidencialmente sus relaciones amorosas, Klara se sentía inhibida y molesta. Klara estimaba que las emociones de este género debían mantenerse en una mayor intimidad, prescindiendo de colores de arco iris y de estridencias de violines. Pero le parecía todavía más

intolerable que su amiga, entornando los párpados y echando el humo de su cigarrillo por la nariz, le describiera con horrenda exactitud los detalles todavía cálidos, tras lo cual Klara tenía horribles y vergonzosos sueños. Últimamente, Klara procuraba evitar a su amiga por temor a que ésta terminara impidiéndole experimentar esa formidable y siempre gozosa sensación que, delicadamente, se llama «ensueño». A Klara le gustaban los rasgos duros, levemente arrogantes, de Ganin, como le gustaban sus ojos grises con brillantes rayas, como flechas que surgían de las pupilas insólitamente grandes, y sus cejas espesas y muy negras, que, cuando fruncía el ceño o escuchaba atentamente, formaban una sola línea negra, pero que se desplegaban como delicadas alas cuando una poco frecuente sonrisa descubría por un instante sus dientes centelleantes y fuertes. Estas facciones tan pronunciadas habían impresionado a Klara hasta el punto de que perdía el aplomo cuando se hallaba en presencia de Ganin, y

no podía decir cosas que le hubiera gustado decir, y no dejaba ni un instante de toquetearse el ondulado cabello castaño que le cubría la mitad de la oreja, o de arreglar la disposición de los pliegues de seda negra sobre su busto, lo que era causa de que adelantara el labio inferior, y de que quedara de relieve su sotabarba. De todos modos sólo veía a Ganin una vez al día, en la hora del almuerzo, excepto un día que cenó con él y con Liudmila en la mísera casa de comidas en que éste solía cenar salchichas y *sauerkraut* o carne de cerdo fría. En el almuerzo, en el horrible comedor de la pensión, Klara se sentaba ante Ganin, ya que la patrona situaba a sus huéspedes en la mesa por el mismo orden, más o menos, en que se encontraban sus dormitorios. Por lo tanto, Klara se sentaba entre Podtyagin y Gornotsvetov, mientras que Ganin se sentaba entre Kolin y Alfyorov. La frágil y triste figurilla negra de *Frau Dorn* parecía fuera de lugar y un tanto desolada en la cabecera de la mesa, entre

los perfiles de los dos afectados y empolvados bailarines, que le hablaban con muchos dejes y jeribeques. Debido, en parte, a su leve sordera, *Frau* Dorn hablaba poco, y se preocupaba principalmente de que la formidable Erika trajera y se llevara los platos en el debido momento. Como una hoja seca, la frágil y arrugada mano de la patrona revoloteaba hacia el colgante timbre, y amarilla y marchita, volvía al punto de partida.

Cuando Ganin entró en el comedor, el lunes, hacia las dos y media de la tarde, todos los pupilos estaban ya sentados. Al verle, Alfyorov le dirigió una sonrisa de bienvenida y se levantó de la silla, sin abandonar su puesto, pero Ganin no le ofreció la mano y se sentó a su lado, saludándole con un movimiento de cabeza, después de haber lanzado una maldición *in mente* contra su molesto vecino. Podtyagin, viejo limpiamente vestido, de aire sencillo, que parecía tragar en vez de comer, iba ingurgitando sopa ruidosamente, mientras con la otra

mano se sujetaba la servilleta remetida en el cuello de la camisa, a fin de que no cayera en el plato. Miró por encima de los cristales de sus gafas de pinza, y, tras emitir un vago suspiro, volvió a aplicarse a la ingestión de sopa. En un momento de franqueza, Ganin le había confesado su deprimente aventura amorosa con Liudmila y ahora lamentaba haberlo hecho. Kolin, a la izquierda de Ganin, le pasó con trémulo cuidado el plato de sopa, dirigiéndole una mirada tan aduladora, y con tal sonrisa en sus ojos extrañamente velados, que Ganin se sintió incómodo. Entretanto, a su derecha, la untuosa vocecilla de tenor de Alfyorov había reanudado su parloteo, con el que parecía contradecir algo dicho por Podtyagin, quien se sentaba frente a él:

—Se equivoca, Antón Sergeyevich, al criticar este país. Es un país extremadamente culto que no puede compararse con la vieja y atrasada Rusia.

Con un amable destello en los cristales de sus

gafas, Podtyagin se volvió hacia Ganin:

—Ya puede darme la enhorabuena. Hoy los franceses me han concedido el visado de entrada. Tengo ganas de colocarme la gran banda de cualquier orden honorífica y visitar al presidente Doumergue.

Tenía una voz insólitamente agradable, suave, sin altibajos, dulce y de tono mate. Su cara gorda y blanca, con la gris perilla bajo el labio inferior y la mandíbula deprimida, ofrecía una tonalidad entre morena y rojiza, y alrededor de sus ojos de mirada serena e inteligente se formaban arrugas de benévola expresión. De perfil parecía un gran cobayo gris.

—Realmente, me alegro —dijo Ganin—. ¿Cuándo se va?

Pero Alfyorov no permitió que el viejo contestara. Con una sacudida, habitual en él, de su cuello flaco, con sus escasos y dorados cabellos, y grande e inquieta nuez, prosiguió:

—Le aconsejo que se quede aquí. ¿Qué tiene en contra de este país? Aquí, las cosas están claras. Francia es tortuosa, y en cuanto a Rusia, bueno, Rusia es absolutamente imprevisible. Me gusta estar aquí. Hay trabajo, y da gusto pasear por las calles. Puedo demostrarle matemáticamente que si algún sitio hay en el que fijar residencia...

Tranquilamente, Podtyagin le interrumpió:

—Sí, pero ¿qué me dice de las montañas de papel, de los cajones de cartón en forma de ataúd, de los interminables archivos, archivos y más archivos? Las estanterías gimen bajo el peso de los archivos. Y el funcionario policial que me ha atendido casi se ha muerto del esfuerzo que ha tenido que hacer para encontrar mi nombre en los archivos. No puede siquiera imaginar (y, al pronunciar esta palabra, Podtyagin movió de un lado para otro la cabeza, lenta y tristemente) todo lo que hay que hacer para salir, sencillamente, de este país. ¡Y si supiera la gran cantidad de formularios que he

tenido que llenar...! Por fin, hoy he comenzado a tener esperanzas de que pusieran en mi pasaporte el sello con el visado de salida. Pero no señor, todavía no. Primero necesitaban fotografías, y las fotografías no estarán hasta esta tarde.

Alfyorov afirmó con la cabeza:

—Todo tal como debe ser. Así deben funcionar las cosas en un país bien administrado. No, aquí no encontrará usted la tradicional ineficacia de su querida Rusia. Por ejemplo, ¿se ha fijado en lo que hay escrito en las puertas principales? «Sólo para el público». Esto es significativo, ¿no cree? Hablando en términos generales, la diferencia entre nuestro país y éste puede expresarse de la siguiente manera, imagine una curva, y en ella...

Ganin dejó de escuchar, y dijo a Klara, que se sentaba frente a él:

—Ayer Liudmila Borisovna me encargó le dijera que la llamara tan pronto regresara del trabajo. Me

parece que quiere ir al cine con usted.

Confusamente, Klara pensó: «¿Cómo es posible que hable de Liudmila de esta manera, como si nada tuviera que ver con él, cuando le consta que yo sé lo que ocurre?». A fin de mantener las apariencias, dijo:

—¡Vaya! ¿La vio usted ayer?

Ganin, sorprendido, levantó las cejas, y siguió comiendo.

—No comprendo su geometría —dijo Podtyagin, mientras cuidadosamente barría con el cuchillo las migajas de pan y las recogía en la palma de la otra mano.

Como muchos viejos poetas, Podtyagin sentía cierta debilidad por los razonamientos de simple sentido común.

—¿Pero no lo ve? Si es clarísimo. Imagine... — exclamó Alfyorov excitado.

—No lo comprendo —repitió Podtyagin con firmeza.

Echó un poco la cabeza hacia atrás, y se metió en la boca las migajas. Alfyorov extendió las manos, abriendo los brazos, y derribó el vaso de Ganin:

—¡Mil perdones!

—No se preocupe, estaba vacío.

Con gran énfasis, Alfyorov prosiguió:

—Usted no es un matemático, Antón Sergeyeovich, pero yo he dedicado toda la vida a esta ciencia. En otros tiempos solía decir a mi mujer que si yo era un verano ella era una cincoenrama primaveral...

Gornotsvetov y Kolin parecieron deshacerse en amaneradas risas. *Frau* Dorn se sobresaltó y les miró asustada. Secamente, Ganin dijo:

—En resumen, una flor y una cifra al mismo tiempo.

Sólo Klara sonrió. Ganin se sirvió agua, mientras los demás le observaban. Alfyorov volvió el rostro y miró, brillantes y vacíos de expresión los ojos, a su vecino:

—Efectivamente, mi esposa es una flor extremadamente frágil. Me parece milagroso que haya podido sobrevivir durante estos siete años de horrores. Y tengo la certeza de que llegará aquí alegre y lozana. Usted, que es poeta, Antón Sergeyevich, debiera escribir algo acerca de esto, acerca de la feminidad, de la maravillosa feminidad rusa, más fuerte que todas las revoluciones, y que lo supera todo, que supera las adversidades, el terror...

Kolin susurró al oído de Ganin:

—Ya vuelve a las andadas. Ayer hizo lo mismo. Sólo sabe hablar de su mujer.

Mientras contemplaba a Alfyorov, quien se

acariciaba la barba con nerviosos dedos, Ganin pensó: «Hombrecillo vulgar. Su mujer debe de estar loca; es un pecado no ser infiel a un hombre así».

—Hoy tenemos cordero —anunció brusca y secamente Lydia Nikolaevna, mientras miraba disgustada a sus pupilos, que comían el plato de carne, sin concederle la menor importancia.

Alfyorov inclinó la cabeza, a modo de reverencia, por razones ignoradas, y prosiguió:

—Creo que comete usted un error, al no abordar este tema.

Podtyagin movió suave pero firmemente la cabeza, en movimiento de negación.

—Cuando conozca a mi mujer —siguió Alfyorov—, quizá comprenda lo que quiero decirle. A propósito, le gusta mucho la poesía. Me parece que usted y ella estarán de acuerdo en muchas cosas. Y además voy a decirle que...

Kolin miraba de soslayo a Alfyorov, y, subrepticamente, movía un dedo como si dirigiera una orquesta, al ritmo de sus palabras. Al ver los movimientos del dedo de su amigo, Gornotsvetov se estremecía en silenciosas carcajadas.

Alfyorov iba diciendo:

—Lo más importante es que Rusia está acabada. Ha quedado borrada, igual que si alguien hubiera borrado de una pizarra, con una esponja húmeda, una cara extraña.

Ganin sonrió:

—Pero...

—¿Le molesta lo que acabo de decir, Lev Glebovich?

—Efectivamente, pero no le impediré que lo diga.

—Significa esto que usted cree...

En su voz calma, arrastrando levemente las eses, Podtyagin terció:

—Por favor, señores, no hablemos de política. No creo que sirva para nada.

Inesperadamente, Klara intervino, toqueteándose el cabello:

—De todos modos, creo que *Monsieur* Alfyorov no tiene razón.

—¿Llega el sábado, su esposa? —preguntó con voz inocente Kolin, desde el extremo de la mesa, mientras su amigo Gornotsvetov se llevaba la servilleta a los labios para ocultar la risa.

—Efectivamente, el sábado —replicó Alfyorov, alejando de sí el plato con los restos del carnero.

Sus ojos perdieron el brillo de la lucha y adquirieron expresión reflexiva.

—¿Sabía usted, Lydia Nikolaevna, que ayer Lev Glebovich y yo quedamos encerrados en el

ascensor?

—Peras al horno —replicó *Frau Dorn*.

Los bailarines se echaron a reír. Abriéndose paso por entre los codos de los comensales, Erika comenzó a llevarse los platos. Ganin enrolló cuidadosamente su servilleta, la metió en el servilletero y se levantó. Nunca tomaba postre.

Mientras volvía a su habitación, pensó: «¡Qué aburrimiento! ¿Qué puedo hacer ahora? Dar un paseo, supongo».

Aquel día, lo mismo que los anteriores, transcurría lentamente, como arrastrándose, en un ocio insípido, carente incluso de aquella ensoñada expectación que tan agradable matiz da a la inactividad. Ahora, la falta de trabajo le irritaba. Levantándose el cuello de un viejo impermeable que había comprado por una libra esterlina a un teniente inglés en Constantinopla (primera etapa del exilio), y metiendo con fuerza los puños en los bolsillos,

echó a andar despacio por las pálidas calles abrileñas, en las que nadaban balanceándose las negras cúpulas de los paraguas. Contempló una larga y bella maqueta del *Mauritania* en el escaparate de una empresa naviera, y también miró los cordeles pintados que unían los puertos de dos continentes en un gran mapa. Al fondo, se veía la fotografía de un paisaje tropical: palmeras color de chocolate contra un cielo castaño claro.

Pasó una hora tomando un café, sentado junto a un gran ventanal, contemplando a los transeúntes. De vuelta a su habitación, intentó leer, pero el contenido del libro le pareció tan ajeno a él y tan flojo, que lo abandonó a mitad de una frase subordinada. Se encontraba en aquel estado que él denominaba de «dispersión de la voluntad». Permaneció inmóvil, sentado ante la mesa, incapaz de decidir qué hacer: cambiar de postura, levantarse de la silla y lavarse las manos, o abrir la ventana, tras la cual el día lluvioso comenzaba a oscurecerse con las sombras

de la noche. Se hallaba en un estado de humor horrible y angustiado, parecido a aquel malestar que se experimenta cuando despertamos pero, al principio, no podemos abrir los ojos porque parece que los párpados hayan quedado pegados para siempre jamás. Ganin tenía la sensación de que el triste ocaso que se iba colando gradualmente en su estancia penetraba también poquito a poco en su cuerpo, transformando su sangre en niebla, y se sentía impotente para luchar contra el conjuro del anochecer.

Sí, se sentía impotente debido a que no experimentaba deseo concreto alguno, y esto le torturaba, ya que en vano buscaba un deseo, algo que desear. Ni siquiera era capaz de alargar la mano y encender la luz. La simple transición desde la intención al acto le parecía un imposible milagro. Nada aliviaba su depresión, sus pensamientos discurrían perezosos y sin rumbo, el latido de su corazón era débil, y su ropa interior se le pegaba, de

un modo muy desagradable, al cuerpo. Había instantes en que pensaba que debía escribir inmediatamente una carta a Liudmila, explicándole con firmeza que había llegado el momento de romper aquellas horrendas relaciones, pero en el instante siguiente recordaba que aquella noche tenía que ir con ella al cine, y pensaba que le resultaba mucho más difícil llamarla por teléfono y cancelar la cita que escribirle una carta, pensamiento que le impedía hacer las dos cosas.

Mil veces se había jurado que el día siguiente rompería con Liudmila, y no había tenido dificultad alguna en imaginar lo que le diría, aunque era absolutamente incapaz de ver el último instante, aquél en el que le estrecharía la mano y se iría. Esta acción —dar media vuelta y salir— era lo que le parecía inimaginable. Ganin pertenecía al tipo de hombres capaces de conseguir cuanto desean, de alcanzar logros, de destacar, pero era absolutamente incapaz de renunciar, de huir, ya que, al fin y al

cabo, lo uno y lo otro son una misma cosa. Se lo impedía cierto sentido del honor, cierto sentido de la piedad, que ablandaban la voluntad de un hombre que, en otros casos, era capaz de cualquier iniciativa creadora, de cualquier esfuerzo, y que emprendía las tareas con entusiasmo y voluntad, alegremente dispuesto a superarlo todo, a triunfar pese a todo.

Ignoraba ya qué clase de estímulo podía darle la fuerza precisa para romper aquellas relaciones con Liudmila, que habían durado ya tres meses, igual que ignoraba qué le hacía falta para poder levantarse de la silla. Sólo durante un período muy breve había estado genuinamente enamorado de Liudmila, habíase encontrado en aquel estado de emoción inquieta, exaltada, casi extraterrena, parecida a la que se siente cuando se oye música en el preciso instante en que uno hace algo totalmente vulgar, como recorrer el trecho que media desde la mesa, en un restaurante, al mostrador, para pagar la consumición, y esta música da una interior calidad

de danza al más simple movimiento, transformándolo en un gesto significativo e inmortal.

Esa música había cesado bruscamente una noche en que, en el traqueteante piso de un oscuro taxi, había poseído a Liudmila, y, entonces, todo se había convertido en algo extremadamente banal: la mujer rectificando la posición del sombrero que le había resbalado hacia atrás, las luces que cruzaban la ventanilla del vehículo, y la alta espalda del taxista, como una negra montaña, tras el vidrio que mediaba entre los dos compartimentos.

Ahora tenía que pagar el precio de aquella noche, pagarlo con laboriosos engaños, prolongar indefinidamente aquella noche, y débilmente, sin voluntad, someterse a sus crecientes sombras que, ahora, invadían todos los rincones de la estancia, convirtiendo en nubes los muebles.

Más tarde, en el cine atestado, hacía calor. Durante largo rato desfilaron silenciosamente por la

pantalla anuncios coloreados, en propaganda de pianos de cola, vestidos, perfumes... Por fin, la orquesta comenzó a tocar y se inició el drama.

Liudmila estaba insólitamente alegre. Había invitado a Klara porque se daba perfecta cuenta de que ésta se sentía atraída por Ganin, y porque quería complacerla, sin privarse ella del placer de alardear de su aventura y de su arte en ocultarla. Por su parte, Klara había aceptado porque sabía que Ganin proyectaba partir el sábado siguiente. Klara estaba sorprendida de que Liudmila pareciera ignorarlo, o bien de que, sabiéndolo, guardara silencio al respecto, a pesar de irse en compañía de Ganin.

Sentado entre las dos, Ganin estaba irritado debido a que Liudmila, como muchas mujeres de su estilo, habló durante casi toda la proyección de cosas ajenas a la cinta, inclinando el cuerpo por encima de las rodillas de Ganin, para dirigirse a su amiga, y envolviéndole en el paralizante y desagradablemente familiar perfume que utilizaba.

Para colmo de males, la película era muy interesante y estaba excelentemente realizada.

Liudmila le dirigió una rápida mirada en la oscuridad, enderezó el cuerpo, y fijó la vista en la pantalla iluminada.

—No entiendo nada —dijo—. Es una porquería.

—No me sorprende que no hayas entendido nada, después de haberte pasado el rato charlando —dijo Ganin.

En la pantalla se movían formas luminosas, gris-azulencas. Una *prima donna* que había dado muerte a alguien involuntariamente, tiempo atrás, recordaba súbitamente el hecho mientras interpretaba un papel de asesina en la ópera. Entonces, desorbitaba sus ojos inverosímilmente grandes, y se caía de espaldas, en pleno escenario. Lentamente, el interior del teatro ocupó la pantalla, el público aplaudía, la gente de los balcones y galerías se ponía en pie extasiada. De repente, Ganin se dio cuenta de que

estaba contemplando algo que le era vaga y horriblemente familiar. De repente, recordó con alarma las filas de butacas burdamente montadas, las sillas y las partes frontales de los palcos pintadas de siniestro color violeta, los perezosos operarios caminando tranquilamente, con desinterés, como ángeles vestidos de azul, por los altos tablones del andamiaje, o apuntando con los cegadores focos a aquel ejército de rusos amontonados en el gran escenario cinematográfico, interpretando su papel en total ignorancia de la trama de la película. Recordaba a los hombres jóvenes, vestidos con trajes viejísimos, pero maravillosamente cortados, los rostros de las mujeres maquillados en colores malva y amarillo, y también recordaba a aquellos inocentes exiliados, viejos y muchachitas, a los que colocaron en último término, sólo para llenar espacio. En la pantalla, aquella fría cuadra había quedado transformada en un cómodo teatro, en el que la arpillera parecía terciopelo, y el rebaño de

hambrientos extras era el público de un teatro de ópera. Con un esfuerzo visual, y también con un estremecimiento de vergüenza, se reconoció entre aquella gente, aplaudiendo para cumplir las instrucciones recibidas, y recordó que todos estuvieron obligados a mirar al frente, hacia un imaginario escenario, donde, en vez de una *prima donna*, había un hombre gordo y pelirrojo, en mangas de camisa, de pie en una plataforma, entre varios focos, y volviéndose loco de tanto gritar a través de un megáfono.

El *doppelgänger* de Ganin también estaba en pie y aplaudía allí, al lado de aquel sorprendente individuo con la negra barba y la banda cruzándole el pecho. Aquella barba, así como la camisa de almidonada pechera, habían sido la razón de que a aquel individuo le colocaran siempre en primera fila. Durante el descanso, el individuo se comía un bocadillo, y después del rodaje se ponía un viejo impermeable sobre sus ropas de gala y regresaba a

su barrio, en una distante zona de Berlín, donde trabajaba de linotipista en una imprenta.

En el presente instante, Ganin no sólo sintió vergüenza, sino también la sensación de la rápida evanescencia del humano vivir. Allí, en la pantalla, su macilenta imagen, su cara de abrupto perfil alzada y sus manos en la actitud de aplaudir se mezclaban con otras figuras humanas en el gris calidoscopio. Instantes después, la sala del teatro, balanceándose como un buque, desaparecía, y en el escenario aparecía una vieja y mundialmente famosa actriz, representando con gran habilidad a una joven difunta. Con repulsión, incapaz de seguir contemplando la película, Ganin pensó: «No sabemos lo que hacemos».

Liudmila volvía a hablar en susurros con Klara. Le decía algo acerca de una modista y de cierta tela. El drama terminó, y Ganin se sintió mortalmente deprimido. Momentos después, mientras se abrían paso a empujones hacia la salida, Liudmila oprimió

su cuerpo contra el suyo y le dijo al oído:

—Te llamaré mañana a las dos, mi vida.

Ganin y Klara la acompañaron a casa, y regresaron juntos a la pensión. Ganin estaba silencioso, y Klara se esforzaba desesperadamente en encontrar un tema de conversación.

—¿Nos deja el próximo sábado? —le preguntó.

En voz lúgubre, Ganin repuso:

—Francamente, no lo sé.

Mientras caminaba, iba pensando que su sombra vagaría de una ciudad a otra, de una pantalla a otra, que jamás sabría él qué clase de gente vería su sombra, o cuánto tiempo andaría ésta vagando por ahí, por el ancho mundo. Y cuando se acostó, y oyó el paso de los trenes a través de aquella casa sin alegría en la que vivían siete extraviadas sombras rusas, la vida entera le pareció una ficción cinematográfica, en la que distraídos extras

representaban un papel, sin saber nada en absoluto de la película en que lo representaban.

Ganin no podía dormir. Un estremecimiento nervioso le recorría constantemente las piernas, y la almohada le atormentaba la cabeza. En plena noche, su vecino, Alfyorov, comenzó a tararear una tonada. A través del delgado tabique, Ganin le oía pasear por el dormitorio, primero cerca de él, luego alejándose, y Ganin permanecía quieto, irritado. Cuando pasaba un tren, la voz de Alfyorov se mezclaba con el ruido, pero volvía a surgir: tam-ti-tum, tam-ti, tam-ti-tum...

Ganin no pudo aguantarlo más. Se puso los pantalones, salió al pasillo y golpeó con el puño la puerta del dormitorio número 1. Las idas y venidas de Alfyorov le habían dejado en aquel instante junto a la puerta, que abrió de un modo tan inesperado que Ganin se sobresaltó.

—Por favor, entre, Lev Glebovich.

Iba en camisa y calzoncillos, con la rubia barba un tanto alborotada —seguramente agitada por las canciones—, y en sus pálidos ojos azules había un brillo de felicidad.

Con ceño, Ganin dijo:

—Sus canciones no me dejan dormir.

—Por el amor de Dios, hombre, entre, no se quede ahí en el pasillo —suplicó Aleksey Ivanovich, pasando el brazo alrededor de la cintura de Ganin, en gesto bien intencionado aunque torpe—. Lamento infinito haberle molestado.

Con desgana, Ganin entró. Pese a que la estancia contenía muy pocas cosas, se hallaba en gran desorden. En vez de estar junto a la mesa escritorio (el monstruo de roble con la escribanía en forma de sapo), una de las dos sillas de cocina había emprendido el camino del palanganero, aunque había quedado detenida a mitad de trayecto, debido sin duda a haber tropezado con la punta levantada de

la alfombra. La otra silla se encontraba junto a la cama, cumpliendo las funciones de mesilla de noche, aunque oculta bajo una negra chaqueta que parecía haber caído allí con tanta pesadez y desmadejamiento como si se hubiera precipitado desde la cumbre del Monte Ararat. Sobre la mesa y sobre la cama había gran número de delgadas hojas de papel esparcidas de cualquier modo. Una casual mirada bastó para que Ganin viera que en estas hojas había dibujos de ruedas y cubos, trazados sin la más leve exactitud técnica, como simples garabatos hechos para pasar el tiempo. El propio Alfyorov, con sus calzoncillos de lana —capaces de dar a cualquier hombre, ya sea tan bien formado como Adonis, o tan elegante como Brummel, un aspecto extremadamente poco atractivo—, había comenzado de nuevo a pasear por entre aquellas ruinas, propinando de vez en cuando un golpe con la uña a la verde pantalla de la lámpara de sobremesa o al respaldo de una silla.

—No sabe usted cuánto me alegra que al fin haya decidido visitarme. Tampoco yo podía dormir. Imagínese... Mi mujer llega el sábado. Y mañana ya es martes. ¡Pobre chica! ¡Ni siquiera puedo imaginar los sufrimientos que habrá padecido en nuestra maldita Rusia!

Ganin, que había quedado absorto en intentar solucionar un problema de ajedrez planteado en una de las hojas de papel que yacían en la cama, levantó bruscamente la vista:

—¿Qué decía?

Propinando un audaz golpe con la uña, Alfyorov repuso:

—Que mi mujer llega.

—No, no me refería a eso. ¿Qué ha llamado a Rusia?

—Maldita. Y es verdad, ¿no cree?

—No sé... La calificación me ha parecido

curiosa.

De repente, Alfyorov se detuvo en el centro del dormitorio:

—Vamos, vamos, Lev Glebovich, ya es hora de que deje usted de jugar al bolchevique. Quizás a usted le parezca muy divertido, pero le advierto que está en un grave error. Ha llegado el momento de que todos reconozcamos francamente que Rusia se ha acabado, que nuestros «santos» campesinos rusos no han resultado ser más que broza despreciable, tal como cabía esperar, dicho sea de paso, y que nuestra patria ha muerto de una vez para siempre.

Ganin se echó a reír:

—Me parece muy bien todo lo que usted dice, Aleksey Ivanovich.

Alfyorov se pasó la palma de la mano por el rostro, como secándolo, desde la frente a la barbilla, y, de un modo súbito, esbozó una ancha y ensoñada

sonrisa:

—¿Por qué no se ha casado, amigo mío?

—Porque no he tenido ocasión. ¿Es divertido estar casado?

—Delicioso. Mi esposa es adorable. Castaña, y con unos ojillos tan vivos... Y muy joven todavía. Nos casamos en Poltava el año 1919, y en 1920 tuve que emigrar. Aquí, en el cajón del escritorio, tengo unas fotografías que voy a enseñarle.

Doblando los dedos por debajo del cajón, tiró de él. Sin curiosidad, Ganin le preguntó:

—¿Y qué era usted en aquellos tiempos?

Alfyorov sacudió negativamente la cabeza:

—No me acuerdo. ¿Cómo cabe recordar lo que uno ha sido en el pasado? Quizá fuera una ostra, o un pájaro, o quizá profesor de matemáticas... De todos modos nuestra anterior vida en Rusia parece algo que hubiera ocurrido antes del principio de los

tiempos, algo metafísico, o como quiera usted llamarlo. No, metafísico no es la palabra adecuada... Sí, ahora sé de qué se trata. Es como una metempsicosis.

Ganin miró sin gran interés la fotografía en el interior del cajón. Vio el rostro de una muchacha con el cabello alborotado, y una boca alegre, de grandes dientes. Alfyorov se acercó y miró por encima del hombro de Ganin:

—No, ésta no es mi esposa, es mi hermana. Murió del tifus, en Kiev. Era una muchacha muy agradable y alegre, que jugaba muy bien a la petanca.

Sacó otra foto:

—Ésta es Mashenka, mi esposa. La instantánea es bastante mala, pero el parecido no está nada mal. Y aquí tiene usted otra foto, tomada en nuestro jardín. Mashenka es la que está sentada, con el vestido blanco. Hace cuatro años que no la he visto,

pero no creo que haya cambiado mucho. Realmente, no sé cómo me las arreglaré para vivir hasta el sábado. ¡Espere! ¿A dónde va, Lev Glebovich? ¡Quédese, por favor!

Con las manos en los bolsillos del pantalón, Ganin se dirigía a la puerta.

—¿Qué le ocurre, Lev Glebovich? ¿He dicho algo que le haya ofendido?

Se oyó un portazo. Alfyorov se quedó solo, en pie, en el centro de su dormitorio.

—¡Qué grosería! ¿Qué bicho le habrá picado? —musitó.

3

Aquella noche, como todas las noches, un viejecito envuelto en una capa negra avanzaba lentamente por la acera de la larga y desierta avenida, golpeando el asfalto con el pincho en que terminaba su bastón, mientras buscaba colillas de cigarrillo —de papel o con boquilla dorada o de corcho— y medio deshechas colillas de cigarro. De vez en cuando, bramando como un ciervo, pasaba veloz un automóvil, o bien ocurría algo en que las gentes que caminan por la ciudad nunca se fijan: una estrella, más rápida que el pensamiento, y más silenciosa que una lágrima, cruzaba el firmamento. Más esplendentes y más alegres que las estrellas, eran las letras de fuego que surgían una tras otra sobre un negro tejado, desfilando en fila india, y se desvanecían de repente en las tinieblas.

«Puede - ser - posible», decían las letras en un

discreto susurro de neón, y entonces la noche las borraba de un solo golpe aterciopelado. Y otra vez volvía a aparecer en el cielo: «Puede - ser -».

Y volvían a descender las tinieblas. Pero las palabras, insistentes, se encendían una vez más, y, por fin, en vez de desaparecer inmediatamente, quedaban encendidas durante cinco minutos completos, tal como habían concertado la agencia publicitaria y el fabricante.

Pero ¿quién puede decir qué es, realmente, lo que destella ahí, en lo oscuro, sobre las casas? ¿El luminoso nombre de un producto o el destello del pensamiento humano? ¿Un signo, una llamada? ¿Un interrogante lanzado al cielo que repentinamente obtiene una respuesta apasionada, deslumbrante como una joya?

Y en esas calles, ahora tan anchas como brillantes mares negros, a última hora de la noche, cuando la última cervecería ha cerrado sus puertas,

un ruso abandona el sueño y, sin sombrero ni chaqueta, cubierto con un viejo impermeable, pasea como en trance de vidente. Y a esta hora tardía, por esas anchas calles pasaban mundos absolutamente ajenos entre sí: un juerguista sin juerga, una mujer, o simplemente un caminante, cada cual un mundo aislado, y cada cual un todo de maravillas y desdichas. Cinco viejos carruajes de caballos aguardaban en la avenida junto a la voluminosa forma, con estructura de tambor, de un *pissoir*: cinco adormilados, cálidos y grises mundos con uniforme de cochero, y cinco otros mundos sobre doloridos cascos, dormidos y sin soñar en otra cosa que en avena escapando por el roto de un saco, con suave sonido de caída.

En momentos como éste todo adquiere naturaleza fabulosa, todo se convierte en insondablemente problema y la vida parece terrorífica, en tanto que la muerte es todavía peor. Y entonces, mientras uno camina deprisa por la ciudad nocturna, mirando las

luces a través de las lágrimas y buscando en ellas gloriosos y deslumbrantes recuerdos de pasada felicidad —un rostro de mujer, que surge del fondo de muchos años de olvido—, de repente, en nuestro loco avance, nos detiene cortésmente un peatón y nos pregunta el camino para llegar a tal o cual calle, nos lo pregunta en voz normal, pero en una voz que nunca más volveremos a oír.

4

El martes por la mañana se despertó tarde, con cierto dolorcillo en las piernas. Clavó el codo en la almohada, incorporándose, y lanzó uno o dos suspiros, sorprendido y maravillado al recordar con deleite lo ocurrido anoche.

La mañana era suave, neblinosamente blanca. Los cristales de la ventana temblaban al impulso de un activo ajetreo.

De un salto abandonó decidido la cama, y comenzó a afeitarse. Hoy, esta tarea le proporcionaba un especial placer. La gente que se afeita se rejuvenece un día todas las mañanas. Hoy, Ganin tenía la impresión de haberse rejuvenecido, exactamente, nueve años. Suavizado por el jabón, el pelo que surgía de su tensa piel crepitaba cuando caía bajo el acero de la hoja de afeitar. Mientras se afeitaba, Ganin movía las cejas, y después, mientras

estaba en pie en la bañera y se rociaba el cuerpo con el agua fría de la jarra, sonreía de alegría. Se peinó el húmedo cabello negro, se vistió a toda prisa y salió a la calle.

Salvo los bailarines que por lo general no se levantaban hasta la hora del almuerzo, los restantes pupilos pasaban la mañana fuera de la pensión. Alfyorov había ido a visitar a un amigo con el que estaba empezando un negocio. Podtyagin había acudido a la comisaría de policía para conseguir el visado de salida. Klara, que llegaría tarde al trabajo, esperaba el tranvía en una esquina, sosteniendo contra el pecho una bolsa de papel con naranjas.

Muy tranquilo, Ganin subió al segundo piso de una casa que le era muy conocida y tocó el timbre. Sin quitar la cadena, una criada abrió la puerta, miró hacia fuera y dijo que *Fräulein* Rubanski todavía dormía.

—Da igual, he de verla —dijo Ganin.

Metió la mano por entre la puerta y el quicio, y quitó la cadena. La criada, muchacha gruesa y pálida, musitó algo con indignado acento, pero Ganin la echó a un lado de un codazo y, con la misma decisión, avanzó por la penumbra del corredor y golpeó una puerta.

—¿Quién es? —preguntó Liudmila con la voz algo ronca del despertar.

—Soy yo. Abre.

Oyó el sonido de sus pasos, descalza, camino de la puerta. Liudmila dio vuelta a la llave, y, antes de mirar a Ganin, volvió corriendo a la cama y se cubrió. Era evidente que, oculta, sonreía, esperando que Ganin se acercara.

Pero Ganin se quedó en medio del cuarto, y allí estuvo bastante rato, en silencio, haciendo sonar la calderilla que llevaba en los bolsillos de su

impermeable.

Bruscamente, Liudmila dio un cuarto de vuelta, quedando boca arriba, y abrió los brazos delgados y desnudos, riendo. Las horas de la mañana no la favorecían. Tenía el rostro pálido e hinchado, y el amarillo cabello de punta. Con los ojos cerrados, le invitó:

—¡Ven! ¡Ven aquí!

Ganin hizo sonar la calderilla. En voz tranquila dijo:

—Escucha, Liudmila.

Liudmila se sentó en la cama, con los ojos muy abiertos:

—¿Ha ocurrido algo?

Ganin le dirigió una dura mirada y contestó:

—Sí. Creo que me he enamorado de otra. He venido para decirte adiós.

Liudmila parpadeó, se abrieron y cerraron sus pestañas apelmazadas por el sueño, y se mordió el labio.

—Y esto es todo —dijo Ganin—. Lo siento, pero nada puedo hacer. Digámonos adiós. Creo que es lo mejor.

Liudmila se cubrió el rostro con las manos, y se dejó caer de cara contra la almohada. La colcha azul cielo comenzó a caer sobre la peluda alfombrilla blanca. Ganin la cogió y la colocó en la debida posición. Luego paseó por la habitación, cruzándola un par de veces.

—La criada no quería dejarme entrar —dijo.

Liudmila yacía de espaldas, con la cara enterrada en la almohada, quieta, como muerta.

—La verdad es que esta criada nunca ha sido demasiado amable conmigo —dijo Ganin.

Luego, al cabo de unos instantes, añadió:

—Deberíais apagar la calefacción. Ya es primavera.

Fue desde la puerta al armario blanco con espejo de cuerpo entero, y se puso el sombrero.

Liudmila seguía inmóvil. Ganin se quedó un rato más, la miró en silencio, y después, produciendo un leve sonido, como si se aclarara la garganta, salió del dormitorio.

Esforzándose en caminar sin hacer ruido, recorrió rápidamente el largo pasillo, se equivocó de puerta, y, al abrirla, se encontró en un cuarto de baño. Vio un peludo brazo y oyó un rugido de león. Dio rápidamente media vuelta y, después de volver a ver a la atontada criada, ocupada ahora en quitarle el polvo a un busto de bronce, en el vestíbulo, comenzó a descender, por última vez, los peldaños de piedra de la poco empinada escalera. Abajo, el portalón al fondo de la entrada estaba abierto de par en par, ofreciendo la visión del patio interior, en el

que un tenor vagabundo cantaba a todo volumen una canción rusa, del Volga, en alemán.

Al escuchar aquella voz, vibrante como la mismísima primavera, y al ver el coloreado dibujo de los cristales de la ventana abierta —un ramo de rosas cúbicas, y un abanico de plumas de faisán—, Ganin se sintió libre.

Anduvo despacio, y fumando, por la calle. Hacía tiempo fresco, fresco como la leche. Ante su vista se alzaban blancas nubes deshilachadas, en el espacio azul entre las casas. Siempre que veía nubes avanzando aprisa, se acordaba de Rusia, pero ahora no necesitaba nubes para recordarla. Desde anoche, no había pensado más que en Rusia.

El delicioso hecho íntimo ocurrido anoche había sido la causa de que todo el calidoscopio de su vida variara, y había evocado el pasado de un modo avasallador.

Se sentó en un banco de un jardín público, e

inmediatamente el amable compañero que le había seguido, su gris sombra ancestral, se tumbó a sus pies y comenzó a hablar.

Ahora que Liudmila ya había desaparecido, Ganin podía escuchar a su propia sombra.

Hacía nueve años. Verano de 1915, una casa de campo, tifus. La convalecencia del tifus era pasmosamente agradable. Parecía que uno estuviera tumbado sobre un colchón de aire que se ondulaba constantemente. Cierto era que de vez en cuando le dolía el bazo, y que todas las mañanas venía una enfermera, especialmente traída de San Petersburgo, y le frotaba la insensible lengua, aún adormilada, con un algodón empapado de oporto. La enfermera era una mujer muy baja, de suaves senos y manos pequeñas y competentes. De ella emanaba un olor húmedo y frío, de solterona. Le gustaba emplear en su habla giros campesinos y alguna que otra palabra japonesa aprendida en la guerra de 1904. Tenía cara de campesina, del tamaño de un puño, con marcas de

viruela y nariz pequeña. De su cofia no escapaba ni un solo cabello.

Uno yacía como si debajo tuviera aire. A la izquierda, la cama quedaba aislada de la puerta por un biombo de color tostado, en forma ondulada, hecho con cañas. Muy cerca de él, en el rincón de la derecha, estaba la caja de los iconos: tras el vidrio, veía las morenas caras de las imágenes, velas de cera y un crucifijo de coral. Una de las dos ventanas, la más alejada, recibía directamente los rayos del sol, y la cabecera de la cama parecía apoyarse en la pared, para alejarse de ella empujando, en tanto que los pies apuntaban con sus adornos de latón a la otra ventana, y en cada uno de los adornos había una burbuja de luz que parecía capaz de despegar de un momento a otro, para cruzar el aposento y perderse en el profundo cielo de julio por el que se deslizaban hacia lo alto esplendentes e hinchadas nubes. La primera ventana, en la pared de la derecha, se abría sobre un tejado inclinado, de

pálido color verde. El dormitorio se encontraba en el segundo piso, y este tejado era el del ala de una sola planta en la que había la cocina y se alojaba la servidumbre. Por la noche, estas ventanas quedaban cubiertas por los blancos postigos.

La puerta detrás del biombo conducía a la escalera, y a lo largo de la misma pared en que se abría la puerta había una brillante estufa blanca y un anticuado palanganero, con cisterna y grifo en forma de pico de ave: se oprimía con el pie un pedal de latón, y del grifo salía un chorrito de agua. A la izquierda de la ventana que daba al tejado, había una cómoda de caoba, con cajones que costaba mucho abrir, y una pequeña cama turca.

Las paredes estaban cubiertas de papel blanco con rosas azulencas. A veces, en estado de semidelirio, uno componía perfiles humanos con las imágenes de estas rosas, o paseaba la vista por el papel procurando que no tropezara con una sola flor, con una sola hoja, buscando caminos en el dibujo,

retorciendo el itinerario, deshaciendo camino, yendo a parar a un callejón sin salida, y volviendo a empezar el recorrido sobre el luminoso laberinto. A la derecha de la cama, entre la caja de los iconos y la ventana lateral, colgaban dos cuadros, uno de ellos representando a un gato que tomaba leche de un platillo, y el otro representando un estornino, con auténticas plumas de estornino pegadas al cuerpo, sobre un nido. Junto a la ventana había un mapa de hule que tenía la virtud de soltar, de vez en cuando, un alud de polvillo negruzco. Había más cuadros, desde luego. Sobre la cómoda colgaba una litografía en la que se representaba a un muchacho napolitano con el pecho desnudo. Y sobre el palanganero, un dibujo al lápiz de una cabeza de caballo, con dilatados ollares, sobresaliendo del agua en que el animal nadaba.

Durante todo el día la cama no dejaba de resbalar hacia el ventoso y cálido cielo, y cuando uno se sentaba en ella veía la parte alta de las copas

de los tilos dorada por el sol, hilos de teléfono en los que se posaban las golondrinas y parte de la techumbre de madera que cubría el sendero de arena rojiza que llevaba hasta el porche. Del exterior llegaban sonidos maravillosos: cantos de pájaros, distantes ladridos de perros, el gemido de una bomba manual de agua...

Uno permanecía tumbado, flotando, y pensaba en que pronto llegaría el momento de abandonar la cama. Las moscas jugueteaban en un charco de sol. Y del regazo de mi madre saltó una pelota de seda coloreada, como si estuviera viva, y rodó suavemente sobre el suelo de madera de color de ámbar.

En esta habitación, en la que Ganin convalecía a los dieciséis años, concibió aquella felicidad, la imagen de la muchacha a la que realmente conocería un mes después. Todo contribuyó a la creación de esta imagen, los suaves tonos del papel de las paredes, los cantos de los pájaros fuera, el moreno

rostro de Cristo en la caja de los iconos, e incluso el chorrito de agua en el palanganero. La imagen esbozada recogía y absorbía todo el soleado encanto del dormitorio, y sin este encanto la imagen jamás se hubiera desarrollado. A fin de cuentas no era más que una simple intuición de muchacho, pero ahora Ganin pensaba que jamás una intuición había sido tan perfectamente convertida en realidad. Durante todo el martes anduvo Ganin vagando de una plaza a otra, de uno a otro café, y sus recuerdos no dejaban de deslizarse hacia delante como se deslizaban las nubes de abril sobre el tierno cielo de Berlín. La gente sentada en los cafés imaginaba que aquel hombre que tan fija mantenía la mirada al frente, seguramente padecía un grave dolor. En la calle tropezaba con los viandantes, y en una ocasión un automóvil que avanzaba veloz tuvo que frenar bruscamente, y el conductor le maldijo, ya que poco le faltó para atropellarlo.

Era un dios en el acto de recrear un mundo

muerto. Poco a poco Ganin resucitó aquel mundo, para complacer a la muchacha a la que no se atrevía a evocar hasta el instante en que dicho mundo estuviera completamente formado. La imagen de la muchacha, su presencia, la sombra de su recuerdo exigía que, por fin, él la resucitara también. Pero Ganin alejaba voluntariamente de su mente esta imagen porque quería acercarse gradualmente a ella, paso a paso, tal como había hecho nueve años atrás. Temeroso de cometer un error, de perderse en el deslumbrante laberinto de los recuerdos, recreaba muy cuidadosamente su anterior vida, la recreaba con amor y, de vez en cuando, desandaba camino para recoger algo aparentemente trivial, y nunca corría con demasiada prisa hacia delante. Vagando por Berlín, aquel martes de primavera, convaleció totalmente, supo que iba a abandonar la cama y sintió las piernas débiles. Se miró en todos los espejos. Sus ropas le parecieron insólitamente limpias, singularmente anchas y levemente

familiares. Anduvo despacio por la ancha senda que conducía desde el jardín delantero a las profundidades del parque. Aquí y allá, la tierra, a la que las sombras de las hojas daban tono purpúreo, quebraba su lisura con pequeños montículos que parecían montones de negros gusanos. Se había puesto pantalones blancos y calcetines de color lila, con la esperanza ensoñada de encontrar a alguien, aun cuando no sabía exactamente a quien.

Al llegar al término de la senda, allí donde el banco blanco resplandecía entre la verde oscuridad de las agujas de pino, inició el regreso, y, a lo lejos, en un claro entre los tilos, vio la arena rojiza, anaranjada, del jardín delantero y el destello de los cristales de la galería.

La enfermera regresó a Petersburgo. Con el busto asomado a la ventanilla del coche, agitó largo rato el bracito, mientras el viento agitaba su velo. En el interior de la casa se estaba fresco, con manchas de luz solar en el suelo, aquí y allá. Dos semanas

después ya se quedaba sin resuello montando en bicicleta, y, a última hora de la tarde, jugaba a los bolos con el hijo del vaquero. Pasó otra semana, y entonces ocurrió el hecho que había estado esperando.

—¿Y qué queda de todo ello? —musitó Ganin—. ¿Dónde está la felicidad, la luz del sol, dónde están aquellas pesadas bolas de madera que con tanta gracia rodaban y rebotaban, dónde está mi bicicleta de bajo manillar y gran rueda dentada? Parece que hay un principio según el cual nada hay que se desvanezca, que quede aniquilado, ya que la materia es indestructible, en consecuencia, la madera de mis bolas y los radios de mi bicicleta todavía existen, ahora. La lástima es que nunca los encontraré, nunca, nunca. En cierta ocasión, leí algo acerca del «eterno retorno». Pero ¿qué pasará si este complicado juego no se produce más que una vez? Veamos, aquí hay algo que no comprendo. Sí, es esto: ¿Morirá todo, cuando yo muera? Ahora, estoy solo en una ciudad

extranjera. Solo y embriagado. La cerveza y el coñac hacen zumbiar mi cabeza. He bebido más de la cuenta. Pero, si ahora mi corazón estalla, ¿estallará con él todo el mundo? No alcanzo a comprenderlo.

»Volvió a encontrarse en el minúsculo jardín público de la misma plaza, pero ahora el aire era fresco, el pálido cielo se había oscurecido en un vespertino desmayo.

—Faltan cuatro días: miércoles, jueves, viernes y sábado. Y puedo morir en cualquier instante.

Juntó las negras cejas y murmuró bruscamente:

—¡Serénate! ¡Basta ya! Ha llegado el momento de volver a casa.

Mientras subía las escaleras camino de la pensión, vio a Alfyorov que, encorvado, envuelto en su voluminoso abrigo, prietos los labios, muy atento, metía la llave en la cerradura del ascensor. Alfyorov le dijo:

—Voy a comprar el periódico, Lev Glebovich. ¿Viene conmigo?

—No, gracias —repuso Ganin, y se dirigió a su dormitorio.

Pero cuando cogió la manecilla de la puerta, se quedó inmóvil. Sintió una repentina tentación. Había oído que Alfyorov entraba en el ascensor, el sonido del ingenio descendiendo laboriosamente, lento y ruidoso, y el metálico choque de la parada, al llegar abajo.

Mordiéndose los labios, pensó: «Se ha ido, ¡qué diablos, me arriesgaré!».

El destino quiso que cinco minutos después, Klara llamara a la puerta de Alfyorov para pedirle un sello de correos. La amarillenta luz que se veía a través de los vidrios opacos encima de la puerta parecía indicar que Alfyorov se hallaba en su cuarto. Mientras golpeaba la puerta con los nudillos y la abría un poco, Klara comenzó a decir:

—Aleksey Ivanovich, tiene usted...

Pero detuvo pasmada sus acciones. Ganin se encontraba en pie ante la mesa escritorio, cerrando apresuradamente el cajón. Miró alrededor, mostrando los dientes, empujó con la cadera el cajón, y se irguió.

—Dios mío... —murmuró Klara.

Y, retrocediendo, salió de la estancia.

Ganin salió rápidamente tras ella, apagando la luz, y cerrando la puerta con violencia. Apoyada la espalda en la pared del pasillo en penumbra, Klara miró con horror a Ganin, mientras se oprimía las sienes con sus manos gordezuelas. En voz baja, igual que antes, dijo:

—Dios mío, ¿cómo ha podido atreverse...?

Produciendo un lento murmullo jadeante, el ascensor volvía a subir. Con aire de conspirador, Ganin musitó:

—Ya vuelve.

La mirada fija en Ganin, Klara dijo amargamente:

—No, no le delataré. Sin embargo, no comprendo cómo ha podido atreverse a... A fin de cuentas, Aleksey Ivanovich no se encuentra en mejor situación económica que usted. No, no lo comprendo, es como una pesadilla.

Sonriente, Ganin dijo:

—Vayamos a su habitación, Klara, y, si quiere, se lo explicaré todo.

Klara separó la espalda de la pared y, con la cabeza inclinada, se dirigió, seguida de Ganin, al dormitorio 5 de abril. Estaba caliente y olía a buen perfume. En una estantería en la pared había un ejemplar de *La isla de los muertos* de Böcklins, y sobre la mesa una fotografía en un marco, el rostro de Liudmila, muy retocado. Con un movimiento de la

cabeza, Ganin indicó la foto:

—Nos hemos peleado. Si viene a visitarla, no me llame. Todo ha terminado entre nosotros.

Klara se sentó en el diván, doblando las rodillas y colocando las piernas en él. Se cubrió las piernas con un chal. Ganin se sentó a su lado, apoyó un brazo en el respaldo del diván y prosiguió:

—¿Supongo, Klara, que no habrá hecho la tontería de imaginar que le estaba robando dinero a Alfyorov? Sin embargo, le confieso que no siento el menor deseo de que él se entere de que he estado revolviendo el cajón de su escritorio.

—Entonces, ¿qué hacía? ¿De qué otra cosa podía tratarse? Jamás hubiera imaginado que fuera usted capaz de hacer esto, Lev Glebovich.

—Es usted una chica graciosa...

Ganin había advertido que los ojos de Klara, grandes, dulces y algo saltones, estaban un poco más

brillantes de lo normal, y que sus hombros se alzaban y descendían indicando una excesiva excitación, bajo el negro chal. Ganin sonrió:

—Bueno, pues de acuerdo, supongamos que soy un ladrón. En este caso, ¿por qué se altera usted tanto?

Volviendo la cabeza, Klara dijo en voz baja:

—Por favor, váyase.

Ganin se echó a reír y encogió los hombros.

Cuando Ganin hubo cerrado la puerta, después de salir, Klara se echó a llorar, y lloró durante largo rato. Grandes y brillantes lágrimas aparecían rítmicamente en sus pestañas, y resbalaban formando largos regueros por sus mejillas coloreadas por el llanto. Entre sollozos, murmuró:

—¡Pobre muchacho! ¡Cuán bajo le ha hecho descender la vida! Pero ¿qué puedo yo hacer?

En el tabique correspondiente al dormitorio de

los bailarines sonó un suave golpe. Klara se sonó y escuchó. Volvió a oír el golpe, suave como el terciopelo, femenino. No había duda de que lo había propinado Kolin. Entonces se oyeron carcajadas, y alguien exclamó:

—¡Alec, oh Alec, basta, basta ya!

Y dos voces iniciaron una conversación íntima, en voz baja.

Klara pensó que mañana, como de costumbre, tendría que acudir al trabajo y aporrear las teclas hasta las seis de la tarde, con la vista fija en la línea de letras color malva que iba apareciendo en la página, con el seco sonido en *staccato*, o, en el caso de que no hubiera trabajo, apoyaría en la Remington un libro prestado y vergonzosamente sucio, y leería. Se preparó una taza de té, cenó distraída, y se desnudó lánguida y lentamente. Desde la cama, oía voces en el dormitorio de Podtyagin. Oyó el sonido que alguien produjo al entrar y salir, luego la voz de

Ganin diciendo algo casi a gritos, y la baja voz de Podtyagin, con tristes acentos. Recordó que el viejo poeta había ido esta tarde a efectuar una gestión más para poner en regla su pasaporte, que estaba enfermo del corazón y que la vida transcurría muy aprisa. El próximo viernes, Klara cumpliría veintiséis años. Las voces siguieron sonando y sonando, y Klara tenía la impresión de encontrarse en una móvil casa de cristal que flotaba y se balanceaba. El ruido de los trenes, especialmente fuerte en las habitaciones del otro lado del corredor, también se oía en su dormitorio, y la cama causaba la impresión de ascender y balancearse. Durante unos instantes, vio en su imaginación la espalda de Ganin, inclinado sobre el escritorio, y recordó el momento en que volvió la cabeza, para mirar por encima del hombro, y mostró los dientes. Luego se durmió y tuvo un sueño muy tonto. Al parecer, estaba sentada en un tranvía, al lado de una vieja extraordinariamente parecida a su tía de Lodz, vieja que hablaba, muy

aprisa, en alemán; entonces, poco a poco, se dio cuenta de que la vieja no era su tía sino la alegre mujer a quien Klara compraba las naranjas, en el mercado.

Aquella tarde, Antón Sergeyevich recibió una visita. Se trataba de un anciano caballero, con bigote del color de la arena, cortado al estilo inglés, de aspecto muy respetable, vestido de chaqué y con pantalones de corte. Podtyagin acababa de obsequiarle con un caldo Maggi, cuando entró Ganin. El humo de los cigarrillos había puesto el aire azulado.

—El señor Ganin, el señor Kunitsyn —dijo Antón Sergeyevich, pesada la respiración, soltando destellos los espejuelos de sus gafas de pinza, mientras amablemente empujaba a Ganin hacia un sillón—. Este señor es un compañero de colegio que, en aquellos tiempos, plagiaba mis versos.

—Efectivamente, así es —admitió Kunitsyn sonriendo, y añadió en voz profunda y redondeada —: ¿Qué hora es, Antón Sergeyevich?

—No es tarde, todavía tenemos tiempo para charlar un poco más.

Kunitsyn se puso en pie, y se alisó el chaleco, tirando de él hacia abajo:

—No, no puedo. Mi mujer me espera.

Antón Sergeyeovich puso las manos con las palmas hacia el techo y miró de soslayo a su visitante:

—En este caso, no puedo retenerte más. Dale recuerdos de mi parte a tu mujer. No tengo el gusto de conocerla, pero te ruego le presentes mis respetos.

—Muchas gracias. Ha sido un placer. Adiós. Creo que he dejado el abrigo en el vestíbulo...

—Te acompañaré a la puerta —dijo Podtyagin—. Por favor, discúlpeme, Lev Glebovich. En seguida vuelvo.

Mientras estaba solo, Ganin se reclinó

cómodamente en el viejo sillón verde y esbozó una reflexiva sonrisa. Había acudido al dormitorio del viejo poeta porque éste era seguramente el único individuo que podía comprender el alterado estado en que él se encontraba. Deseaba hablarle de muchas cosas, de puestas de sol en una carretera rusa y de bosques de abedules. Al fin y al cabo, aquel hombre era el mismo Podtyagin cuyos versos podían verse, impresos bajo un dibujo, en los viejos volúmenes en que se compilaban revistas como *El mundo ilustrado* y *La revista gráfica*.

Antón Sergeyevich regresó meneando tristemente la cabeza. Se sentó a la mesa y tamborileó con los dedos en ella:

—Me ha injuriado. Sí, me ha injuriado terriblemente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ganin.

Antón Sergeyevich se quitó las gafas y limpió los cristales con la punta del mantel:

—Me desprecia, esto es lo que pasa. ¿Sabe lo que acaba de decirme, ahora, hace unos instantes? Me ha dirigido una de sus sonrisas frías, sarcásticas, y me ha dicho: «Has dedicado toda tu vida a garrapatear versos, y no he leído ni una palabra de ellos, para no perder el tiempo miserablemente, en vez de trabajar». Esto es lo que me ha dicho, Lev Glebovich. Y ahora le pregunto, querido amigo, ¿cree usted que decir una frase así es propio de un hombre inteligente?

—¿A qué se dedica?

—Sabe Dios... A ganar dinero. Bueno, se trata de una persona que...

—Pero yo no veo razón alguna para que usted se sienta injuriado. El tiene una habilidad y usted otra. De todos modos estoy seguro de que también usted le desprecia.

Muy preocupado, Podtyagin dijo:

—Pero, querido Lev Glebovich, ¿no cree que tengo derecho a despreciarle? No es esto lo más horrible de la situación, sino que un hombre como él tenga la osadía de ofrecerme dinero.

Podtyagin abrió el puño y arrojó un arrugado billete sobre la mesa:

—Y, peor aún, yo lo he aceptado. Mire y admire: veinte marcos. ¡Así Dios los maldiga!

El anciano temblaba de la cabeza a los pies, su boca se abría y cerraba, la gris perilla se estremecía, y sus gruesos dedos tabaleaban. Luego lanzó un penoso suspiro y sacudió la cabeza:

—Peter Kunitsyn. Sí, le recuerdo muy bien. En el colegio, era un buen estudiante, el sinvergüenza. Siempre con el reloj en el bolsillo, y siempre puntual. Durante las clases, solía levantar la mano e indicarnos con los dedos los minutos que faltaban para que sonara la campana dándoles fin. En los exámenes finales de secundaria se ganó una medalla

de oro.

Pensativo, Ganin dijo:

—Le debe causar una extraña sensación acordarse de esto. A poco que pensemos nos daremos cuenta de que incluso parece extraño recordar cualquier detalle cotidiano, recordar algo ocurrido hace pocas horas, aunque nos sea imposible recordar por entero los días.

Podtyagin le dirigió una mirada penetrante y amable:

—¿Qué le ocurre, Lev Glebovich? Parece que su rostro haya recobrado la vida. ¿Se ha enamorado otra vez? Pues sí, tal como usted dice, el modo en que recordamos las cosas es muy extraño. Caramba, caramba... ¡Con cuánta felicidad sonrío usted hoy!

—He venido a verle porque tengo motivos para ello, Antón Sergeyevich.

—¡Vaya! Y lo único que he podido ofrecerle es

la presencia de Kunitsyn. En fin, que su personalidad sea un aviso para usted. ¿Qué tal estudiante era usted, Lev Glebovich?

Ganin volvió a sonreír:

—Medianejo. Estudié en la academia Balashov, en Petersburgo, ¿la conoce? —Ganin prosiguió en el mismo tono de voz en que hablaba Podtyagin, como se suele hacer cuando se habla con un viejo—: Recuerdo el patio de la escuela. En él jugábamos al fútbol. Había una pila de leña, bajo un porche, y, de vez en cuando, la pelota iba a dar en la pila y hacía caer un leño.

—Nosotros preferíamos jugar a cosacos y ladrones.

De un modo imprevisible, Podtyagin añadió:

—Y, ahora, todo ha terminado.

—Pues hoy, Antón Sergeyevich, he recordado aquellas viejas revistas que publicaban versos

suyos, y también he recordado los bosques de abedules.

El viejo le miró con benévola ironía:

—¿De veras? ¡Qué estúpido fui! Por culpa de aquellos abedules malgasté mi vida y olvidé el resto de Rusia. Ahora, gracias a Dios, he dejado de escribir poesía. He terminado con ella para siempre. Incluso me da vergüenza escribir la palabra «poeta» en la correspondiente casilla de los formularios oficiales. A propósito, hoy he armado un lío tremendo, y el funcionario hasta se ha ofendido. Mañana he de volver.

Ganin se miró los pies, y dijo:

—En los últimos cursos de secundaria, mis compañeros creían que yo tenía una amante. ¡Y qué amante! ¡Nada menos que una señora de la alta sociedad! Por esto, me tenían un gran respeto. Y yo nunca desmentí esta creencia, ya que, a fin de cuentas, yo mismo había lanzado el rumor.

Podtyagin afirmó con la cabeza:

—Comprendo. En su manera de ser hay algo parecido a la astucia, Lyovushka. Y esto me gusta.

—En realidad, era absurdamente casto, y no me molestaba en absoluto serlo. Estaba orgulloso de ello, era como un secreto. Sin embargo, todos me creían muy experto. Pero también he de decirle que no era un muchacho tímido o pudibundo. Sencillamente me gustaba vivir tal como vivía, y esperar. Y aquellos compañeros de estudios que empleaban palabras procaces y que jadeaban con sólo pronunciar la voz «mujer» eran muchachos sucios, con granos, y manos siempre sudorosas. Los despreciaba por sus granos. Y contaban unas mentiras sublevantes, cuando hablaban de sus aventuras amorosas.

En su voz sin brillo, Podtyagin dijo:

—Por mi parte, debo confesar que me estrené con una criada. Era muy dulce, con ojos grises... Se

llamaba Glasha. En fin, así es la vida.

—Pues yo esperé —dijo Ganin en voz baja—. Esperé desde el inicio de mi pubertad hasta los dieciséis años, es decir, unos tres años. Cuando tenía trece años, otro chico de la misma edad y yo estábamos jugando al escondite, y nos encontramos encerrados en un armario. En aquella oscuridad, el muchacho me dijo que había mujeres extremadamente bellas que se dejaban desnudar por dinero. No oí bien el nombre que les daba, y pensé que había dicho «princesutas», como una derivación de princesa, por lo que me formé una deslumbrante y misteriosa imagen de ellas. Pero, luego, no tardé en comprender cuán equivocado estaba, ya que nada atractivo veía yo en aquellas mujeres que se paseaban por la Perspectiva Nevski, meneando las caderas, y que a los chicos de secundaria nos llamaban «lápices». Así es que, después de tres años de orgullosa espera, mi castidad terminó. Fue en verano, en nuestra casa de campo.

—Sí, sí, lo imagino. Bastante común. Los dulces dieciséis años, y amor en el bosque.

Ganin le dirigió una mirada de curiosidad:

—¿Es que hay algo más bello que esto, Antón Sergejevich?

—No lo sé, no me pregunte estas cosas, querido amigo. Puse en la poesía todo lo que hubiera debido poner en la vida, y ahora ya es demasiado tarde para comenzar una vida nueva. Lo único que por el momento se me ocurre es que, a fin de cuentas, resulta mejor haber sido un hombre de temperamento sanguíneo, o sea, un hombre de acción, y si uno ha de embriagarse, mejor que se embriague del todo, y que lo mande todo a hacer gárgaras.

Ganin sonrió:

—También esto me ocurrió.

Podtyagin pensó en silencio durante unos instantes, y, al fin, dijo:

—Me ha hablado usted del campo ruso, Lev Glebovich. Espero que usted vuelva a verlo, pero yo dejaré los huesos aquí. Y si no aquí, en París. En fin, perdóneme, pero parece que hoy estoy pesimista.

Los dos guardaron silencio. Pasó un tren. Lejos, muy lejos, una locomotora lanzó un salvaje grito de desesperación. Por los cristales de la ventana sin cortinas, se veía la noche, de un frío color azul, y los cristales reflejaban la pantalla de la lámpara, y un ángulo, intensamente iluminado, de la mesa. Podtyagin, sentado, mantenía los hombros echados hacia delante y la gris cabeza inclinada, mientras jugueteaba con una pitillera de cuero. Era imposible adivinar en qué pensaba, si meditaba acerca de la mediocridad de su pasada vida, o si la vejez, la enfermedad y la pobreza habían aparecido ante su mente con la misma tenebrosa claridad del reflejo en los nocturnos cristales de la ventana, si pensaba en París y en su pasaporte, si comprobaba pesaroso que el dibujo de la alfombra reseguía exactamente la

línea de la puntera de su zapato, o que de buena gana se tomaría una jarra de cerveza, o que aquel visitante llevaba ya demasiado tiempo allí... En fin, sólo Dios sabía en qué pensaba Antón Sergeyevich. Pero mientras Ganin contemplaba la gran cabeza inclinada, las seniles matas de vello que le salían de las orejas y los hombros echados hacia delante de tanto escribir, sintió súbitamente tanta tristeza que perdió las ganas de hablar del verano en Rusia, de los senderos del parque, y menos aún de la pasmosa ocurrencia del día anterior.

—Bueno, he de irme —dijo—. Que duerma bien, Antón Sergeyevich.

Después de lanzar un suspiro, Podtyagin dijo:

—Buenas noches, Lyovushka. Me ha gustado mucho hablar con usted. Por lo menos, no me desprecia por aceptar el dinero de Kunitsyn.

En el último instante, cuando ya se encontraba en la puerta, Ganin se detuvo y dijo:

—¿Sabía, Antón Sergeyevich, que he iniciado una nueva y maravillosa aventura amorosa? Ahora voy al encuentro de esta mujer. Me siento muy feliz.

Podtyagin movió la cabeza, como dándole ánimos:

—Comprendo. Dele recuerdos. No tengo el placer de conocerla, pero preséntele mis respetos.

6

Aunque parezca extraño, no podía recordar cuándo la vio por vez primera. Quizá fue en un concierto benéfico celebrado en un granero, en los límites de las tierras de sus padres. Aunque también cabía la posibilidad de que la hubiera visto, muy brevemente, con anterioridad. Su risa, la dulzura de sus rasgos, su piel morena y el gran lazo en su pelo, le parecieron remotamente conocidos, cuando un estudiante de medicina que hacía prácticas en el hospital militar de la localidad (se estaba desarrollando una gran guerra mundial) le habló de aquella muchacha de quince años tan «dulce y notable», dicho sea en las propias palabras del estudiante. Pero esta conversación había tenido lugar antes del concierto. Ahora, Ganin buscaba vanamente en su memoria. Simplemente, no podía recordar su primer encuentro. Lo cierto era que

Ganin la había estado esperando con tan ardientes deseos, y que había pensado tanto en ella, durante los deliciosos días de convalecencia del tifus, que se había formado en la mente la imagen completa de la muchacha antes de verla realmente. Ahora, muchos años después, tenía la impresión de que su encuentro imaginario y su encuentro real se fundían y confundían formando un tercer encuentro, ya que en cuanto a persona viviente, la muchacha sólo era una ininterrumpida continuación de la imagen que la había anunciado, precediéndola.

Aquella tarde del mes de julio, Ganin abrió la chirriante puerta de hierro, en la parte frontal de la casa, y salió fuera, a la luz azulada de los últimos instantes del ocaso. A aquellas horas, la bicicleta parecía rodar más fácilmente, y los neumáticos de las ruedas emitían como un murmullo al pasar sobre la dura tierra, al margen de la carretera, con sus montículos y depresiones. Al cruzar ante los establos sumidos en la oscuridad, sentía el calor que

despedían, y a sus oídos llegaba el sonido de un bufido, o el sordo golpe de una pezuña. Más adelante, la carretera quedaba protegida, a uno y otro lado, por los abedules que, a esta hora, guardaban silencio. Entonces, como un fuego moribundo en las piedras del hogar, apareció una débil luz en mitad del campo, y vio los oscuros grupos de hombres y mujeres que avanzaban, con festivo murmullo, hacia el solitario granero.

Dentro, se había montado un escenario, se habían dispuesto filas de sillas, las luces iluminaban las cabezas y los hombros de los presentes, dando destellos a sus pupilas, y el aire olía a caramelo y gasolina. Había acudido mucha gente. Al fondo se agrupaban los campesinos, en medio estaban los veraneantes de las dachas, y delante, sentados en los blancos bancos sacados del parque de la mansión, había unos veinte pacientes del hospital militar instalado en el pueblo, todos ellos silenciosos y quietos, con manchas sin pelo en sus gris-azuladas y

redondas cabezas peladas. Aquí y allá, en las paredes adornadas con ramas de abeto, se veían grietas tan anchas que a su través se vislumbraba la noche estrellada, así como las negras sombras de los chicos del pueblo que se habían subido a las altas pilas de leños.

El cantante llegado de San Petersburgo, hombre esbelto, con cara de caballo, lanzó una cavernosa nota, y el coro de la escuela del pueblo, obedeciendo el melodioso vibrar de un diapasón, inició su canto.

En el cálido resplandor amarillo, entre los sonidos que adquirirían forma visible en los pliegues de los plateados y carmesíes pañuelos de cabeza, móviles pestañas, negras sombras en las traviesas de la techumbre, sombras que se movían cuando soplabla la brisa nocturna, entre todas las cabezas y hombros que atestaban el granero, en el resplandor y entre los sonos de la música popular, Ganin sólo veía una cosa. Tenía la vista al frente, fija en una

trenza castaña, con un lazo negro, algo desgastado en los bordes, y sus ojos acariciaban el oscuro, suave, femenino lustre del cabello junto a la sien de la muchacha. Cuando la muchacha volvía el rostro a un lado, para dirigir a la amiga que la acompañaba una de sus rápidas y sonrientes miradas, Ganin también podía ver el intenso color de su mejilla, parte de un destellante ojo tártaro, y la delicada curva de una de las aletas de la nariz, estremeciéndose delicadamente al compás de su risa. Luego, cuando el concierto hubo terminado, el cantante de San Petersburgo se fue en el gran coche del propietario del molino, coche que proyectaba una misteriosa luz sobre la hierba, y que con sus faros despertó a un dormido abedul, y, después, al puente sobre el riachuelo. Entonces, el grupo de veraneantes, con alegre revoloteo de blancos vestidos, se alejó en la azulencia oscuridad, por los campos cubiertos de húmedo trébol, y alguien encendió un cigarrillo en la oscuridad, protegiendo la llama de la cerilla con las

ahuecadas palmas de las manos. Ganin, en un estado de solitaria excitación, regresó a pie a su casa, empujando por el sillín la bicicleta, cuyas ruedas producían un leve sonido de engranaje.

En una de las alas de la casa, entre la bodega y el dormitorio del ama de llaves, había un amplio y anticuado retrete, cuya ventana se abría a una descuidada zona del jardín, en la que, a la sombra de una techumbre metálica, un par de negras ruedas sobresalían del brocal de un pozo, y un canalillo de madera surcaba la tierra, entre las peladas y retorcidas raíces de tres grandes álamos. Los cristales policromos de la ventana representaban un caballero de barba terminada en ángulos rectos, y de poderosas piernas, que resplandecía de un modo extraño a la débil luz de la lámpara de parafina, con reflector de hojalata, que colgaba junto a la gruesa cuerda cubierta de terciopelo. Uno tiraba de esta cuerda, y de las misteriosas profundidades del tronco de roble surgía el sonido de agua corriente y

de huecos movimientos de succión. Ganin abrió la ventana y se subió al alféizar. La cuerda cubierta de terciopelo se balanceó suavemente, y el cielo estrellado que divisó por entre los álamos le dio ganas de exhalar un suspiro. El momento en que se sentó en el alféizar de la ventana de aquel lúgubre retrete, y pensó que probablemente jamás, jamás, jamás, llegaría a conocer a la muchacha del lazo negro en la parte posterior de su delicado cuello, y esperó en vano a que un ruiseñor comenzara a cantar en los álamos, como en un poema de Fet, este momento era el momento que Ganin consideraba el más importante de su vida.

Tampoco recordaba cuándo la volvió a ver, si fue el día o la semana siguiente. Al atardecer, antes de la hora del té, Ganin se sentó en el cuero con muelles debajo, se inclinó sobre el manillar, y pedaleó rectamente hacia el resplandor de occidente. Siempre recorría el mismo trayecto circular, pasando entre dos villorrios separados por

un bosque de pinos, avanzando luego por la carretera, entre los campos, y regresando a casa a través del gran pueblo de Voskresensk, junto al río Oredezh, cantado por Ryleev cien años antes. Conocía el camino de memoria, ahora estrecho y llano, con su borde de cemento a lo largo de un peligroso margen, ahora con piso de adoquines que hacían temblar la rueda delantera, en otros lugares con traidores hoyos, y por último liso, rosado y firme. Conocía el camino por la vista y por el tacto, tal como se conoce un cuerpo vivo, y rodaba por él con gran competencia, accionando los pedales, y avanzando hacia un rumoroso vacío.

El sol del atardecer rayaba con rojo fuego los rugosos troncos de un grupo de pinos; de los jardines de una dacha llegaba hasta sus oídos el sonido del entrechocar de bolas de *cricket*; las moscas de agua se le metían en la boca y en los ojos.

En la carretera, de vez en cuando se detenía ante una pequeña pirámide de piedras de pavimentación,

junto a las que se levantaba un poste de telégrafos, con la madera estriada en gris, que emitía un dulce y desolado murmullo. Se apoyaba en la bicicleta y, a través de los campos, contemplaba uno de esos lindes de bosque que sólo se ven en Rusia, remoto, compacto, negro, sobre el que el dorado cielo de occidente quedaba únicamente roto por una solitaria y alargada nube color lila, de la que surgían hacia la tierra los rayos solares como un ardiente abanico. Y mientras contemplaba el cielo y escuchaba el casi ensoñado mugido de una vaca en un pueblo distante, intentaba comprender el significado de aquello, del cielo y de los campos, y del murmullo del poste de telégrafos. Tenía la impresión de que estaba a punto de comprenderlo, cuando súbitamente la cabeza comenzaba a darle vueltas, y la lúcida languidez del momento se le hacía intolerable.

No sabía dónde podía encontrarla o abordarla, en qué revuelta de la carretera, si en este matorral o en el otro. La muchacha vivía en Voskresensk, y

salió a pasear aquella misma soleada y solitaria tarde en que lo hizo Ganin, y exactamente a la misma hora. Ganin la vio desde lejos, e inmediatamente sintió una mano helada en el corazón. La muchacha caminaba aprisa, iba con falda azul, y había metido las manos en los bolsillos de su chaqueta de sarga también azul, con blanca blusa debajo. Cuando Ganin, como una suave brisa, llegó a su lado, únicamente vio los pliegues de tela azul moviéndose a uno y otro lado, y el lazo de seda negra, como dos alas extendidas. Cuando la rebasó, no miró el rostro de la muchacha, sino que fingió prestar absorta atención a su pedaleo, pese a que, un minuto antes, al imaginar su encuentro, se había jurado que sonreiría y la saludaría. En aquellos tiempos, Ganin pensaba que la muchacha forzosamente tenía que ostentar un nombre insólito y sonoro, pero cuando se enteró, por el estudiante antes mencionado, de que se llamaba Mashenka, no se sorprendió en absoluto, como si lo hubiera sabido de antemano, y aquel nombre sencillo

tomó para él un nuevo sonido, adquirió un entrañable significado.

—Mashenka, Mashenka —musitó Ganin.

Hizo una profunda inhalación, y, sin soltar el aire, escuchó el latir de su corazón. Eran las tres de la madrugada aproximadamente, ya no pasaban trenes y la casa parecía haber detenido sus constantes movimientos. En la silla, con los brazos hacia delante, como los de un hombre fulminado en el instante de rezar sus oraciones, se veía, colgando en la oscuridad, la vaga y blanca forma de la camisa usada aquel día.

—Mashenka —repitió Ganin.

Intentaba dotar a estas sílabas de la musicalidad que en otros tiempos habían encerrado —el viento, el murmullo de los postes de telégrafo, la felicidad —, juntamente con otro secreto sonido que daba a la palabra su verdadera vida. Ganin yacía boca arriba, y escuchaba el pasado. En aquel instante, desde la

habitación contigua llegó a sus oídos un bajo, dulce, inoportuno sonido: ta-ta, ta-ta. Alfyorov esperaba el sábado.

El día siguiente, miércoles, por la mañana, Erika introdujo su zarpa en la habitación 2 de abril, y arrojó al suelo un sobre color malva. Con indiferencia, Ganin reconoció la letra grande, vulgar y muy regular. El sello había sido pegado al revés, y el grueso pulgar de Erika había dejado su grasienta huella en uno de los ángulos. El sobre estaba impregnado de perfume, y Ganin pensó que perfumar una carta era algo parecido a rociarse con esencia los zapatos para cruzar la calle. Hinchó las mejillas, lanzó un bufido, y se metió el sobre en el bolsillo, sin abrirlo. Pocos minutos después, lo extrajo, le dio un par de vueltas entre los dedos y lo arrojó sobre la mesa. Luego paseó por la estancia, cruzándola un par de veces.

En la pensión todas las puertas estaban abiertas. Los sonidos de los trabajos caseros de la mañana se

mezclaban con el ruido de los trenes, que aprovechaban las corrientes de aire para atravesar más rápidamente todas las habitaciones. Ganin, que se quedaba en casa por las mañanas, solía barrer su habitación y hacerse la cama. Ahora, de repente, se dio cuenta de que aquél era el segundo día que no limpiaba su dormitorio. Salió al pasillo, en busca de una escoba y un plumero. Con un cubo en la mano, Lydia Nikolaevna se deslizó a su lado, como un ratón, y, al pasar, le preguntó: —¿Le ha dado Erika la carta?

Ganin afirmó en silencio, y cogió un cepillo de largo mango, que descansaba encima de la cómoda. En el espejo del vestíbulo, vio, reflejado, el interior del cuarto de Alfyorov, cuya puerta estaba abierta de par en par. En la soleada habitación —aquel día, el tiempo era maravilloso—, un cono de radiante polvo cruzaba el ángulo de la mesa escritorio, y Ganin imaginó con angustiosa claridad las fotografías que, primeramente, le había mostrado Alfyorov, y que,

luego, había examinado a solas, con tanta emoción, hasta que Klara le impidió seguir haciéndolo. En aquellas fotos Mashenka era exactamente tal como la recordaba, y ahora le parecía terrible que su pasado estuviera encerrado en el cajón de otro hombre.

El reflejo en el espejo se desvaneció con un portazo, cuando Lydia Nikolaevna salió de la estancia y emprendió el recorrido del pasillo a pasitos cortos.

Con el cepillo en la mano, Ganin regresó a su dormitorio. Sobre la mesa reposaba el rectangular cuadrángulo color malva. En una rápida asociación de ideas, provocada por el sobre y por el reflejo de la mesa escritorio en el espejo, recordó aquellas viejas cartas que guardaba en una cartera negra, en el fondo de la maleta, junto con la pistola automática que se había traído de Crimea.

Cogió el sobre alargado, abrió de un codazo la ventana, y con sus fuertes dedos rasgó en cruz la

carta, rompió las porciones en porciones más menudas, y las arrojó al viento. Lanzando reflejos, los copos de nieve de papel descendieron volando al soleado abismo. Un fragmento se posó en el alféizar, y en él leyó Ganin porciones de mutiladas líneas:

ego, puedo olv

mor. Sólo rueg

si has de ser fel

De un manotazo lo arrojó al patio que olía a carbón, a primavera y a anchos espacios abiertos. Aliviado, encogió los hombros y comenzó a limpiar el dormitorio.

Luego, oyó cómo los restantes pupilos regresaban, uno tras otro, para almorzar. Oyó la alta risa de Alfyorov, y también oyó cómo Podtyagin musitaba algo suavemente. Y poco después, Erika salía al pasillo y atizaba el correspondiente golpe al

gong.

Mientras se dirigía al comedor, coincidió en el pasillo con Klara, quien le dirigió una aterrorizada mirada. Ganin esbozó una sonrisa tan amable y hermosa que Klara pensó: «¡Qué importa que sea ladrón! ¡No hay nadie que se le pueda comparar!». Ganin abrió cortésmente la puerta; Klara bajó la cabeza y pasó ante él, entrando en el comedor. Los otros ya estaban sentados en sus lugares, y Lydia Nikolaevna, sosteniendo en una de sus minúsculas manos una formidable sopera, servía tristemente sopa con la otra.

Podtyagin tampoco había tenido éxito aquel día. Realmente, el pobre viejo no tenía la suerte de cara. Los franceses le habían dado permiso para entrar en su país, pero los alemanes, por ignoradas razones, no le dejaban salir del suyo. Entre una cosa y otra, ahora tan sólo le quedaba el dinero suficiente para pagar los gastos de viaje, y si aquel lío burocrático duraba una sola semana más, Podtyagin tendría que

comenzar a gastar el dinero en subsistir, con lo cual no le llegaría para efectuar el viaje a París. Mientras se comía la sopa, Podtyagin explicó, en términos de exagerada jocosidad, en modo alguno alegre, cómo le habían mandado de un departamento a otro, cómo había sido incapaz de explicar lo que quería, y cómo, por fin, un fatigado y exasperado funcionario le había echado a gritos.

Ganin alzó la vista y dijo:

—Si me lo permite, mañana le acompañaré, Antón Sergeyevich. Me sobra tiempo. Le ayudaré a entenderse con ellos.

El alemán de Ganin era, realmente, muy bueno. Podtyagin replicó:

—Gracias, hombre, se lo agradezco.

Y volvió a advertir, igual que el día anterior, el insólito optimismo que había en el rostro de Ganin.

—Es como para llorar, ¿sabe? —añadió—. He

hecho cola durante dos horas, total para regresar con las manos vacías. Muchas gracias, Lyovushka.

Alfyorov comenzó a decir:

—Mucho me temo que mi esposa tropiece también con dificultades...

Y, entonces, a Ganin le ocurrió algo que jamás le había ocurrido. Sintió que un intolerable rubor le cubría el rostro y le producía picores en la frente, igual que si hubiera bebido demasiado vinagre. Mientras se dirigía al comedor, no había pensado en la posibilidad de que aquella gente, los fantasmas de su vivir entre sueños de exiliado, pudiera hablar de su propia vida real y referirse a Mashenka. Con horror y vergüenza recordó que, en su ignorancia, anteayer, a la hora del almuerzo, se había reído, juntamente con los otros, de la esposa de Alfyorov. Y ahora cabía la posibilidad de que alguien volviera a hacerlo.

Alfyorov iba diciendo:

—Sin embargo, mi esposa es una mujer eficiente, sabe defenderse sola. Sí, sí, mi mujercita sabe cuidarse.

Kolin y Gornotsvetov se miraron y rieron. En silencio, con expresión grave, Ganin formó una bola de pan. Poco le faltó para levantarse y abandonar el comedor. Con esfuerzo, consiguió dominarse a tiempo. Alzó la cabeza y se obligó a sí mismo a mirar a Alfyorov. Se preguntó cómo había sido Mashenka capaz de contraer matrimonio con aquel individuo de rala barbita y redondeada nariz reluciente. Y la idea de que estaba al lado del hombre que había acariciado a Mashenka, que conocía sus labios, sus frases graciosas, su risa, sus movimientos, y que ahora la estaba esperando, este pensamiento le pareció terrible, pero al mismo tiempo experimentó cierto orgullo al recordar que había sido primeramente a él, y no a su marido, a quien Mashenka había entregado su profunda e incomparable fragancia.

Después del almuerzo fue a dar un paseo, y, en su curso, cogió un autobús y subió al piso superior. Abajo desfilaban los árboles, pequeñas figuras negras se movían en todas direcciones sobre el brillante asfalto iluminado por el sol, el autobús rugía y se balanceaba, y Ganin tenía la impresión de que aquella ciudad extranjera que iba pasando ante él no era más que una serie de imágenes de cinta cinematográfica. Cuando regresó a la pensión, vio a Podtyagin en el acto de llamar a la puerta de Klara, y Podtyagin le pareció asimismo un fantasma, un ser raro y carente de importancia.

Mientras tomaba el té en compañía de Klara, Anton Sergeyevich indicó con la cabeza la puerta y dijo:

—Parece que nuestro amigo vuelve a estar enamorado. ¿No será de usted?

Klara volvió la cara. Su amplio busto se alzó y descendió. No podía creer que fuese verdad. Era

algo que la atemorizaba, sí, porque la aterraba la idea de que Ganin fuera un hombre que se dedicaba a saquear los cajones de los escritorios ajenos. Sin embargo, la pregunta de Podtyagin no dejó de halagarla.

—¿No estará enamorado de usted, Klarochka? —repitió Antón Sergeyevich, sin dejar de soplar el té, y dirigiendo a la muchacha una mirada oblicua, a través de los cristales de sus gafas de pinza.

Bruscamente, y segura de que podía revelar este secreto a Podtyagin, Klara repuso:

—Ayer rompió sus relaciones con Liudmila.

El viejo afirmó con la cabeza, sorbió el té con regodeo y dijo:

—Es lo que me parecía. No podía el muchacho tener un aspecto tan radiante así, sin más. Un clavo saca a otro clavo. Adiós muy buenas a la antigua novia, y adelante con la nueva. ¿Ha oído lo que me

ha propuesto mientras almorzábamos? Mañana vamos a ir juntos a las oficinas de la policía.

Con acento reflexivo, Klara dijo:

—Esta tarde la veré. ¡Pobrecilla! Por teléfono parecía más muerta que viva.

Podtyagin soltó un suspiro:

—¡Ah, la juventud! Esa muchacha sabrá superar el golpe. No ha pasado nada grave. En el fondo, mejor para todos. En fin, Klarochka, ya soy viejo y no tardaré en dejar este mundo.

—¡Dios mío, qué tonterías dice, Antón Sergeyevich!

—No, no son tonterías. Anoche tuve otro ataque. Había momentos en que tenía el corazón en la boca, y al instante siguiente me parecía que estuviera debajo de la cama.

—¡Pobre! ¡Debiera acudir al médico! —dijo Klara, angustiada.

Podtyagin sonrió:

—Era broma. En realidad, últimamente me encuentro mucho mejor. No he tenido ataque alguno. Me lo he inventado para ver cómo esos ojazos se hacían aún más grandes. Si estuviéramos en Rusia, Klarochka, no faltaría algún médico rural o algún adinerado arquitecto que le hiciera la corte. Dígame, ¿ama a Rusia?

—Mucho.

—Bien. Estamos obligados a amar a Rusia. Sin el amor de los emigrados, Rusia está acabada. Allí nadie la ama.

—Tengo veintiséis años. Me paso todas las mañanas escribiendo a máquina, y cinco días por semana trabajo hasta las seis de la tarde. Me fatigo mucho, y me siento muy sola en Berlín. ¿Cree que esto durará mucho, Antón Sergeyevich?

Podtyagin suspiró:

—No lo sé, querida. Si lo supiera se lo diría. También yo trabajé. Fundé una revista, aquí. Y de este esfuerzo, nada me ha quedado. Sólo ruego a Dios que me permita ir a París. Allí hay más libertad que aquí, y la vida es más fácil. ¿Qué cree, podré ir a París?

—¡Claro que sí, Antón Sergeyevich! Mañana se le solucionarán todos los problemas.

—Allí la vida es más libre... y más barata — dijo Podtyagin, mientras con la cucharilla cogía una porción de azúcar que no se había disuelto, pensando que en aquel poroso pedazo de azúcar había algo entrañablemente ruso, algo parecido a la nieve fundiéndose en primavera.

8

Desde el punto de vista de las ocupaciones cotidianas, los días de Ganin eran más vacíos desde que había roto sus relaciones con Liudmila, pero, por otra parte, ahora el no tener nada que hacer había dejado de aburrirle. Estaba tan absorto en sus recuerdos que no se daba cuenta del paso del tiempo. Su sombra se alojaba en la pensión de Frau Dorn, mientras su verdadera persona se encontraba en Rusia volviendo a vivir sus recuerdos como si fueran realidad. Para él, el tiempo se había convertido en el fluir de los recuerdos que iban acudiendo gradualmente a su memoria. Y pese a que sus amores con Mashenka, en aquellos lejanos tiempos, no habían durado solamente tres días, o una semana, sino mucho más, no notaba Ganin discrepancia alguna entre el transcurso del tiempo real y el de aquel otro tiempo en el que revivía el

pasado, debido a que su memoria no tenía en cuenta todos los instantes, y prescindía de los períodos que no merecían ser recordados, iluminando únicamente los momentos relacionados con Mashenka. De esta manera no se daba discrepancia alguna entre el curso de la vida pasada y el de la vida presente.

Parecía que su pasado, en aquella forma perfecta que había adoptado, discurriera con regularidad por el cauce de su cotidiano vivir en Berlín. Fuera lo que fuese lo que Ganin hiciera ahora, aquella otra vida se adaptaba constantemente a ello.

No se trataba de simples recuerdos, sino de un vivir mucho más real, mucho más intenso que el de su sombra en Berlín. Eran unos maravillosos amores que iba desarrollando con auténtico cariño.

Hacia la segunda semana de agosto, en el norte de Rusia ya hay ciertas características otoñales en el aire. De vez en cuando, una hoja pequeña y amarilla cae de la copa de un abedul; los anchos campos,

después de la cosecha, tienen una esplendorosa vaciedad otoñal. A lo largo del lindero del bosque, allí donde la tierra queda cubierta por la alta grama, esplendente al viento, que ha escapado a la guadaña de los segadores, embrutecidas abejas duermen sobre los almohadones que para ellas son las oscuras flores de la escabiosa. Y, entonces, una tarde, en el pabellón del parque...

Sí, el pabellón. Se alzaba sostenido por postes de madera medio podridos, sobre una hondonada, y a él se llegaba, por ambos lados, a lo largo de dos puentes cubiertos de una resbaladiza capa de agujas de pino.

En sus pequeñas ventanas en forma de diamante había cristales multicolores. De manera que si uno miraba a través de un cristal azul el mundo parecía helado en trance lunar; a través de un cristal amarillo, todo parecía extremadamente alegre; mirando por el cristal rojo, el cielo era de color de rosa, y el follaje oscuro como el borgoña. Había

algunos cristales rotos, con sus cortantes bordes unidos por telarañas. El interior del pabellón estaba pintado de blanco. Los veraneantes de las vecinas dachas que ilegalmente entraban en el parque de la finca habían escrito palabras a lápiz en las paredes y en la mesa plegable.

Un día, Mashenka y dos de sus amigas, bastante feúchas, también penetraron en el pabellón. Primeramente, Ganin las alcanzó en el sendero que avanzaba siguiendo el margen del río, y pasó tan cerca de ellas, con la bicicleta, que las amigas de Mashenka se apartaron dando gritos. Casi rodeó el parque, y luego lo cruzó por la parte media. Por entre las hojas, desde lejos, vio cómo entraban en el pabellón. Dejó la bicicleta apoyada en el tronco de un árbol, y fue allá.

En voz lenta y ruda, dijo:

—Esto es propiedad privada. Incluso hay un cartel que lo dice, en la verja.

Nada contestó Mashenka, limitándose a mirarlo con rasgados ojos traviosos. Indicó con el dedo, Ganin, una de las medio borradas frases escritas a lápiz, y dijo:

—¿Sois vosotras las que habéis escrito esto?

La frase decía: «El día tres de julio, Mashenka, Lida y Nina, aguardaron en este pabellón a que pasara una tormenta de rayos y truenos».

Las tres se echaron a reír, y él también rió. Se sentó en la mesa junto a la ventana, y se quedó allí balanceando las piernas. Con disgusto, advirtió que se había rasgado el negro calcetín, a la altura del tobillo. Bruscamente, Mashenka indicó el rosado orificio en la seda, y dijo:

—Mirad... ¡Ha salido el sol!

Hablaron de las tormentas con rayos y truenos, de los veraneantes de las dachas, del tifus que él acababa de pasar, del gracioso estudiante en el

hospital militar y del concierto.

Mashenka tenía adorables cejas siempre en movimiento, piel morena, cubierta de una finísima y lustrosa pelusa que daba un matiz especialmente cálido a sus mejillas; las aletas de su nariz se movían mientras hablaba entre cortas carcajadas, sin dejar de chupar una brizna. Hablaba deprisa, con voz grave, con inesperados tonos pectorales, y en la base del cuello se le movía un hoyuelo.

Hacia el atardecer, Ganin acompañó a Mashenka y a sus amigas al pueblo, a lo largo de un sendero, cubierto de hierbajos, que cruzaba el bosque. En el momento en que pasaban ante un viejo banco con una pata rota, Ganin les dijo muy serio:

—Los macarrones crecen en Italia, y, cuando son pequeños, les llaman *vermicelli*, lo cual significa, en italiano, lombrices como estas que tienen los niños.

Quedaron en que, el día siguiente, las llevaría a las tres de paseo en barca. Pero Mashenka

compareció sola. Ya en la débil y móvil plataforma sobre el agua, Ganin quitó la ruidosa cadena con que la barca estaba amarrada. Se trataba de una pesada embarcación de caoba. Quitó la lona que la cubría, atornilló los topes de los remos, extrajo éstos de la larga caja y colocó en el soporte de acero el gobernalle del timón.

A lo lejos, se oía el constante rumor del agua del molino. Cabía distinguir desde allí la espuma que el agua producía en su caída y el resplandor dorado-rojizo de los troncos de los pinos que flotaban cerca del salto.

Mashenka se sentó al timón. Apoyando uno de los garfios en la plataforma, Ganin empujó la barca hacia fuera y comenzó a remar lentamente, al hilo de la orilla, donde densos arbustos provocaban en el agua reflejos negros y nubes de libélulas de color azul oscuro revoloteaban de un lado para otro. En zig-zag, para evitar las islillas de algas, como un brocado, penetró en la boca del río, mientras

Mashenka sostenía en una mano los dos extremos del cordel del timón, y mantenía la otra en el agua, intentando arrancar las brillantes puntas amarillas de los lirios. Mashenka iba frente a él, sentada en popa, y se acercaba y alejaba alternativamente, con su chaqueta azul marino, que dejaba ver una fina blusa que respiraba al unísono con ella.

Ahora, el río reflejaba el pardo color de la tierra, en la orilla izquierda, en la que, más arriba, crecían pinos y oscuros arbustos racimosos. En la roja tierra escarpada de la orilla había fechas y nombres grabados, y, en un lugar, alguien, hacía diez años, había grabado un gran rostro con pómulos prominentes. Contrariamente, la orilla derecha formaba una suave cuesta, con purpúreas manchas de brezo entre los abedules. Una fresca oscuridad envolvió la barca cuando pasó bajo el puente. Desde arriba, llegó a sus oídos el pesado sonido de cascos y ruedas, y, cuando la barca salió deslizándose en las aguas de bajo el puente, la deslumbrante luz del

sol reverberó en las puntas de los remos, e iluminó el carro cargado de heno que estaba cruzando el puente y una verde ladera coronada por los blancos pilares de una casa de campo alejandrina. Luego, un oscuro bosque llegaba hasta las aguas, en una y otra orilla, y la barca entró con un leve murmullo en la zona de plantas fluviales.

En casa nadie se enteró, y la vida prosiguió su amable curso, conformada a las conocidas costumbres veraniegas, apenas influenciada por la lejana guerra que ya duraba un año. Unida por un pasillo cubierto a una de las alas de la mansión, la vieja casa verde grisácea, de madera, con vidrios policromos en sus mellizas galerías, miraba hacia el lindero del parque y los anaranjados dibujos de los senderos del jardín, que enmarcaban la exuberancia de la negra tierra de los parterres. En la sala de estar, con sus blancos muebles, los tomos marmóreos de viejas revistas encuadernadas reposaban sobre la mesa cubierta con paño bordado

con rosas, y el amarillo suelo de madera parecía rebosar del inclinado espejo en marco ovalado, y los daguerrotipos de las paredes parecían escuchar, cuando el piano vertical revivía sonoramente. Al atardecer, el alto mayordomo con chaqueta azul y guantes de algodón transportaba a la galería una lámpara de pantalla de seda, y Ganin regresaba a casa para tomar el té en la iluminada galería, con estera de esparto, y los negros laureles junto a los peldaños de piedra que conducían al jardín.

Ahora veía a Mashenka todos los días, al otro lado del río, donde la desierta y blanca mansión se alzaba sobre la verde colina, y donde probablemente había otro parque, mayor y más selvático que aquel que rodeaba la casa de su familia.

En la parte frontal de aquella otra mansión, bajo los tilos, en una ancha terraza sobre el río, había unos cuantos bancos y una mesa de hierro, con un orificio en el centro, para que por él escapara el agua de la lluvia. Desde allí, uno podía ver, a lo

lejos, otro puente que cruzaba un meandro de aguas espumeantes en verde, y la carretera que conducía a Voskresensk. La terraza era el lugar favorito de los dos.

Un soleado atardecer, después de una tormenta, en que se encontraron allí, advirtieron una obscena frase inscrita en la mesa del jardín. Algún palurdo del pueblo había unido sus respectivos nombres con un breve y obsceno verbo que, además, había escrito incorrectamente. La inscripción había sido efectuada con lápiz indeleble, pero la lluvia la había puesto algo borrosa. Sobre la mesa también había ramitas, hojas y aquellos gusanitos de yeso que forman los excrementos de ciertos pájaros.

Y como sea que la mesa era de ellos, por tener carácter sagrado, carácter santificado por sus encuentros, comenzaron los dos, sin pronunciar palabra, con calma, a borrar la frase obscena con puñados de hierbas. Cuando la superficie había adquirido por entero un ridículo color lila, y

Mashenka tenía los dedos como si se hubiera dedicado a coger moras, Ganin se alejó y mirando con mucha fijeza, contraídas las pupilas, una cosa verde amarillenta, cálida, suavemente móvil, que en situaciones normales no era más que follaje de tilo, anunció a Mashenka que estaba enamorado de ella desde hacía mucho tiempo.

En aquellos primeros días de amor, se besaron tanto que a Mashenka se le hincharon los labios, y en su cuello, tan cálido bajo el lazo atado al pelo, ostentaba tiernas marcas de vampiro. Mashenka era una muchacha pasmosamente alegre, que reía de pura alegría, y jamás en burla. Le gustaban los juegos de palabras, las frases de doble sentido, los chistes y los versos. Las canciones se le quedaban grabadas en la cabeza durante uno o dos días, y luego las olvidaba, tan pronto eran sustituidas por otras. Por ejemplo, durante sus primeros encuentros, Mashenka no dejó de repetir con mucho sentimiento, con su voz grave:

*A Vanya, piernas y brazos le ataron
y al lúgubre calabozo lo arrojaron.*

Y, a continuación, decía con su voz de timbre bajo: «¡Qué canción tan bonita...!». Eran los días en que las últimas frambuesas silvestres, empapadas de lluvia, dulces, maduraban en los hoyos. A Mashenka le gustaban mucho estas frambuesas, aunque, en realidad, siempre estaba chupando algo, una brizna, una hoja, el rabo de una fruta. Llevaba caramelos Landrin en los bolsillos, sueltos, pegados entre sí, cubiertos de polvillo y borra. Utilizaba un perfume barato, dulzón, que se llamaba «Tagore». Ahora, Ganin intentó recordar el aroma de aquel perfume, mezclado con los frescos olores otoñales del parque, pero, como todos sabemos, la memoria puede resucitarlo todo salvo los perfumes, pese a que nada hay que resucite con tanta fuerza el pasado como el olor a él asociado.

Durante unos instantes, Ganin dejó de recordar, y

se preguntó cómo había sido capaz de vivir tantos años sin Mashenka. Entonces, volvía Mashenka a aparecer en su memoria. Corría a lo largo de un oscuro y rumoroso sendero, y su negro lazo parecía una gigantesca mariposa. De repente, Mashenka se detuvo, se apoyó en su hombro, levantó un pie del suelo y comenzó a frotar el zapato, sucio de arena, contra la media de la otra pierna, hasta la altura del borde de su falda azul.

Ganin, vestido, tumbado en la cama, sobre la colcha, se durmió. Sus recuerdos se transformaron en un sueño. Fue un sueño raro y muy dulce, que Ganin hubiese recordado, si al amanecer no le hubiera despertado un extraño sonido parecido a un trueno. Se sentó en la cama y escuchó. El trueno resultó ser un incomprensible sonido de gemidos y roces en la puerta. Alguien la estaba rascando. A la débil luz del alba, vio el destello de la manecilla de la puerta, que descendía y volvía a ascender, pero, pese a que la llave no estaba echada, la puerta

seguía cerrada. En placentera anticipación de la aventura que se aproximaba, Ganin abandonó la cama sin producir ruido, cerró el puño izquierdo por si acaso y con la mano derecha abrió bruscamente la puerta.

En lento movimiento, como un gran muñeco de trapo, el cuerpo de un hombre cayó sobre su hombro. Fue tan inesperado, que poco faltó para que Ganin golpeará al hombre, pero no lo hizo porque inmediatamente comprendió que aquel individuo no podía tenerse en pie. Le empujó hacia la pared y buscó el interruptor de la luz.

Ante él, la cabeza apoyada en la pared, la boca abierta en busca de aire, estaba el viejo Podtyagin, descalzo, con un largo camisón cuyo cuello abierto mostraba el vello grisáceo del pecho. Sus ojos, casi ciegos sin las gafas de pinza, estaban fijos, su rostro tenía el color de la arcilla seca, y la gran prominencia de su estómago se estremecía bajo el algodón de la camisa de dormir.

Inmediatamente, Ganin comprendió que el viejo había padecido otro ataque cardíaco. Ganin lo sostuvo en pie. Y Podtyagin, moviendo con dificultad sus piernas de color de yeso, anduvo tambaleándose hasta una silla, en la que se derrumbó, echando la cabeza atrás. Ahora su rostro grisáceo estaba cubierto de sudor.

Ganin empapó en agua una toalla, y oprimió el pesado burujo contra el desnudo pecho del viejo. Tenía la impresión de que, de un momento a otro, todos los huesos de aquel cuerpo grande y tenso podían quebrarse con un seco sonido.

Podtyagin inhaló aire y lo expelió con un silbido. No fue sólo un respiro, sino un tremendo placer que inmediatamente hizo revivir sus facciones. Con una sonrisa de ánimo en el rostro, Ganin siguió oprimiendo la húmeda toalla sobre el cuerpo de Podtyagin, y empezó a frotarle el pecho y los flancos.

—Me... mejor —murmuró el viejo.

—Descanse. Le pasará en seguida.

Podtyagin respiró y gimió, moviendo los grandes, desnudos, retorcidos, dedos de los pies. Ganin lo envolvió en una manta, le dio a beber agua y abrió la ventana de par en par.

Trabajosamente, Podtyagin dijo:

—No podía respirar... No podía salir del dormitorio... No quería morir solo.

—Descanse y no se preocupe, Antón Sergeyevich. Pronto será de día, y llamaremos al médico.

Lentamente, Podtyagin se enjugó con la mano el sudor de la frente, y comenzó a respirar con más regularidad.

—Ya ha pasado. Por el momento, ha pasado. No me quedan píldoras. Por esto he sufrido tanto.

—Compraremos más píldoras. ¿Por qué no se tiende en mi cama?

—No. Estaré sentado aquí, un rato, y volveré a mi dormitorio. Ya ha pasado. Y mañana por la mañana...

—Dejémoslo para el viernes. El visado no se esfumará.

Podtyagin se lamió los labios reseco con la lengua estropajosa:

—Hace mucho tiempo que me están esperando en París, Lyovushka. Y a mi sobrina ya no le queda dinero para mandármelo a fin de que pague los gastos de viaje. ¡Dios mío...!

Ganin se sentó en el alféizar de la ventana (en aquel instante, como en un relampagueo, se preguntó dónde se había sentado de parecida manera, no hacía mucho tiempo, y, en un relampagueo, recordó que había sido en el interior del pabellón con cristales

policromos, con la blanca mesa plegable... y el orificio en el calcetín).

—Por favor, apague la luz, querido amigo. Me produce dolor en los ojos —dijo Podtyagin.

En la penumbra, todo parecía muy extraño: el ruido de los primeros trenes, el gigantesco y gris fantasma en la silla, el destello del agua derramada en el suelo... Y todo era mucho más misterioso y vago que la realidad sin muertes en que Ganin estaba viviendo.

9

Corrían las horas de la mañana, y Kolin preparaba té para Gornotsvetov. Aquel día, Gornotsvetov tenía que salir de la ciudad a primera hora, a fin de visitar a una bailarina que estaba formando un cuerpo de baile. Todos los habitantes de la casa dormían todavía, cuando Kolin fue a la cocina en busca de agua caliente, ataviado con un kimono notablemente sucio, y calzando botas, sin calcetines. Su rostro esférico, carente de rastros de inteligencia, extremadamente ruso, con nariz corta y ojos azules de lánguido mirar (se consideraba a sí mismo como aquel «mitad Pierrot mitad Gavroche» de Verlaine), estaba hinchado y con la piel brillante, el despeinado cabello rubio le caía sobre la frente, y los cordones de sus botas desabrochadas producían al golpear el suelo un sonido parecido al de la lluvia fina. Sacando los labios hacia afuera, como una

mujer, cogió la tetera, y acto seguido comenzó a tararear muy bajo y con gran entusiasmo. Gornotsvetov estaba terminando de vestirse.

Se adornó con la corbata de lazo a lunares, y se puso histérico al ver que el grano que había decapitado mientras se afeitaba rezumaba sangre y pus a través de la espesa capa de polvos. Tenía facciones oscuras y muy regulares. Las largas pestañas rizadas daban a sus ojos castaños expresión franca e inocente. Tenía el cabello negro, levemente rizado, y lo llevaba corto. Se afeitaba el cogote, como un cochero ruso, y llevaba patillas que le llegaban hasta más abajo de las orejas, formando una curva hacia fuera. Lo mismo que su amigo, era bajo, muy delgado, con los músculos de las piernas extremadamente desarrollados, pero con el pecho y los hombros estrechos.

Hacía relativamente poco tiempo que eran amigos. Habían bailado en un *cabaret* ruso de algún lugar de los Balcanes, y llegaron a Berlín dos meses

atrás, en busca del triunfo artístico. Un matiz especial, una extraña afectación, los diferenciaba de los restantes huéspedes, pero, honradamente, nadie podía acusar a aquella inocente pareja por el delito de ser felices, felices como dos blancas palomas.

Kolin, solo en el desordenado dormitorio, después de la partida de su amigo, abrió un estuche de manicura, y, tarareando suavemente, comenzó a «hacerse las manos». Pese a que no era hombre que destacara por su limpieza corporal, siempre llevaba las uñas en impecable estado.

El dormitorio apestaba a perfume y a sudor. En el agua de la jofaina flotaba un amasijo de pelos. En las paredes había fotografías de bailarines en diversas posturas de danza. Y en la mesa se veía un gran abanico abierto y un sucio cuello de camisa almidonado.

Después de admirar el coralino barniz de sus uñas, Kolin se lavó cuidadosamente las manos, se

roció el rostro y el cuello con un agua de colonia mareantemente dulzona, y se quitó la bata. Desnudo, dio unos pasitos de puntillas e hizo un pequeño *entrechat*. Se vistió muy aprisa, se empolvó la nariz y se maquilló los ojos. Después de haberse abrochado todos los botones de su ceñido abrigo gris, salió a darse un garbeo, levantando y bajando con gran regularidad la punta de su bastoncillo de fantasía.

Al regresar a casa, se encontró en el portal con Ganin, que venía de comprar medicamentos para Podtyagin. El viejo poeta se encontraba mucho mejor. Había escrito un poco y dado algún paseo por su dormitorio, pero Klara, de acuerdo con Ganin, había decidido que no era aconsejable que Podtyagin saliera de casa aquel día.

Kolin se acercó sigilosamente a Ganin, y le cogió el brazo, por encima del hombro. Ganin dio media vuelta.

—¡Ah, es usted, Kolin! ¿Qué tal le ha ido el paseo?

Mientras subía las escaleras al lado de Ganin, Kolin dijo:

—Alec ha salido. Estoy terriblemente preocupado. No sabe cuánto deseo que consiga este contrato.

Ganin, que jamás sabía qué decir cuando conversaba con Kolin, afirmó:

—Claro, es natural.

Kolin rió:

—Alfyorov volvió a quedar encerrado en el ascensor. Ahora, el trasto ha dejado de funcionar.

Pasó la empuñadura del bastoncillo por los hierros que sostenían la barandilla, y, dirigiendo una tímida sonrisa a Ganin, dijo:

—¿Podría quedarme un ratito en su dormitorio?

Hoy es un día terriblemente aburrido para mí.

Mentalmente, Ganin replicó, mientras abría la puerta de la pensión: «No creas que, por el simple hecho de que te aburras, voy a permitir que coquetees conmigo». Pero en voz alta, repuso:

—Lo lamento infinito, pero ahora estoy ocupado. En cualquier otra ocasión, tendré mucho gusto.

—¡Qué pena! —dijo Kolin, entrando en el piso detrás de Ganin y cerrando la puerta.

Pero la puerta no se cerró, debido a que alguien la había cogido con una gran mano morena, mientras un vozarrón de bajo decía con acento berlinés:

—Un momento, caballeros.

Ganin y Kolin volvieron la cabeza. Un cartero fornido, de grandes bigotes, cruzó el umbral:

—¿Vive aquí *Herr* Alfyorov?

—Primera puerta a la izquierda —dijo Ganin.

—Muchas gracias —dijo casi cantando el cartero, que, poco después, llamaba a la puerta indicada.

Era un telegrama.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó febrilmente Alfyorov, cogiendo el telegrama con torpes dedos engarabitados.

Tan excitado estaba que, al principio, ni siquiera pudo descifrar el mensaje escrito en débiles letras formando una línea irregular: LLEGO SÁBADO 8 MAÑANA. De repente, Alfyorov comprendió, lanzó un suspiro y se persignó.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Viene!

Sonrió anchamente y, con las manos en sus huesudos muslos, se sentó en el borde de la cama, donde comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás. Sus ojos aguados parpadeaban muy aprisa, y un inclinado cilindro de luz solar doraba su barba

color estiércol.

—*Sehr gut*. ¡Pasado mañana! *Sehr gut*. ¡Hay que ver en qué estado se encuentran mis zapatos! Mashenka quedará de una pieza... En fin, de todos modos nos las arreglaremos para sobrevivir, de un modo u otro. Alquilaremos un pisito barato. Mashenka decidirá qué haremos. Pero, entre tanto, viviremos aquí una temporada. Afortunadamente, hay una puerta entre los dos dormitorios.

Poco después, Alfyorov salía al pasillo y llamaba a la puerta del dormitorio contiguo.

Ganin pensó: «¿Es que no pueden dejarme en paz, hoy?».

Yendo al grano, Alfyorov comenzó, mientras miraba descaradamente a su alrededor:

—Gleb Lvovich, ¿cuándo se va usted?

Ganin le miró irritado:

—Mi nombre de pila es Lev. Procure usted

acordarse.

Preocupado únicamente por sus asuntos, Alfyorov preguntó:

—Pero supongo que se va el sábado, ¿verdad? Tendremos que cambiar la posición de la cama. Y también la del armario, para que no ciegue la puerta que comunica una habitación con la otra.

—Efectivamente, me voy —replicó Ganin.

Y, una vez más, igual que durante el almuerzo, el día anterior, se sintió profundamente incómodo. Excitado, Alfyorov dijo:

—¡Excelente, excelente...! Lamento haberle incomodado, Gleb Lvovich.

Y, lanzando una última ojeada al dormitorio, se dirigió a ruidosas zancadas hacia la puerta.

Cuando estuvo fuera, Ganin musitó:

—Imbécil... ¡Que se vaya al cuerno! ¿Qué

deliciosos recuerdos me ocupaban ahora? ¡Ah, sí! La noche, la lluvia, las blancas columnas...

La untuosa voz de Alfyorov gritaba en el corredor:

—¡Lydia Nikolaevna! ¡Lydia Nikolaevna!

Irritado, Ganin pensó: «¡No hay modo de librarse de él! Hoy no voy a almorzar aquí. ¡Basta ya!».

El asfalto de la calle tenía un matiz violáceo, y los rayos del sol jugueteaban con los radios de las ruedas de los automóviles. Cerca de la cervecería había un garaje por cuya puerta abierta a la interior oscuridad salía un tierno olor a carburo. Y este casual aroma ayudó a Ganin a recordar más vívidamente aquellos lluviosos días de fines de agosto y primeros de septiembre, en Rusia, así como el torrente de felicidad que los espectros de su vida berlinesa parecían empeñados en interrumpir sin cesar.

Salía de la iluminada casa de campo, se sumía en las negras y burbujeantes tinieblas, y encendía la suave llama del faro de la bicicleta. Y, ahora, al inhalar el olor a carburo, lo recordó todo al instante: las húmedas hierbas azotando su móvil pierna y metiéndose por entre los radios de la bicicleta; el disco de lechosa luz que absorbía y disolvía la oscuridad; los diferentes objetos que de ella surgían, ahora una ondulada charca, ahora un brillante guijarro, después las planchas del puente cubiertas de estiércol, y, por fin, la manecilla de la portezuela en la verja, que cruzaba, con el peral empapado de lluvia a un lado, venciéndose hacia su hombro.

Ahora, a través de los torrentes nocturnos, percibía la lenta rotación de las columnas, iluminadas por el mismo suave chorro de luz del faro de su bicicleta. Allí, en el porche con seis columnas de la cerrada mansión de un desconocido, Ganin era saludado por una fría fragancia, por una mezcla de perfume y de húmeda estameña, y aquel

beso de la lluvia otoñal era tan largo y profundo que, después, grandes manchas luminosas nadaban ante sus ojos, y el rumoroso sonido de la lluvia contra las anchas ramas y las infinitas hojas parecía adquirir renovadas fuerzas. Con dedos mojados por la lluvia, abría la portezuela de vidrio del farol, y soplabla la llama, matándola. Procedente de la oscuridad, una húmeda y fuerte presión de aire envolvía a los enamorados. Mashenka, ahora sentada en la deslucida balaustrada, le acariciaba las sienes con la fría palma de su mano pequeña, y él podía percibir en la oscuridad la vaga línea del empapado lazo que la muchacha llevaba en el pelo, y el sonriente resplandor de sus ojos.

En la móvil oscuridad, el fuerte y amplio chaparrón caía por entre los tilos ante el porche, haciendo gemir sus troncos, reforzados con anillas de hierro para protegerlos en su ancianidad. Y, entre los sonidos de la noche otoñal, Ganin desabrochaba la blusa da Mashenka, y besaba su ardiente

clavícula, mientras Mashenka guardaba silencio, y sólo sus ojos destellaban débilmente, y la piel de su pecho desnudo iba enfriándose lentamente con el contacto de sus labios y del húmedo aire nocturno. Hablaban poco. Estaba demasiado oscuro todo para hablar. Cuando, por fin, Ganin encendía una cerilla para mirar la hora, Mashenka parpadeaba, y apartaba de su mejilla un húmedo mechón de pelo. Ganin rodeaba con un brazo el cuerpo de Mashenka, mientras empujaba la bicicleta por el sillín, y así, lentamente, se alejaban en la noche, que ahora era sólo llovizna. Primero descendían por el sendero hasta el puente, y allí se despedían con melancolía, largamente, como si se separaran para mucho tiempo.

Y aquella negra noche tormentosa, la víspera de su regreso a Petersburgo para iniciar el curso, en que se encontraron por última vez en el porche con columnas, ocurrió algo terrible e imprevisto, premonición quizá de todas las desdichas venideras.

Aquella noche la lluvia era especialmente ruidosa, y el encuentro de los enamorados especialmente tierno. De repente, Mashenka lanzó un grito y bajó de la balaustrada. A la luz de la cerilla, Ganin vio que el postigo de una de las ventanas que daban al porche estaba abierto, y que un rostro humano, con la blanca nariz aplastada, se encontraba pegado al vidrio negruzco. El rostro se movió, desapareciendo de su vista, pero los dos habían tenido tiempo para percibir el rojizo cabello y la boca badulaque del hijo del guarda, muchacho obsceno y malhablado, de unos veinte años de edad, que siempre se cruzaba con ellos en los senderos del parque. En un furioso salto, Ganin se abalanzó hacia la ventana, hizo añicos el vidrio con la espalda y saltó a la helada oscuridad. Llevado por la inercia golpeó con la cabeza un pecho poderoso, que el golpe dejó sin aliento. En el instante siguiente, los dos, cogidos, rodaban por el piso de madera, despertando ecos, chocando con muertos muebles protegidos con

fundas. Después de liberar la mano derecha, Ganin comenzó a golpear con su puño, duro como una roca, el húmedo rostro que, bruscamente, vio debajo de él. Ganin no se levantó hasta que el poderoso cuerpo, que él había clavado al suelo, quedó bruscamente relajado y comenzó a gemir. Jadeante, tropezando con suaves ángulos en la oscuridad, llegó a la ventana, y, por ella, saltó al porche, donde encontró a Mashenka aterrorizada y sollozando. Entonces, Ganin notó que algo cálido y con gusto a hierro escapaba de su boca, y que se había producido cortes en las manos con las astillas del cristal. A la mañana siguiente partía para San Petersburgo, y cuando se dirigía a la estación, en el coche cerrado que rodaba suavemente con un sordo sonido, a través de la ventanilla vio a Mashenka, paseando a lo largo del camino en compañía de sus amigas. La carrocería, forrada de cuero negro, la ocultó inmediatamente a su vista, y como sea que Ganin no iba solo, no osó mirar hacia atrás a través de la

ovalada apertura trasera.

Aquel día del mes de septiembre, el destino le dio por anticipado, la sensación de su futuro alejamiento de Mashenka, de su alejamiento de Rusia.

Fue como una tortura previa, como un misterioso anuncio. Había una peculiar tristeza en los fresnos, en el rojo color de llama de su fruto, alejándose uno tras otro, perdiéndose en el gris horizonte, y le parecía increíble que en la próxima primavera pudiera ver de nuevo aquellos campos, ese solitario promontorio, estos meditativos postes de telégrafo.

En la casa de San Petersburgo, todo le pareció recién limpiado, brillante y positivo, como todo suele parecer siempre cuando se regresa de vacaciones en el campo. Volvieron a comenzar las clases. Cursaba el penúltimo curso. No sintió la menor atracción hacia los estudios. Cayeron las primeras nieves, y las barandillas de hierro, las

grupos de los indiferentes caballos, los montones de leña de las barcazas quedaron cubiertos por una delgada capa blanca, aterciopelada.

Hasta el mes de noviembre Mashenka no regresó a San Petersburgo. Se encontraron bajo el mismo arco en que Liza muere, en *La dama de picas* de Tchaikovsky. Grandes y suaves copos de nieve caían verticalmente por el aire gris, como vidrio opaco. En aquel primer encuentro en San Petersburgo, Mashenka le causó la impresión de haber experimentado un sutil cambio, debido, quizás, a que llevaba sombrero y abrigo de pieles. Aquel día comenzó la nueva y nevada época de su amor. Les era difícil concertar sus encuentros. Los largos paseos sobre el hielo resultaban atroces, y encontrar un lugar cálido en el que estuvieran solos, en los museos y en los cines, era más atroz todavía. Lógicamente, en sus frecuentes y lacerantemente tiernas cartas, cartas que se escribían los días en que no podían verse (Ganin vivía en el Muelle Inglés, y

Mashenka en la calle Caravana), los dos recordaban los senderos del parque y el aroma de las hojas caídas como algo inimaginablemente amado, e ido para siempre. Quizá tan sólo lo hacían para avivar su amor con agridulces recuerdos, pero quizá se daban cuenta de que, verdaderamente, el más dulce período de su felicidad había ya terminado. Por la tarde, se llamaban por teléfono, para averiguar si la carta había llegado, o para concertar una cita. Mashenka le recitaba fragmentos de poemillas, reía cálidamente, y se colocaba el teléfono en el pecho, en cuyo instante Ganin imaginaba que oía el latir de su corazón.

Y así hablaban durante horas.

Aquel invierno, Mashenka llevó un abrigo de pieles grises y chanclos suecos sobre los zapatos que utilizaba para ir por casa. Ganin nunca la vio resfriada, ni siquiera con frío. Las heladas y las nevadas sólo servían para infundirle más vida. En plena nevada, con viento helado y en una oscura

calleja, Mashenka era capaz de quedarse con los hombros al aire. Los copos de nieve le producían cosquillas, sonreía a través de sus mojadas pestañas, y oprimía contra su cuerpo la cabeza de Ganin, mientras del gorro de astracán de éste caía una nevada en miniatura sobre los desnudos senos de la muchacha.

Estos encuentros con viento y hielo eran más penosos para él que para ella. Ganin pensaba que el amor que los unía a los dos se estaba marchitando como consecuencia de estas incompletas efusiones. El amor exige intimidad, cobijo, refugio. Y ellos carecían de refugio. Los familiares de cada uno de ellos no conocían al otro. Su secreto, que tan maravilloso fue al principio, era ahora una carga. Ganin comenzó a pensar que nada tendría que objetar si Mashenka se convertía en su amante, incluso si ello ocurría únicamente en amuebladas habitaciones de alquiler. Y esta idea persistió en su mente, de un modo totalmente independiente de sus

sentimientos de deseo, que ya comenzaban a menguar bajo la tortura de sus deficientes encuentros.

Y así pasaron el invierno, recordando el campo, soñando en el próximo verano, peleándose alguna que otra vez impulsados por los celos, oprimiéndose las manos bajo las burdas mantas de los trineos de alquiler. Entonces, a primeros de año, Mashenka tuvo que irse a Moscú.

Sorprendentemente, esta partida fue un alivio para Ganin.

Sabía que Mashenka proyectaba trasladarse, el verano siguiente, a una casita que sus padres tenían en la tierra de que eran oriundos, cerca de San Petersburgo. Al principio, Ganin pensó mucho en este retorno. Imaginó un nuevo verano, nuevos encuentros, y escribió conmovedoras cartas a Mashenka, pero luego la frecuencia de sus cartas disminuyó, y cuando su familia se trasladó a la finca

en el campo, a mediados de mayo, Ganin dejó de escribir a la muchacha. Al mismo tiempo, encontró tiempo para iniciar y terminar una aventura con una encantadora rubia, cuyo marido estaba luchando en Galitzia.

Entonces, Mashenka regresó.

Su voz sonó débilmente, muy lejana, como un sonido leve emitido junto al teléfono, al otro extremo del hilo, como el susurro de una caracola, y, alguna que otra vez, otra voz, más distante todavía, se cruzaba, interrumpiendo sus palabras, prosiguiendo una conversación con otra persona situada en una cuarta dimensión. El teléfono de la casa de campo en que se encontraba Mashenka era antiguo, con manivela, y entre ella y él mediaban treinta millas de rugiente oscuridad.

—Iré a verte —gritó Ganin—. He dicho que iré a verte. En bicicleta. Será cuestión de un par de horas.

—... no quiere volver a Voskresensk, ¿oyes? Papá no quiere alquilar una dacha en Voskresensk. Desde donde tú estás hasta este pueblo hay treinta...

Una voz ajena, terció:

—No olvides traerme las botas.

Entonces, a través de los zumbidos, volvió a oír a Mashenka, en miniatura, como si hablara por un telescopio puesto al revés. Y cuando Mashenka se desvaneció totalmente, Ganin se apoyó en la pared y tuvo la sensación de que los oídos le ardían.

Inició el viaje a las tres de la tarde, con camisa y sin corbata, pantalones de futbolista, calzado con zapatos de suela de goma y sin calcetines. Gracias a tener el viento a favor, avanzó aprisa, sorteando los baches de la carretera, y sin dejar de acordarse de cómo solía pasar en bicicleta junto a Mashenka, antes de conocerla.

Cuando llevaba recorridas unas diez millas, se

le reventó el neumático de la rueda trasera. Pasó largo rato ocupado en repararlo, sentado en la cuneta. Los pájaros cantaban en los campos a uno y otro lado de la carretera, y pasó un descapotable gris, levantando una nube de polvo, con dos militares que llevaban unas gafas protectoras que les daban aspecto de lechuza. Con el neumático ya reparado, lo hinchó cuanto pudo, y prosiguió su camino, consciente de no haber previsto aquel contratiempo y de llevar ya una hora de retraso. Abandonó la carretera y penetró en un sendero que cruzaba un bosque, sendero que le había recomendado un *mujik*. Después tomó una curva, pero se equivocó, y estuvo pedaleando largo rato, hasta que de nuevo se encontró en la carretera. Descansó, y tomó un tentempié en un pueblecito, y después, cuando sólo le faltaban ocho millas para llegar, pasó por encima de una afilada piedra, y el neumático que antes había reventado se deshinchó con un lento silbido.

Oscurecía ya cuando llegó al pueblecito en que Mashenka pasaba el verano. Le esperaba en la puerta de entrada al parque público, tal como habían quedado, pero la muchacha ya había perdido toda esperanza de que él llegara, debido a que le estaba esperando desde las seis. Al verle, se emocionó tanto que tropezó, y poco le faltó para caer al suelo. Iba con un diáfano vestido blanco que Ganin no le había visto aún. No llevaba el lazo negro, por lo que su adorable cabecita parecía todavía más pequeña. Lucía flores azules en el pelo recogido.

Aquella noche, en la extraña y furtivamente creciente oscuridad, bajo los tilos de aquel espacioso parque público, sobre una piedra plana profundamente hundida en el césped, Ganin, en el curso de unas breves efusiones, llegó a amarla más intensamente que en cualquier otro instante, y dejó de amarla, así se lo pareció en aquel momento, para siempre jamás.

Al principio, hablaron en un apasionado

murmullo, hablaron del largo período pasado sin verse, de que un gusano de luz que brillaba en la hierba parecía un semáforo. Y los amados ojos tártaros resplandecían muy cerca de su rostro, y el blanco vestido parecía relumbrar en la oscuridad. Y aquella fragancia, Dios mío, aquella fragancia de Mashenka, inaprensible, única en el mundo...

—Soy tuya, haz lo que quieras conmigo —dijo Mashenka.

En silencio, palpitante el corazón, Ganin se inclinó hacia ella y recorrió con las manos sus suaves y frías piernas. Pero el parque público estaba plagado de extraños sonidos de roce, parecía que en todo momento alguien se estuviera acercando tras los arbustos, el frío y la dureza de la piedra le producían dolor en las rodillas, y Mashenka yacía allí excesivamente sumisa, excesivamente quieta.

Ganin se detuvo. Luego, emitió una risotada breve y torpe.

—Tengo la impresión de que aquí, cerca, hay alguien.

Y se puso en pie. Mashenka suspiró, se arregló el vestido —una mancha blancuzca— y también se levantó.

Mientras caminaban hacia la puerta de entrada al parque, por un sendero moteado por la luz de la luna, Mashenka se inclinó y cogió una de las luciérnagas verde-pálidas que antes habían contemplado. La sostuvo en la palma de la mano, acercó la cabeza a ella, la examinó detenidamente, se echó a reír, y dijo en una rara parodia del habla de una muchacha de pueblo:

—¡Válgame Dios, si sólo es un gusanito frío!

Entonces fue cuando Ganin, cansado, enojado consigo mismo, muerto de frío en su delgada camisa, decidió que todo había terminado, que había dejado de estar enamorado de Mashenka. Pocos minutos después, mientras pedaleaba a la luz de la luna,

camino de casa, por la pálida superficie de la carretera, supo que jamás volvería a visitar a Mashenka.

Pasó el verano, durante el cual Mashenka no le escribió ni le telefoneó, y Ganin estuvo ocupado en otros asuntos y otras emociones.

De nuevo volvió Ganin a San Petersburgo para pasar el invierno, aprobó los exámenes finales — que se celebraron mucho antes de lo normal, en diciembre—, e ingresó en la Escuela Militar Mikhailov como cadete. El verano siguiente, en el año de la revolución, volvió a ver a Mashenka.

Faltaba poco para el anochecer, y Ganin se encontraba en el andén de la estación de Varsovia. El tren que se llevaría a los veraneantes que pensaban pasar las vacaciones en sus dachas acababa de entrar en vías. Mientras esperaba que sonara la campana dándole salida, Ganin comenzó a pasear arriba y abajo por el sucio andén. En el

momento en que contemplaba una carretilla averiada, comenzó a pensar en algo muy diferente, o sea en el tiroteo ocurrido el día anterior en la Perspectiva Nevski. Al mismo tiempo, le molestaba recordar que no había podido entrar en contacto por teléfono con su familia, en la finca, lo que suponía tener que ir allí, desde la estación del pueblo, en coche de alquiler.

Cuando sonó el tercer aviso, se dirigió hacia el único vagón azul, y comenzó a subir los peldaños, camino de la plataforma, y allí, mirándole desde lo alto, se encontraba Mashenka. En el curso del último año había cambiado. Quizás estaba un poco más delgada, y vestía un extraño abrigo azul con cinturón. Ganin la saludó torpemente, oyó un sonido de entrecuchar de parachoques y el tren se puso en marcha. Se quedaron de pie en la plataforma. Mashenka seguramente le había visto antes, y, adrede, había subido a un vagón azul, pese a que siempre viajaba en vagón amarillo, por lo que ahora,

con billete de segunda, no se atrevía a entrar en el vagón de primera. Llevaba en la mano una barra de chocolate Bighen y Robinson, de la que rompió una porción que ofreció a Ganin.

Verla le produjo una terrible tristeza. Había en el aspecto de Mashenka algo raro, algo revelador de timidez. Sonreía mucho menos, y volvía constantemente la cara hacia otro lado. En su cuello tierno había marcas lívidas, como la sombra de una gargantilla, que le sentaban muy bien. Ganin parloteó diciéndole mil y una tonterías, le mostró la marca que una bala había dejado en una de sus botas al rozarla, y le habló de política, mientras el tren avanzaba traqueteando por entre turberas ardientes en el torrente del ocaso. El grisáceo humo de las turberas se arrastraba suavemente por el suelo, formando lo que parecían ser dos olas de niebla que escoltaban el paso del convoy.

Mashenka bajó en la primera estación, y durante largo rato, Ganin, desde la plataforma del vagón,

contempló la figura azul que se iba, y cuanto más se alejaba la figura, con mayor claridad comprendía Ganin que nunca la olvidaría. Mashenka no volvió la cabeza. De la creciente oscuridad surgía el aroma de las flores veraniegas.

Cuando el tren reanudó la marcha, Ganin entró en el vagón. Estaba a oscuras porque, por lo visto, el jefe de tren había considerado innecesario encender las luces de los vagones vacíos. Se tumbó boca arriba en el listado asiento en forma de diván, y, a través de la puerta abierta y de la ventanilla del corredor, contempló los delgados cables que surgían del humo de la turba ardiendo, y los últimos rayos dorados del sol arriba. Le causaba una extraña y ultraterrena sensación viajar en aquel vagón vacío y traqueteante, entre bocanadas de humo grisáceo, por lo que muy curiosos pensamientos cruzaron su mente, como si todo lo que estaba ocurriendo hubiera ya ocurrido con anterioridad, como si ya hubiera yacido allí, igual que ahora, con las manos

en el cogote, en la sonora oscuridad con corrientes de aire, como si el mismo humoso ocaso hubiera pasado, vasto y sonoro, tras las mismas ventanas.

Y no volvió a ver a Mashenka.

El ruido adquirió mayor intensidad, penetró en la casa, la pálida nube cubrió la ventana, el vaso del palanganero temblequeó. Había pasado un tren, y ahora podía verse de nuevo el vacío trecho de las vías surgiendo de la ventana. Berlín, dulce y neblinoso, al atardecer, en el mes de abril.

Aquel jueves, a la caída de la tarde, cuando el ruido de los trenes era más hueco que en cualquier otro instante, Klara, muy excitada, visitó a Ganin para transmitirle un mensaje de Liudmila, quien había dicho: «Dile, Klara, dile lo siguiente. Dile que yo no soy una de esas mujeres a las que los hombres pueden despachar como si tal cosa. No, porque yo soy quien despacha. Dile que no quiero nada de él, dile que nada pido, pero dile también que a mi juicio se portó como un cerdo al no contestar mi carta. Yo quería romper mis relaciones con él de un modo

amistoso, quería dejar sentado que, incluso en el caso de que hayamos dejado de amarnos, podemos seguir siendo amigos, Pero él ni siquiera se molestó en llamarme por teléfono. Dile, Klara, que deseo muy sinceramente que sea feliz con su novia alemana, y que me consta que no podrá olvidarme tan fácilmente como imagina».

—¿Y de dónde diablos ha sacado a la chica alemana? —preguntó Ganin componiendo una mueca, después de que Klara, sin mirarle, hubiera transmitido el mensaje, en voz baja y hablando muy aprisa.

Y Ganin añadió:

—De todos modos, no sé por qué Liudmila ha tenido que mezclarte en este asunto. Me parece todo muy fatigoso.

En un impulso, envolviendo a Ganin en una de sus húmedas miradas, Klara dijo:

—No tienes corazón, Lev Glebovich. Liudmila tiene un alto concepto de ti, te ha idealizado. Sin embargo, si supiera cómo eres en realidad...

Ganin la miró con expresión de benévolo pasmo. Inhibida, Klara bajo la vista, y, despacio, dijo:

—Te he transmitido el mensaje porque Liudmila me lo ha pedido, y esto es todo.

Después de un silencio, Ganin dijo:

—He de irme de aquí. Este dormitorio, estos trenes, la comida que nos da Erika... Estoy cansado de todo. Además, casi me he quedado sin dinero, y pronto tendré que volver a trabajar. Tengo el proyecto de dejar Berlín el próximo sábado, y de irme a alguna ciudad con puerto, hacia el sur.

Cerró y abrió la mano, y quedó sumido en meditación. Después, dijo:

—No sé... Realmente no sé, porque hay que tener en cuenta una circunstancia. Quedarías

sorprendida si supieras lo que se me acaba de ocurrir, ahora, ahora mismo. ¡Es un plan extraordinario, increíble! Si sale bien, pasado mañana estaré fuera de esta ciudad.

Con aquel doloroso sentimiento de soledad que siempre nos acomete cuando alguien a quien queremos se entrega a un sueño en el que nosotros no ocupamos lugar alguno, Klara pensó: «¡Qué extraño es este hombre!».

Las negras y cristalinas pupilas de Ganin se dilataron, sus espesas pestañas dieron a sus ojos una cálida y sumisa expresión, y una serena sonrisa meditativa alzó levemente su labio superior, dejando al descubierto los dientes brillantes y regulares. Sus negras cejas, que parecían a Klara tiras de caras pieles, se juntaron y se separaron, y suaves surcos se formaron y desaparecieron en su lisa frente.

Al advertir el modo en que Klara le miraba, Ganin parpadeó, se pasó la mano por la cara y

recordó lo que había querido decir a Klara:

—Sí, Klara, me voy, y esto es el fin de todo. Dile que Ganin se va, y que le gustaría que Liudmila conservara un buen recuerdo de él. Esto es todo.

El viernes por la mañana, los bailarines repartieron la siguiente nota a los cuatro restantes pupilos:

«Teniendo en consideración:

1.º Que el señor Ganin nos deja.

2.º Que el señor Podtyagin se dispone a dejarnos.

3.º Que la esposa del señor Alfyorov llega mañana.

4.º Que la señorita Klara celebra su veintiséis aniversario, y

5.º Que los abajo firmantes han conseguido un contrato para actuar en esta ciudad, esta noche, a las diez, se celebrará una pequeña fiesta en la habitación 6 de abril».

Al salir de la pensión para dirigirse a las

oficinas de la policía, en compañía de Ganin, el viejo Podtyagin dijo con una sonrisa:

—Son muy amables esos muchachos. ¿Ya dónde piensa ir, cuando deje Berlín, Lyovushka? ¿Muy lejos? Sí, usted es ave de paso. Cuando yo era joven no pensaba más que en viajar, tragarme el ancho mundo. En fin, es lo que, por desdicha, está ocurriendo...

Al recibir el soplo del fresco aire primaveral, Podtyagin se encorvó para protegerse de él, y se subió el cuello de su bien conservado abrigo gris oscuro, con sus grandes botones de hueso. Todavía sentía las piernas débiles, secuela del ataque cardíaco, pero hoy experimentaba un confortante alivio al pensar que al fin terminaría las engorrosas gestiones precisas para obtener el pasaporte, y que le darían permiso para partir camino de París, mañana, si quería.

El vasto y rojizo edificio de la jefatura central

de policía tenía fachadas a cuatro calles. Era de severo, pero extremadamente feo, estilo gótico, con oscuras ventanas, y un patio muy intrigante, de entrada prohibida al público. En la entrada principal, un impassible policía montaba guardia. En el muro había una flecha pintada que indicaba el estudio de un fotógrafo, en la casa frontera, en el que uno podía obtener, en veinte minutos, una miserable semblanza del propio rostro, en media docena de idénticas fisonomías, una de las cuales se pegaba al amarillo papel del pasaporte, otra quedaba en los archivos de la policía, y las restantes seguramente iban a parar a las colecciones privadas de los funcionarios.

Podtyagin y Ganin penetraron en el ancho corredor grisáceo. Junto a la puerta del departamento de pasaportes había una mesilla en la que un viejo funcionario con patillas repartía papelitos numerados, lanzando de vez en cuando una mirada de maestro de escuela a la políglota multitud

ante él.

—Hay que hacer cola para que nos den el número —dijo Ganin.

El viejo poeta musitó:

—Sí, ahora lo veo. Y pensar que nunca lo había hecho... Siempre entraba directamente.

Cuando, minutos después, recibió el papelito numerado, quedó maravillado, y la semejanza de su cabeza con la de un cobayo aumentó notablemente.

En la estancia de aire denso, iluminada por el sol y pelada, en que los funcionarios, tras un bajo mostrador, despachaban al público, había otra multitud que parecía haber acudido con el solo propósito de contemplar a aquellos lúgubres escribanos.

Ganin se abrió paso a empujones, fielmente seguido por Podtyagin.

Media hora más tarde, después de haber

entregado el pasaporte de Podtyagin, pasaron a otro funcionario, volvieron a hacer cola, la gente se apretujaba, a alguien le olía mal el aliento, y al fin, a cambio de unos pocos marcos, les devolvieron la amarilla hoja, ahora adornada con el mágico sello.

Al salir del edificio de temible aspecto, aunque en realidad solamente sórdido, Podtyagin gruñó:

—Y ahora al consulado. Parece que ya tenemos el asunto arreglado. ¿Cómo se lo hace para hablar tan serenamente a esa gente, Lev Glebovich? ¡Para mí era terriblemente angustioso, cuando iba solo! Vamos, subamos al imperial del autobús. ¡Qué alegría...! Realmente, estoy sudando de satisfacción.

Podtyagin comenzó a subir, ante Ganin, la retorcida escalerilla. El cobrador, arriba, atizó un par de palmadas a la plancha de hojalata, y el autobús reanudó la marcha. A uno y otro lado desfilaban las casas, los anuncios, las ventanas y escaparates iluminados por el sol. Mientras

examinaba reverentemente el pasaporte, Podtyagin dijo:

—Nuestros nietos no comprenderán esas tonterías del visado, nunca comprenderán que un simple sello de goma pudiera provocar tantas angustias.

Atribulado, añadió:

—¿Cree usted que los franceses realmente me darán el visado, ahora?

—Naturalmente, a fin de cuentas le dijeron que ya estaba concedido.

—Me parece que partiré mañana —dijo Podtyagin sonriente—. ¡Vayámonos juntos, Lyovushka! En París se vive bien. Mire, mire qué jeta tengo aquí.

Ganin miró el pasaporte con la foto en un ángulo. Era una notable fotografía: el rostro deslumbrado e hinchado nadaba en un grisáceo barro. Con una

sonrisa, Ganin dijo:

—Yo tengo nada menos que dos pasaportes. Uno de ellos es ruso, auténtico pero muy viejo, y el otro es polaco, falsificado. Este último es el que siempre utilizo.

Para pagar, Podtyagin dejó el amarillo documento en el asiento, a su lado, seleccionó 40 *pfennigs* entre las distintas monedas que tenía en la palma de la mano y dirigió la vista al cobrador:

—¿*Genug*?

Luego, miró de soslayo a Ganin.

—¿Qué ha dicho, Lev Glebovich? ¿Falsificado?

—Efectivamente. Mi nombre de pila es Lev, pero mi apellido no es Ganin.

—¿Qué quiere decir con esto, querido amigo?

Podtyagin, pasmado, había desorbitado los ojos, pero en el instante siguiente tuvo que llevarse las

manos al sombrero porque sopló una fuerte ráfaga de viento. Ganin explicó:

—Bueno, pues pasó lo siguiente. Hace unos tres años, yo formaba parte de un destacamento de guerrillas, en Polonia... En fin, ya sabe. Y tenía la idea de volver a San Petersburgo, y allí iniciar un levantamiento. Ahora me es muy útil tener este pasaporte, e incluso me parece divertido.

Bruscamente, Podtyagin apartó la vista y dijo con tristes acentos:

—Anoche soñé en San Petersburgo, Lyovushka. Paseaba por la Perspectiva Nevski. Sabía que era la Perspectiva Nevski, a pesar de que no lo parecía en absoluto. Las casas tenían ángulos agudos, como en un cuadro futurista, y el cielo estaba negro, pese a que me constaba que era de día. Los viandantes me dirigían extrañas miradas. Entonces, un hombre cruzó la calle y me disparó, apuntándome a la cabeza. Este hombre me persigue desde hace tiempo.

Es terrible, sí, terrible, que siempre que soñamos en Rusia soñemos que es algo horroroso, y no una tierra muy bella, tal como sabemos que en realidad es. Son sueños en los que el cielo se desploma sobre la tierra, y en los que uno tiene la sensación de que ha llegado el fin del mundo.

—Pues yo sólo sueño en cosas hermosas, en los mismos bosques, en las mismas casas de campo... A veces, todo está un poco desolado, con ausencias extrañas, pero esto poco importa. Tenemos que apearnos aquí, Antón Sergeyeovich.

Ganin bajó por la escalera en espiral, y ayudó a Podtyagin a saltar a la calle. Con los cinco dedos extendidos, Podtyagin indicó el canal, y, jadeante, observó:

—Fíjese cómo brilla el agua.

—Cuidado, cuidado con esa bicicleta. El consulado está ahí, a la derecha.

—Por favor, Lev Glebovich, acepte mi más sincero agradecimiento. Solo, jamás hubiera podido solucionar tantos problemas de papeleo. Me siento muy aliviado, mucho. Adiós, adiós, Deutschland.

Entraron en el edificio del consulado. Mientras subían las escaleras, Podtyagin comenzó a buscar en sus bolsillos. Ganin, que iba delante, se volvió y dijo:

—Vamos, no nos detengamos...

Pero el viejo siguió buscando.

Sólo cuatro huéspedes se sentaron a la mesa, para almorzar. Alegremente, Alfyorov dijo:

—¿Dónde están nuestros dos amigos? Imagino que tampoco habrán tenido suerte hoy.

Alfyorov rebosaba placer anticipal. La víspera había acudido a la estación y se había enterado de la hora exacta en que estaba prevista la llegada del rápido del norte: las ocho y cinco. Hoy había cepillado y limpiado su traje, y había comprado un par de puños de camisa y un ramillete de lilas. Sus asuntos económicos parecían ir por buen camino. Antes del almuerzo había sostenido una entrevista, en un café, con un severo caballero de cara totalmente rasurada, que le había ofrecido un empleo indudablemente remunerativo. La mente de Alfyorov, muy habituada al manejo de cifras, estaba ahora preocupada por un número formado por una unidad y

una fracción decimal: ocho coma cero cinco. Este era el porcentaje de felicidad que, por el momento, el destino le había concedido. Y mañana... Alfyorov alzó los ojos, suspiró e imaginó con cuánta anticipación acudiría a la estación, imaginó también su espera en el andén, la llegada del tren...

Después del almuerzo, Alfyorov desapareció, igual que los bailarines, quienes salieron a comprar, disimuladamente y excitados como dos mujercitas, la comida y las bebidas para la celebración de la fiesta anunciada.

Solamente Klara se quedó en la pensión. Tenía jaqueca, y le dolían los delgados huesos de sus gruesas piernas, lo que no dejaba de ser inoportuno, teniendo en cuenta que hoy era su cumpleaños. Klara pensó: «Hoy cumplí veintiséis años, y mañana Ganin se va. Es un mal hombre, engaña a las mujeres y es capaz de cometer delitos. Se atreve a mirarme a los ojos, con toda tranquilidad, pese a que le consta que le vi mientras estaba robando dinero. Sin embargo,

es un hombre maravilloso, y me paso literalmente todo el día pensando en él. Sí, a pesar de que no puedo forjarme la menor esperanza».

Se miró al espejo. Su rostro estaba más pálido que de costumbre. Bajo el mechón de cabello castaño que le caía sobre la frente le había salido una leve erupción, y además tenía ojeras. No podía soportar más el vestido de brillante seda negra que llevaba todos los días, sin excepción. Junto a la costura de una de sus medias oscuras, transparentes, llevaba un visible cosido. Y uno de sus zapatos tenía el tacón torcido.

Podtyagin y Ganin regresaron hacia las cinco de la tarde. Klara oyó sus pasos y se asomó al pasillo. Pálido como la muerte, con el abrigo abierto, la corbata y el cuello de la camisa en la mano, Podtyagin entró en silencio en su dormitorio y cerró la puerta con llave. En un susurro, Klara preguntó a Ganin:

—¿Qué ha pasado?

Ganin chasqueó la lengua:

—Ha perdido el pasaporte y ha tenido un ataque cardíaco, aquí, delante de esta casa. Me ha costado Dios y ayuda conseguir que subiera las escaleras. Desgraciadamente, el ascensor no funciona. Hemos buscado el pasaporte por toda la ciudad.

—¡Voy a verle! ¡Necesita consuelo!

Al principio, Podtyagin no quería dejarla entrar. Cuando por fin el viejo abrió la puerta, Klara vio la ofuscada y triste expresión de su rostro y emitió un gemido. Con melancólica sonrisa, Podtyagin dijo:

—¿Se lo han dicho? Soy un pobre viejo idiota. Todo estaba ya arreglado, y entonces yo voy y...

—¿Dónde lo dejó, Antón Sergeyevich?

—Ahí está el meollo de la cuestión. Lo tiré. Licencia poética: pasaporte elidido. «La nube con calzones», de Mayakovski. Un gran cretino, esto es

lo que soy.

Para animarle, Klara dijo:

—Quizás alguien lo encuentre.

—Imposible. Es el destino. No hay modo de escapar al destino. Estoy condenado a no abandonar esta ciudad. Estaba previsto.

Se sentó pesadamente:

—No me encuentro bien, Klara. Ahora, hace un momento, en la calle, me he quedado sin respiración, y he pensado que había llegado el final. Dios mío, ya no sé qué hacer, salvo palmar de una vez.

Ganin había regresado a su dormitorio, donde comenzó a hacer las maletas. De debajo de la cama sacó dos maletas de cuero, una de ellas con funda a cuadros, y la otra sin protección, de cuero castaño, con pálidas marcas de etiquetas despegadas, y vació el contenido en el suelo. Luego, de la móvil y chirriante oscuridad del armario extrajo un traje negro, un pequeño montón de ropa interior y un par de botas pesadas, de color castaño y con clavos de latón. De la mesilla junto a la cama sacó, en dos o tres veces, una variopinta colección de diversos objetos: apelotonados pañuelos sucios, hojas de afeitar con manchas de herrumbre alrededor de sus circulares orificios, periódicos viejos, gemelos amarillentos como dientes de caballo, un calcetín de seda roto, desemparejado...

Se quitó la chaqueta, se puso en cuclillas junto a

aquel triste y polvoriento montón de desechos, y comenzó a separar lo que pensaba llevarse de lo que pensaba tirar.

Primeramente puso en la maleta el traje y la ropa interior. Después, la pistola automática y unos pantalones de montar, muy desgastados en la parte del trasero.

Mientras se preguntaba qué iba a meter a continuación, reparó en una cartera negra que había caído debajo de la silla, cuando volcó las maletas en el suelo. La cogió, y se disponía a abrirla, sonriente al pensar en su contenido, cuando se dijo que debía terminar cuanto antes de hacer las maletas, por lo que se metió la cartera en el bolsillo trasero del pantalón, y comenzó a arrojar, al azar, los diversos objetos en las dos maletas abiertas: arrugadas prendas interiores sucias, libros rusos que sólo Dios sabía cómo habían ido a parar a sus manos, y todas aquellas cosas insignificantes pero en cierto modo inapreciables que tan conocidas nos son a la vista y

al tacto, y cuya única virtud radica en que permiten que la persona condenada a huir sin cesar se encuentre como en su casa, aunque la sensación sea muy leve, cuando saca de las maletas esos perecederos y humanos deshechos por centésima vez.

Después de llenar las maletas, Ganin las cerró, las puso en pie, una al lado de la otra, y llenó la papelera con los cadáveres de los viejos periódicos. Echó una ojeada al dormitorio, ya vacío, y salió para saldar cuentas con la patrona.

Cuando Ganin entró, Lydia Nikolaevna leía, tiesamente sentada en un sillón. La perra *dachshund* abandonó deslizándose la cama, y comenzó a retorcerse junto a los pies de Ganin, en un arrebató de histérica devoción.

Lydia Nikolaevna se entristeció al darse cuenta de que, en esta ocasión, Ganin realmente se disponía a partir. Sentía simpatía hacia la alta y tranquila

figura de aquel pupilo. Lydia Nikolaevna solía acostumbrarse a la presencia de sus huéspedes, y en su inevitable partida veía algo emparentado con la muerte.

Ganin le pagó la pensión de la semana anterior, y besó su mano, leve como una hoja seca.

Cuando iba por el pasillo, Ganin recordó que los bailarines le habían invitado a una fiesta que se celebraría aquella noche, por lo que decidió no irse todavía. Siempre le quedaba el recurso de alojarse en un hotel, incluso pasada la medianoche.

Contemplando con beatífica y atemorizada mirada cuanto tenía alrededor, techo, suelo y paredes, exclamó mentalmente: «¡Mañana llega Mashenka! ¡Y mañana me la llevaré conmigo!». Esto le produjo un estremecimiento interior, como un delicioso suspiro de todo su cuerpo.

Con rápidos movimientos, sacó la cartera negra en la que guardaba las cinco cartas recibidas

mientras se encontraba en Crimea. En un instante, recordó íntegramente aquel invierno en Crimea, el invierno de 1917 a 1918. El viento del nordeste impulsaba el apestoso polvillo a lo largo de la costa de Yalta; una ola se estrellaba en el rompeolas y sus aguas invadían el paseo; los insolentes y pasmados marineros bolcheviques; después, los alemanes con sus cascos como setas de acero; luego, las alegres escarapelas tricolores, días de expectación, ancho espacio en el que respirar...; una flaca y menuda prostituta, con cabello rizado y perfil griego, paseando por el rompeolas; el viento del nordeste volvía a traer la música de la banda en el parque; y, por fin, su compañía iniciaba la marcha, estancias en villorrios tártaros en los que durante todo el día brillaba la navaja en las minúsculas barberías, como siempre había brillado, y el jabón de afeitarse le hinchaba a uno las mejillas, y en las polvorientas calles los rapaces se peleaban con bastones, tal como lo habían hecho mil años antes.

Ganin separó la primera carta. Era una sola hoja alargada, con un dibujo, en el ángulo superior izquierdo, representando a un hombre joven, con chaqué azul, sosteniendo con la izquierda, a la espalda, un ramo de flores, y besando la mano a una señora, tan delicada como él, con pendientes junto a las mejillas, y un vestido escotado, de color de rosa.

Esta primera carta le había sido retransmitida desde San Petersburgo a Yalta. Fue escrita dos años después de aquel maravilloso otoño.

«Lyova, hoy hace una semana que llegué a Poltava, y me aburro terriblemente. No sé si tú y yo volveremos a vernos, pero quisiera que jamás me olvidaras».

La letra era pequeña y redondeada, causando la impresión de que avanzara de puntillas. Para mayor claridad, alguna letra estaba subrayada, y la última letra de cada palabra se prolongaba en un trazo impetuoso hacia la derecha; únicamente al final de

una palabra, se inclinaba la cola hacia dentro, de un modo conmovedor, como si Mashenka se hubiera arrepentido de la palabra, en el último instante. Sus puntos eran grandes y decisivos, pero había en el texto muy pocas comas.

«Llevo una semana contemplando la nieve, la blanca y fría nieve. Es fría, desagradable y deprimente, y de repente por la mente cruza la idea, como un pájaro, de que en algún lugar, lejos de aquí, hay gente que vive una vida totalmente distinta. Esta gente no vive aislada, como yo, en una pequeña casa de campo.

»No, el aburrimiento, aquí, no se puede soportar. Escríbeme, Lyova, aunque sólo sea para contarme trivialidades».

Ganin recordaba el momento en que recibió esta carta, recordaba que recorrió un pedregoso y empinado sendero, aquel distante atardecer del mes de enero, y que pasó junto a las puntiagudas estacas

de las empalizadas tártaras, con alguna que otra calavera de caballo aquí y allá, recordó que se sentó junto a un riachuelo cuyas aguas lamían suaves piedras blancas, y que, por entre las incontables ramas de un manzano, delicadas y delineadas con pasmosa claridad, contempló el cielo tiernamente sonrosado, en el que la luna nueva se deslizaba como un traslúcido recorte de uña, y a su lado, junto al cuerno bajo, temblaba como una gota brillante la primera estrella.

Aquella misma noche contestó la carta, hablando de la estrella, de los cipreses del jardín, del asno cuyos rebuznos oía todas las mañanas, en el patio tártaro, detrás de la casa. Escribió amorosamente, ensoñado, recordando los húmedos amentos en el resbaladizo puente del pabellón en que se encontraron por vez primera.

En aquellos tiempos las cartas tardaban mucho en llegar a su destino. Hasta el mes de julio no recibió la respuesta.

«Muchas gracias por tu dulce carta sureña. ¿Por qué dices que todavía te acuerdas de mí? ¿Y que nunca me olvidarás? ¿De veras? ¡Qué maravilla!

»Hoy hace un tiempo encantador, fresco y agradable, porque acabamos de tener un chubasco y el cielo está despejado. Voskresensk, ¿recuerdas? ¿No te gustaría volver a pasear por aquellos parajes tan conocidos? A mí sí. Siento unos enormes deseos de hacerlo. Qué agradable era pasear bajo la lluvia, por el parque, en otoño... ¿Por qué razón el mal tiempo no nos entristecía, entonces?

»Dejo la carta por un rato, y me voy a dar un paseo.

»Ayer no pude concluir la carta. Horroroso, ¿verdad? Perdóname, querido Lyova. Te prometo que no volveré a hacerlo».

Ganin bajó la mano en que sostenía la carta, y quedó unos instantes sumido en sus pensamientos.

Qué bien recordaba las alegres formas de expresión de Mashenka, su corta y honda carcajada cuando pedía disculpas, la rápida transición desde el suspiro de melancolía a la mirada de ardiente vitalidad...

En la misma carta, Mashenka había escrito:

«Durante largo tiempo he estado preocupada por tu paradero y tu suerte. Ahora no debemos romper el débil hilo que nos une. Son muchas las cosas que quiero decirte y preguntarte, pero mi pensamiento vaga sin rumbo. Desde aquellos tiempos, he visto muchas desdichas y también he sido desdichada. Escribe, escribe por el amor de Dios, escribe más a menudo y más extensamente. Que tengas suerte, mucha suerte. Me gustaría despedirme de un modo más afectuoso, pero quizás haya olvidado cómo hacerlo, después de tanto tiempo. ¿O es que hay algo que me lo impide?».»

Después de recibir esta carta, estuvo varios días

tembloroso de felicidad. No podía comprender cómo había sido capaz de separarse de Mashenka. Sólo recordaba el primer otoño que pasaron juntos, y todo lo demás, aquellos tormentos y peleas, quedaban en segundo término, lejanos e insignificantes. La lánguida oscuridad, el consabido resplandor del mar en la noche, el aterciopelado susurro de los cipreses en las estrechas sendas, el brillo de la luna en las anchas hojas de las magnolias, todo le deprimía.

El cumplimiento del deber le obligaba a quedarse en Yalta —corrían los días de la guerra civil—, pero momentos había en que pensaba en abandonarlo todo e ir en busca de Mashenka, por las casas de campo de Ucrania.

Era conmovedor y maravilloso que sus cartas consiguieran cruzar la terrible Rusia de aquellos días, como blancas mariposas volando por encima de las trincheras. Su contestación a la segunda carta de Mashenka tardó mucho en llegar a manos de ésta,

que era incapaz de comprender las razones, por cuanto pensaba que los normales obstáculos de aquellos tiempos desaparecían, en cuanto hacía referencia a sus cartas.

«Quizá te parezca raro que te escriba a pesar de tu silencio, pero lo hago porque no creo, me niego a creer, que no quieras contestarme. Si no me has contestado, no se debe a que no quieras, sino sencillamente a que... en fin, a que no puedes, o a que no has tenido tiempo, o a cualquier cosa. Dime, Lyova, ¿no te parece gracioso recordar lo que en cierta ocasión me dijiste, es decir, que estar enamorado de mí era para ti, lo mismo que vivir, y que si algún día no pudieras quererme dejarías de vivir? Sí, todo pasa, todo cambia. ¿Te gustaría que volviera a ocurrir todo lo que nos ocurrió? Me parece que hoy me encuentro excesivamente deprimida...

»Pero hoy es primavera y mimosa venden,

*te traigo un ramo, frágil como un sueño,
porque en todas las esquinas la ofrecen.*

»Es un lindo poemita, pero no puedo recordar el principio y el final, ni tampoco el nombre del autor. Ahora, esperaré tu carta. No sé cómo despedirme de ti. Quizá con un beso. Sí, creo que sí, creo que ya te lo he dado».

Dos o tres semanas después, le llegó la cuarta carta.

«Tu carta me produjo una gran alegría, Lyova. ¡Qué carta tan bonita! Sí, estás en lo cierto, un amor tan intenso y radiante es inolvidable. Dices que darías cuantos días de vida te quedan a cambio de un instante de nuestro pasado, pero yo creo que sería mucho mejor que nos volviéramos a ver y pudiéramos comparar.

»Lyova, si vienes, llama a la centralita telefónica, y pide el número 34. Te contestarán en

alemán, porque se trata de un hospital militar alemán. Diles que me avisen.

»Ayer fui a la ciudad, y me divertí un poco. Había mucha alegría, con mucha música y luz. Un hombre muy divertido, con barbita amarilla, se inventó un juego de sociedad en mi honor, y me calificó de reina del baile. Hoy me aburro, me aburro terriblemente. Es una lástima que los días pasen así, tan sin pena ni gloria, tan estúpidamente, pese a que debieran ser, según dicen, los más felices años de nuestra vida. Creo que pronto me convertiré en una hipócrita, perdón, quería decir una hipocondríaca. No, no permitiré que ocurra.

»¡Quiero librarme del yugo del amor,

y esforzarme en dejar de pensar!

¡Quiero beber, beber y beber,

y constantemente el vaso llenar!

»¿No está mal, verdad?

»Escríbeme a vuelta de correo. ¿Vendrás y nos veremos? ¿Imposible? Bueno, es horrible. Pero ¿a lo mejor puedes? Qué tonterías escribo, ¿cómo puedo pensar que hagas el largo viaje hasta aquí, sólo para verme? ¡Cuánta vanidad! ¿No crees?

»Antes de escribirte, he leído un poema en una vieja revista. Es de Krapovitsky, y se titula “Mi pequeña perla pálida”. Me ha gustado mucho. Escribe y cuéntamelo todo. Te mando un beso. Otros versos que también he leído. Son de Podtyagin:

*»Sobre el bosque y el río brilla la luna
llena,*

*¡mira el agua móvil, con cuánta belleza
destella!».*

Ganin musitó:

—Pobre Podtyagin. Es extraño, muy extraño. Si alguien me hubiera dicho que llegaría a conocerle, no lo hubiera creído.

Con una sonrisa, sacudiendo la cabeza, Ganin desplegó la última carta. La recibió la víspera de su partida hacia el frente. Al alba, hacía frío a bordo del buque, aquel día de enero, y el café de bellotas le había dejado medio mareado.

«Eyova, querido Lyova, ¡con cuánta impaciencia he esperado tu carta! Ha sido muy difícil para mí escribirte cartas tan medidas, refrenando mis sentimientos. ¿Cómo he sido capaz de vivir tres años sin ti, cómo me las he arreglado para sobrevivir, sin tener razón alguna para ello?

»Te quiero. Si vienes, te mataré a besos. ¿Recuerdas estos versos?

*»Escribid diciéndoles que a mi hijo Lyov
le mando uno y mil besos,
que un casco austríaco de Lvov
pienso regalarle por su cumpleaños,
pero mandad nota aparte a mi padre...*

»¡Dios mío, qué lejos están aquellos días de esplendor en que nos amábamos...! Igual que tú, pienso que volveremos a vernos, pero ¿cuándo?, ¿cuándo?

»Te quiero. Ven a mi lado. Tu carta me ha producido tal alegría que aún estoy medio loca, de felicidad...».

Mientras formaba un ordenado montón con las cinco cartas dobladas, Ganin repitió suavemente:

—Felicidad... Esto, precisamente esto: felicidad. Ahora, dentro de doce horas, volveremos a vernos.

Se quedó quieto, inmóvil, sumido en secretos y deliciosos pensamientos. No le cabía la menor duda de que Mashenka seguía amándole, igual que antes. Ganin sostenía las cinco cartas de la muchacha en la mano. Fuera había anochecido, y todo estaba oscuro. En el dormitorio, las asas de las dos maletas lanzaban destellos. La desolada estancia olía a

polvo.

Seguía Ganin sentado en la misma postura, cuando a sus oídos llegaron voces en el pasillo junto a la puerta de su cuarto, y, de repente, sin llamar, entró Alfyorov.

Sin dar muestras de la menor inhibición o arrepentimiento, dijo:

—Lo lamento infinito. No sé por qué razón he pensado que se había usted ido ya.

Mientras sus dedos jugueteaban con las cartas dobladas, Ganin contempló, sin expresión en las pupilas, la amarillenta barbita de Alfyorov.

La patrona apareció en la puerta.

Alfyorov torció el cuello. Luego cruzó el dormitorio, con aire de propietario, y dijo:

—Lydia Nikolaevna, es absolutamente necesario que apartemos este maldito trasto, de modo que se pueda abrir la puerta y pasar de un dormitorio a

otro. Alfyorov intentó mover el armario, lanzando gruñidos y tambaleándose impotente.

—Permítame —dijo Ganin con alegría.

Se metió la cartera negra en el bolsillo, se puso en pie, se acercó al armario, abrió las manos y escupió en sus palmas.

14

Los negros trenes pasaban rugiendo, y a su paso se estremecían las ventanas de la casa. Pasaban con un movimiento parecido al de unos fantasmales hombros sacudiéndose de encima una carga, y montañas de humo se alzaban hacia lo alto, ocultando el cielo nocturno. A la luz de la luna, los tejados ardían con un suave y metálico resplandor. Y bajo el puente de hierro despertó una sonora y negra sombra cuando el tren negro lo cruzó rugiente, despidiendo una parpadeante cadena de luz a lo largo de su cuerpo. El metálico rugido y la masa de humo parecieron traspasar la casa, que temblaba entre la brecha por la que pasaban los raíles, como líneas trazadas por un dedo iluminado por la luna, a un lado, y la calle cruzada por un puente que esperaba el rugido del próximo tren, al otro. La casa era como un espectro sobre el que se podía poner la

mano para estrujarlo.

En pie junto a la ventana del dormitorio de los bailarines, Ganin contemplaba la calle. Mate brillaba el asfalto, negras y encogidas figuras iban de un lado para otro, desaparecían en las sombras y volvían a surgir a la luz oblicua de los escaparates. En una ventana sin cortinas de la casa frontera, se veían destellos de cristal y marcos dorados, en un ambiente color de ámbar. Y en aquel instante una elegante sombra negra cerró las persianas.

Ganin dio medio vuelta. Kolin le ofreció, tembloroso, un vaso de vodka.

La estancia estaba iluminada por una pálida y algo extraña luz, debido a que los ingeniosos bailarines habían cubierto la lámpara con una pieza de seda color malva. En la mesa, en medio de la habitación, las botellas despedían un brillo violáceo, el aceite brillaba en las abiertas latas de sardinas, y había bombones envueltos en papel de

plata, un mosaico de porciones de salchicha y pastelillos de carne.

Sentados a la mesa estaban: Podtyagin, pálido y átono, con la amplia frente cubierta de gotas de sudor; Alfyorov, luciendo una corbata de seda nueva; y Klara, con su sempiterno vestido negro, lánguida y arrebolada, a causa del barato licor de naranja ingerido.

Gornotsvetov, sin chaqueta, y con una sucia camisa de seda de cuello abierto, sentado en el borde de la cama, afinaba una guitarra que había conseguido sabía Dios dónde. Kolin no dejaba de moverse ni un instante, ocupado en escanciar vodka, licores, pálidos vinos del Rhin, moviendo cómicamente las caderas, mientras su delgado torso, aprisionado en una prieta chaqueta azul, permanecía casi inmóvil.

Alzó los ojos para dirigir una tierna mirada a Ganin, y le formuló la consabida pregunta, en tono

de amable reproche:

—¿Cómo es eso? ¿No bebe?

—Sí, claro, cómo no... —contestó Ganin, sentándose en el alféizar de la ventana, y cogiendo el frío vaso que le ofrecía el bailarín. Se echó la bebida al colete, y miró a los que se sentaban alrededor de la mesa.

Todos guardaban silencio, incluso Alfyorov, a quien la emoción de pensar que dentro de ocho o nueve horas llegaría su esposa había dejado sin habla.

Gornotsvetov ajustó una clavija y pulsó una cuerda:

—Ya está afinada.

Tocó un acorde, y mató el sonido con la palma de la mano.

—¿Por qué no cantan, caballeros? Canten en honor de Klara. Vamos, cantemos: Cual fragante

flor...

Alfyorov sonrió a Klara, se inclinó hacia atrás, por lo que poco faltó para que cayera, ya que estaba sentado en un taburete sin respaldo, levantó el vaso en ademán de galantería fingidamente cómica, e hizo un esfuerzo para cantar en falsa y afectada voz de tenorino, pero nadie le secundó.

Gornotsvetov tocó unas notas más, y dejó la guitarra. Todos se sentían inhibidos.

—¡Menudo coro! —se quejó Podtyagin, y sacudió la cabeza, apoyada en la palma de la mano.

Se encontraba mal. El recuerdo de la pérdida de su pasaporte se combinaba con una clara dificultad en respirar. Lúgubremente, añadió:

—No debiera beber. Esta es la razón de todo.

—Ya se lo he dicho —murmuró Klara—. Pero es usted como un niño, Antón Sergeyevich.

Kolin revoloteó alrededor de la mesa, meneando

las caderas:

—¿Cómo es que no están todos comiendo y bebiendo?

Comenzó a llenar vasos. Nadie dijo nada. No cabía la menor duda de que la fiesta era un fracaso.

Ganin, que hasta aquel momento había estado sentado en el alféizar de la ventana, contemplando con una débil sonrisa de ironía el malva esplendor de la mesa y los rostros extrañamente iluminados, saltó bruscamente al suelo y soltó una carcajada de límpido sonido. Mientras se dirigía hacia la mesa, dijo:

—Llene todos los vasos, Kolin. Más vino para Alfyorov. Mañana la vida cambiará. Mañana ya no estaré aquí. Vamos, vamos, a divertirse todos. Klara, deje ya de mirarme como una corza herida. Kolin, dé más licor de naranja o de lo que sea a Klara. Y usted, Antón Sergeyevich, anímese, hombre. De nada le servirá llorar por su pasaporte. Le darán otro

pasaporte que será todavía mejor que el anterior. Vamos, recítenos alguna poesía. A propósito...

—¿Puedo quedarme con esta botella vacía? — dijo de repente Alfyorov, y en sus ojos excitados apareció un destello de lascivia.

Ganin se acercó a Podtyagin, y puso la mano sobre su hombro carnoso.

—A propósito, recuerdo algunos versos suyos, Antón Sergejevich: «Luna llena... bosque y río...». ¿Son así, verdad?

Podtyagin volvió la cabeza y le miró. Luego, en su rostro se dibujó una lenta sonrisa:

—¿En qué calendario los ha encontrado? Les gustaba mucho imprimir mis versos en las hojas de los calendarios. En el reverso, antes de la receta culinaria.

—¡Señores, señores! ¿Qué va a hacer este hombre? —gritó Kolin, indicando a Alfyorov, quien,

después de abrir la ventana, había levantado la mano en que sostenía la botella y se disponía a lanzarla a la noche azul.

—Dejen que haga lo que le dé la gana —rió Ganin.

La barbita de Alfyorov brillaba, la nuez del cuello se le había hinchado, y la brisa nocturna agitaba el escaso pelo de sus sienes. Trazó con el brazo un arco, lo bajó, sin soltar la botella, dejándolo caído al costado, y así se quedó unos instantes, hasta que, solemnemente, puso la botella en el suelo.

Los bailarines se echaron a reír.

Alfyorov se sentó al lado de Gornotsvetov, cogió la guitarra de sus manos e intentó tocarla. Alfyorov era un hombre que se emborrachaba muy fácilmente.

Con dificultad en el habla, Podtyagin dijo:

—¡Qué sería está Klara! Las chicas como ella

solían escribirme unas cartas realmente conmovedoras. Pero ahora Klara ni siquiera quiere mirarme.

Pensando que jamás se había sentido tan desgraciada como ahora, Klara dijo:

—No beban más, por favor.

Podtyagin consiguió esbozar una sonrisa, y tiró de la manga de Ganin:

—Aquí tenemos al futuro salvador de Rusia. Vamos, Lyovushka, hable, cuéntenos algo, ¿por qué territorios ha vagado, dónde ha luchado?

Con benévola sonrisa Ganin dijo:

—¿De veras? ¿Quieren que les cuente algo?

—¡Naturalmente! Esto me ayudará a superar mi depresión. ¿Cuándo salió de Rusia?

—¿Cuándo? Kolin, por favor, un poco más de esa bebida tan pegajosa. No, no es para mí, es para

Alfyorov. Sí. En su vaso.

Lydia Nikolaevna estaba ya en cama. Con cierto nerviosismo había rechazado la invitación de los bailarines, y ahora dormía el ligero sueño de las viejas, por el que cruzaban los sonidos de los trenes, acompañados de las vibraciones de grandes aparadores repletos de temblorosas vajillas. De vez en cuando, su sueño quedaba interrumpido, y entonces oía vagamente los ruidos de la habitación 6. Tuvo un sueño centrado en Ganin, y en este sueño Lydia Nikolaevna ignoraba quién era Ganin y de dónde había venido. En realidad, la personalidad de aquel hombre estaba rodeada de misterio. Y era natural, ya que a nadie había contado su vida, sus vagabundeos y sus aventuras en el curso de los últimos años. Incluso el propio Ganin recordaba como en un sueño su huida de Rusia, un sueño que era como una niebla marina, levemente destellante.

Quizá Mashenka le escribió más cartas, en aquel entonces —principios de 1919—, durante el período en que luchaba en la zona norte de Crimea, pero caso de que así hubiera sido, Ganin no las recibió. La resistencia de Perekop se debilitó, y la plaza cayó. Herido en la cabeza, Ganin fue evacuado a Simferopol. Una semana después, enfermo y desorientado, separado de su unidad, que se había retirado a Feodosia, Ganin fue arrastrado por la enloquecida y horrorosa marea de la evacuación civil. En los campos y laderas de los Altos de Inkerman, donde otrora los uniformes escarlata de los soldados de la reina Victoria habían destacado por entre el humo de los cañones de juguete, la adorable y salvaje primavera de Crimea estaba ya muy avanzada. Algo ondulada, la carretera, blanca como la leche, se perdía en el horizonte, la plegada cubierta del automóvil descapotable temblaba, mientras las ruedas saltaban sobre hoyos y jorobas, y la sensación de velocidad, la sensación de

primavera, de espacio abierto y del pálido verdor de las colinas se mezcló súbitamente, de modo que le produjo una deliciosa alegría que le hizo olvidar que aquél era el camino que le llevaba fuera de Rusia.

Pletórico todavía de alegría llegó a Sebastopol, y allí dejó la maleta en el Hotel Kist, edificio de piedra blanca, donde reinaba una indescriptible confusión. Borracho de deslumbrante sol y con un sordo dolor en la cabeza, Ganin salió del hotel, pasó junto a las pálidas columnas dóricas del porche, bajó los anchos peldaños de granito, y se dirigió al puerto, donde contempló durante largo rato el azul esplendor del mar, sin que por un instante la idea del exilio turbara sus pensamientos. Luego, volvió a ascender a la plaza, donde se alzaba la estatua del almirante Nakhimov, con larga levita naval y un telescopio, y se adentró por una polvorienta calle blanca, hasta llegar al Cuarto Bastión, y luego visitó el Panorama. Más allá de la balaustrada circular, los viejos cañones, los sacos terreros rasgados de

propósito y la arena de circo auténtica formaban el cuadro dulce, del color azul del humo, un tanto sofocante, que rodeaba la plataforma en que se encontraban los curiosos, un cuadro que engañaba a la vista merced a la borrosa calidad de sus límites.

Así quedó grabado en su memoria Sebastopol: antiguo y polvoriento, preso en una ensoñada inquietud muerta.

Por la noche, a bordo del barco, contempló las vacías mangas blancas de los reflectores elevándose hacia el cielo, buscando en él, y descendiendo, en tanto que el agua negra parecía barnizada por la luz de la luna, y más allá, en la neblina nocturna, un crucero extranjero, muy iluminado, permanecía anclado, descansando en los móviles pilares dorados de sus propios reflejos.

Había adquirido pasaje en un sucio barco griego. En la cubierta se apretujaban, morenos y sin un céntimo, los refugiados de Eupatoria, donde el

buque había recalado aquella mañana. Ganin se instaló en la mayordomía, donde la lámpara colgante se balanceaba amenazadora; allí había una mesa en la que se amontonaba una multitud de grandes fardos en forma de cebolla.

Luego vinieron varios gloriosos días en el mar. Formando dos flotantes alas blancas, la espuma lo abrazaba todo, al abrazar la proa del buque en su avance; y las verdes sombras de los pasajeros apoyados en las barandas destacaban suavemente contra las brillantes laderas de las olas. El enmohecido mecanismo del timón gemía, dos gaviotas se deslizaron junto a la chimenea, y sus húmedos picos, tocados por un rayo de sol, destellaron como diamantes. Cerca de Ganin un niño griego dotado de una formidable cabeza, comenzó a llorar; su madre perdió la paciencia, y comenzó a escupirle, en un desesperado esfuerzo para que se callara. De vez en cuando, a cubierta salía un fogonero, negro de la cabeza a los pies y con un rubí

falso en el dedo índice.

Estos detalles triviales —y no la nostalgia de la patria abandonada— fueron lo que quedó grabado en la memoria de Ganin, como si únicamente sus ojos permanecieran vivos, y su mente hubiera dejado de funcionar, por el momento.

En el segundo día de navegación, apareció Estambul, como una oscura forma en la atardecida de color anaranjado, y se disolvió lentamente, cuando la noche envolvió al buque. Al alba, Ganin subió al puente. La vaga y azul oscura línea de la playa de Scutari fue haciéndose gradualmente visible. Una sedosa franja de ondas se extendía a lo largo de la playa; una barca de remos y un fez negro pasaron silenciosamente. Ahora, Oriente se tornaba blanco, y se levantó una brisa que acarició el rostro de Ganin, produciéndole un salado estremecimiento. De la playa, a sus oídos llegó el toque de diana. Dos gaviotas, negras como cuervos, aleteaban sobre el buque, y, con un sonido como el de la lluvia, un

banco de peces salió a la superficie del agua, formando una estructura de evanescentes anillos. Una chalana se acercó al buque; en el agua, bajo la embarcación, se extendió una sombra, cuyos tentáculos desaparecieron inmediatamente. Pero únicamente cuando bajó a tierra, y vio a un turco vestido de azul, dormido sobre un montón de naranjas, tuvo Ganin clara y penetrante conciencia de lo lejos que se encontraba de la cálida masa de su país, así como de Mashenka, a la que amaría siempre.

Todo lo anterior surgió en su memoria, en destellos inconexos, y volvió a replegarse sobre sí, formando un cálido núcleo, cuando Podtyagin, haciendo un gran esfuerzo, le preguntó: «¿Cuándo salió de Rusia?».

Ganin había contestado secamente:

—Hace cinco años.

Luego se sentó en un rincón de la estancia

iluminada por la lánguida luz violácea que se derramaba sobre el mantel de la mesa, y que bañaba los sonrientes rostros de Kolin y Gornotsvetov, quienes bailaban muy enérgicamente, silenciosos, en el centro de la habitación. Ganin pensó: «¡Cuánta felicidad! Mañana, no, mañana no, hoy, porque ya es más de media noche... Mashenka no puede haber cambiado, sus ojos tártaros arderán igual, y sonreirá lo mismo que antes». Se la llevaría muy lejos, y trabajaría infatigablemente para ella. Mañana, toda su juventud, su Rusia, regresaba a él.

Con los brazos en jarras, echando la cabeza atrás y sacudiéndola, ora golpeando el suelo con los talones, ora agitando un pañuelo, Kolin evolucionaba alrededor de Gornotsvetov, que, en cuclillas, lanzaba ágil y locamente patadas al frente, más y más veloces, hasta que, por fin, comenzó a dar vueltas sobre sí mismo sobre una pierna doblada. Totalmente borracho, Alfyorov permanecía sentado, balanceando el cuerpo con expresión de beatitud en

el rostro. Klara miraba con ansiedad el grisáceo y sudoroso rostro de Podtyagin. El viejo poeta estaba sentado en incómoda postura lateral, en la cama.

—Antón Sergeyeovich, piense en su salud — musitó Klara—. Debiera acostarse, es ya la una y media.

¡Qué sencillo sería! Mañana, no, hoy, volvería a verla, siempre y cuando Alfyorov estuviera lo suficientemente borracho. Sólo faltaban seis horas. En estos instantes, dormiría en su compartimento, los postes de telégrafo pasarían volando en la oscuridad, pinos y colinas desfilaban al paso del tren... ¡Cuánto ruido armaban los dos muchachos! ¿Es que nunca dejarían de bailar? Sí, sería pasmosamente sencillo, a veces el destino tenía golpes geniales...

—Bueno, de acuerdo —dijo tristemente Podtyagin.

Emitió un pesado suspiro, y comenzó a ponerse

en pie.

Con alegría, Alfyorov musitó:

—¿A dónde va mi gran amigo? Quédese un poco más, hombre...

—Tómese otra copa y cállese —dijo Ganin a Alfyorov, mientras rápidamente acudía al lado de Podtyagin—. Apóyese en mi brazo, Antón Sergeyevich.

El viejo miró vagamente a su alrededor, inició un ademán, como si quisiera apartar una mosca, y de repente, con un débil quejido, se tambaleó y cayó hacia delante.

Ganin y Klara consiguieron cogerle a tiempo, mientras los bailarines comenzaban a ir como enloquecidos de un sitio para otro. Sin apenas mover la lengua estropajosa, Alfyorov tartamudeó con brutalidad de borracho:

—Miren, miren: se está muriendo.

En voz calma, Ganin dijo:

—Deje de correr por ahí y haga algo útil, Gornotsvetov. Sosténgale la cabeza. Y usted, Kolin, agárrele por aquí. No, hombre, esto es mi brazo. Más arriba. ¡Deje de mirarme de esta manera! Más arriba, le he dicho. Klara, abra la puerta.

Entre los tres transportaron al viejo a su dormitorio. Tambaleándose, Alfyorov hizo un esfuerzo para seguirles, pero agitó el brazo lánguidamente, en ademán de despedida, y se sentó a la mesa. Con mano temblorosa, se sirvió más vodka, luego extrajo del bolsillo del chaleco un reloj de níquel y lo dejó en la mesa, ante sí.

—Tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho.

Pasó el dedo por encima de las cifras romanas, lo detuvo, inclinó la cabeza a un lado, cerró un ojo, y, con el otro, observó fijamente la manecilla grande.

En el pasillo, la perra comenzó a ladrar en voz aguda y tono excitado. Alfyorov formó una mueca:

—Asqueroso perrito. Lástima que no lo atropelle un coche.

Poco después, Alfyorov se sacaba un lápiz indeleble y con él trazaba una marca de color malva en el vidrio, sobre el número ocho. Siguiendo el compás del tic-tac, se dijo a sí mismo:

—Viene, viene, viene.

Recorrió la mesa con la vista, se echó a la boca un bombón de chocolate y lo escupió inmediatamente. Un grumo castaño se estrelló contra la pared.

Alfyorov guiñó el ojo al reloj, en su rostro apareció una pálida y estática sonrisa, y volvió a contar:

—Tres, cuatro, cinco, siete.

En la noche, la ciudad guardaba silencio. El encorvado viejo con la negra capa había ya iniciado sus merodeos. Golpeaba el suelo con su bastón, y con un gruñido se inclinaba al frente cuando la aguda punta del bastón descubría una colilla. De vez en cuando pasaba un automóvil. Con menos frecuencia, un nocturno coche de alquiler llegaba y se alejaba por la calle, balanceándose, acompañado del sonido de cascos contra el asfalto. Un borracho con sombrero hongo esperaba un tranvía en una esquina, pese a que los tranvías habían dejado de prestar servicio hacía dos horas por lo menos. Algunas prostitutas paseaban arriba y abajo, bostezando y dirigiéndose a sombríos transeúntes con el cuello del abrigo levantado. Una de estas muchachas abordó a Kolin y Gornotsvetov que avanzaban casi corriendo, pero se apartó de ellos tan pronto su

profesional mirada vio las pálidas y afeminadas facciones.

Los bailarines iban en busca de un médico ruso amigo suyo, para que atendiera a Podtyagin. Al cabo de una hora y media, regresaban a la pensión en compañía de un hombre medio dormido, de facciones rígidas y rostro afeitado. Este médico estuvo en la pensión cosa de media hora, produciendo de vez en cuando un sonido de succión, como si tuviera un orificio en una muela, y luego se fue.

Ahora, en la habitación a oscuras había silencio. Allí imperaba aquel silencio pesado, especial y triste que siempre se forma cuando varias personas permanecen sentadas, sin hablar, alrededor del lecho de un enfermo. Ahora, la noche iba muriendo ya. El perfil de Ganin, orientado hacia la cama, parecía labrado en piedra de color azul pálido. A los pies de la cama, en un vago sillón, flotando en las olas del alba, Klara miraba fijamente en la misma dirección

que Ganin. Más allá, Kolin y Gornotsvetov estaban sentados muy juntos en el pequeño diván, y sus rostros parecían dos pálidas burbujas.

El médico se había ido, bajando las escaleras tras la negra figura de *Frau Dorn*, cuyas llaves producían suaves sonidos metálicos, mientras ella se excusaba por hallarse el ascensor averiado. Al llegar abajo, *Frau Dorn* abrió la pesada puerta, el médico se quitó el sombrero, volvió a ponérselo y desapareció en la azulencia neblina.

La vieja cerró cuidadosamente la puerta, se envolvió mejor en el negro chal y subió las escaleras. Una fría luz amarilla iluminaba los peldaños. Sin que las llaves dejaran de tintinear agradablemente, *Frau Dorn* llegó al descansillo. Entonces, se apagó la luz de la escalera.

En el vestíbulo, *Frau Dorn* coincidió con Ganin, quien acababa de salir del dormitorio del enfermo, cerrando cuidadosamente la puerta tras sí. La vieja

musitó:

—El médico ha dicho que volvería esta mañana. ¿Cómo está? ¿No ha mejorado?

Ganin se encogió de hombros:

—No lo sé, pero creo que no. El sonido de su respiración es terrible.

Lydia Nikolaevna lanzó un suspiro, y, tímidamente, entró en el dormitorio. En un movimiento idéntico, Klara y los dos bailarines volvieron hacia ella los ojos de pálido brillo, y devolvieron la vista a la cama. La brisa estremeció levemente la ventana entornada.

Ganin recorrió de puntillas el pasillo, y entró en el dormitorio en que se había celebrado la fiesta. Tal como había supuesto, Alfyorov aún se encontraba sentado a la mesa. Su rostro parecía hinchado, y en él había un gris resplandor, resultante de la combinación de la luz del alba con la de la bombilla

teatralmente matizada. Alfyorov hacía movimientos afirmativos con la cabeza, y, de vez en cuando, eructaba. Encima del cristal del reloj, ante él, brillaba una gota de vodka, en la que se iba disolviendo la mancha malva del trazo de lápiz indeleble. Sólo faltaban cuatro horas.

Ganin se sentó al lado de aquella embriagada y adormilada criatura, y la contempló durante largo rato, juntas las espesas cejas, apoyada la cabeza en el puño, lo que daba tirantez a la piel del rostro y sesgo a los ojos.

De repente, Alfyorov resucitó, y volvió muy despacio la cabeza hacia Ganin, que dijo en voz lenta y clara:

—Creo que ha llegado el momento de que se acueste, querido Aleksey Ivanovich.

Con dificultad, Alfyorov repuso:

—No.

Y, después de pensar unos instantes, como si tuviera que resolver un difícil problema, repitió:

—No.

Ganin apagó la luz, ya innecesaria, sacó la pitillera y encendió un cigarrillo. Fuera a resultas del frío del pálido amanecer o a resultas de la bocanada de humo de tabaco, Alfyorov pareció serenarse un poco. Con la palma de la mano se frotó la frente, miró alrededor y acercó la mano, con bastante firmeza, a la botella.

A mitad de camino, la mano se detuvo, Alfyorov sacudió la cabeza, y con una floja sonrisa, dijo a Ganin:

—No puedo beber más. Mashenka está al llegar.

Al cabo de un rato, cogió el brazo de Ganin:

—Eh, oiga, usted, como se llame, Leb Lebovich, ¿me oye? Mashenka...

Ganin soltó el humo del cigarrillo, y miró

fijamente a Alfyorov. Lo vio todo en un mismo instante: la boca húmeda y entreabierta, la barbita de color de excremento de caballo, los aguados ojos de inseguro mirar.

Alfyorov le había agarrado el hombro, y balanceándose decía:

—Oiga, Leb Lebovich, ahora, en este preciso momento estoy como una cuba, llevo una castaña que no me tengo... Me han obligado a beber, esos malditos, pero no, no es eso lo que quería decirle... Yo quería decirle que la muchacha... Yo quería hablarle de la muchacha.

—Necesita dormir, Aleksey Ivanovich.

—Pues, como le decía, hubo una muchacha. No, no hablo de mi esposa, mi esposa es pura, pero he pasado tantos años lejos de ella... Por esto, no hace mucho tiempo, no, no, realmente hace ya mucho tiempo, en fin, ahora no recuerdo cuándo ocurrió, pero el caso es que me llevó a su casa. La chica

tenía aspecto de zorra, y era sucia, pero deliciosa... Y ahora Mashenka llega. ¿Comprende lo que esto significa? ¿Lo comprende? ¿Sí o no? Estoy borracho, ni siquiera puedo pronunciar la palabra perp... perpendicular... Y Mashenka no tardará en llegar. ¿Por qué? ¿Por qué son así las cosas? ¿Por qué todo va así? ¡Contésteme, maldito bolchevique! ¿Es que no sabe qué contestar?

Suavemente, Ganin quitó de su hombro la mano de Alfyorov. Meneando la cabeza, Alfyorov se inclinó sobre la mesa, en la que apoyó el codo. El codo resbaló arrastrando el mantel y derribando los vasos. Los vasos, una bandeja y el reloj fueron a parar al suelo.

—A la cama —dijo Ganin.

Y, cogiéndolo, lo puso violentamente en pie. Alfyorov no se resistió, pero estaba tan borracho que a Ganin le costó Dios y ayuda hacerle avanzar en la correcta dirección.

Al encontrarse en su dormitorio, Alfyorov esbozó una ancha y adormilada sonrisa, y se dejó caer lentamente en la cama. De repente, en su rostro apareció una expresión de horror. Se sentó, y tartamudeó:

—El despertador... Leb... Allí, en la mesa, el despertador... Póngalo a las siete y media.

—De acuerdo —repuso Ganin. Comenzó a dar vuelta a la manecilla. Dejó el despertador dispuesto para que el timbre sonara a las diez. Luego, lo pensó mejor y lo dejó a las once.

Cuando volvió a mirar a Alfyorov, vio que estaba profundamente dormido. Yacía boca arriba, con un brazo extendido en rara postura.

Así dormían los vagabundos borrachos en los villorrios rusos. Durante todo el día habían pasado, en el aire ardiente, adormilado y zumbante, altos carros cargados hasta los topes que avanzaban balanceándose, dejando en la carretera vecinal un

rastró de briznas de heno, y el vagabundo había seguido adelante, molestando a las muchachas veraneantes, golpeándose el resonante pecho, proclamándose hijo de un general, y, por fin, arrojando al suelo la gorra de visera, se había tumbado en la carretera, donde quedó hasta que un campesino bajó del carro cargado de heno. El campesino lo arrastró hasta la cuneta, y siguió su camino. Y el vagabundo, inclinando el pálido rostro a un lado, quedó como un cadáver caído en la cuneta, mientras los grandes carros, balanceándose, con su carga dulcemente olorosa, se deslizaban a través de las irregulares sombras proyectadas por las copas de los tilos en flor.

Después de dejar ruidosamente el despertador en la mesa, Ganin permaneció largo rato en pie, contemplando al hombre dormido. Luego, haciendo sonar la calderilla que llevaba en los bolsillos, dio media vuelta y se fue aprisa.

En el oscuro y minúsculo cuarto de baño

contiguo a la cocina, había un montón de conglomerados de carbón, en forma de ladrillos, cubierto con una estera. El vidrio de la estrecha ventana estaba roto, las paredes tenían vetas amarillentas, el tubo de la ducha metálica estaba torcido, en forma de látigo, y salía de la pared, sobre la bañera negra. Ganin se desnudó y estuvo varios minutos flexionando brazos y piernas. Sus miembros eran fuertes, blancos y con venas azules. Sus músculos se hinchaban y crujían. El pecho respiraba profunda y rítmicamente. Abrió el grifo de la ducha, y se puso bajo el chorro helado, en forma de abanico, lo que le produjo una deliciosa contracción del estómago.

Otra vez vestido, con estremecimientos de placer en todo el cuerpo, esforzándose en no producir el menor ruido, sacó al pasillo las dos maletas, y miró la hora. Eran las seis menos diez.

Dejó el sombrero y el abrigo sobre las dos maletas y entró silenciosamente en el dormitorio de

Podtyagin.

Los bailarines dormían en el diván, el uno apoyado en el otro. Klara y Lydia Nikolaevna estaban inclinadas sobre el viejo poeta, que tenía los ojos cerrados, en tanto que su rostro, del color de la arcilla seca, se estremecía de vez en cuando, en un espasmo de dolor.

Ahora era casi de día. Los trenes cruzaban dormidos la casa.

Mientras Ganin se acercaba a la cabecera de la cama, Podtyagin abrió los ojos. En aquel abismo en que iba precipitándose, su corazón encontró por un instante un débil agarradero. Podtyagin hubiera querido decir muchas cosas. Hubiera querido decir que ya nunca vería París, y menos aún su patria, que toda su vida había sido estúpida y estéril, y que ignoraba para qué había vivido y por qué moría. Volvió la cabeza a un lado, miró perplejo a Ganin y musitó:

—¿Ve usted? Sin pasaporte.

Algo parecido a una sonrisa pasó por sus labios. Movi6 los ojos, y una vez m6s el abismo le atrajo hacia sus profundidades, una punzada le atraves6 el coraz6n... Y respirar le parec6a una inalcanzable delicia.

Con mano fuerte y blanca, Ganin agarr6 el borde del embozo, fij6 la vista en el rostro del viejo poeta, y, en aquel mismo instante, record6 los vacilantes y fantasmales *doppelg6ngers*, los extras de cine rusos, que se hab6an vendido por diez marcos cada uno, y que, sab6a Dios d6nde, a6n cruzaban el blanco resplandor de las pantallas cinematogr6ficas. Pens6 que, a pesar de todo, Podtyagin hab6a dado algo, aunque este algo s6lo fuera un par de p6lidos versos que le hab6an dado calor y eterna vida, a 6l, a Ganin, de la misma manera que un perfume barato o los anuncios en una calle conocida llegan a sernos queridos. Durante un instante, Ganin vio la vida en toda la conmovedora belleza de su desesperanza y

su dicha, y todo adquirió exaltada altura y profundo misterio, todo, su pasado, la cara de Podtyagin bañada por la pálida luz, el débil reflejo de la ventana en la azulada pared, y las dos mujeres con oscuros vestidos, inmóviles a su lado.

Con pasmo, Klara advirtió que Ganin sonreía, y no alcanzó a comprenderlo.

Sin dejar de sonreír, Ganin tocó la mano de Podtyagin, que se estremeció muy levemente, allí, sobre la sábana. Volvió la cabeza hacia Klara y *Frau Dorn*, y dijo:

—Me voy ahora. No creo que volvamos a vernos. Despídanme de los bailarines.

Klara, también en voz baja, dijo:

—Le acompañaré a la puerta... Los bailarines duermen.

Y Ganin salió del dormitorio. En el vestíbulo, cogió las maletas y se echó el impermeable sobre un

hombro. Klara le abrió la puerta. Al salir al descansillo, Ganin dijo:

—Muchas gracias, y buena suerte.

Se detuvo un instante. Ya el día anterior había pensado que no estaría mal explicar a Klara que él jamás había tenido la menor intención de robar dinero, sino que había estado contemplando viejas fotografías. Sin embargo, ahora no pudo hallar utilidad alguna a esta explicación, por lo que inclinó la cabeza y comenzó a bajar con calma la escalera. Klara, con la mano en el manubrio de la puerta, se quedó mirando como Ganin bajaba. Llevaba las maletas como si de un par de cubos se tratara, y sus pesados pasos producían en los peldaños un sonido parecido al de un lento latir. Mucho después de que Ganin hubiera desaparecido en una curva de la escalera, Klara estaba aún en el descansillo, escuchando aquellos firmes pasos que se iban alejando. Por fin, cerró la puerta y se quedó unos instantes en el vestíbulo. En voz alta repitió:

—Los bailarines duermen.

Y bruscamente comenzó a sollozar sin producir ruido, pero con gran intensidad, mientras movía la punta del dedo índice, arriba y abajo, sobre la pared.

Las gruesas y pesadas manecillas en el gran rostro blanco del reloj que sobresalía perpendicularmente del rótulo de la tienda de relojería, señalaban las seis y treinta y seis minutos. En el débil azul del cielo que aún no se había calentado después de la frialdad nocturna, sólo una nubécula se había tornado de color rosáceo, y la alargada y delgada forma de esta nubecilla tenía una gracia inefable. Los pasos de los desgraciados que a esta hora estaban despiertos y circulando sonaban con especial claridad en el aire desierto, y, a lo lejos, una luz con colorido de carne destellaba en los raíles de los tranvías. Una carretilla, cargada con enormes montones de violetas, medio cubiertos con un burdo paño a rayas, avanzaba lentamente junto a la acera, y la florista ayudaba al corpulento perro de pelo rojo a arrastrar el vehículo. Con la lengua

fuera, el perro avanzaba trabajosamente, poniendo a contribución todos y cada uno de sus nervudos músculos entregados al servicio del hombre.

De las negras ramas de algunos árboles, en las que comenzaban a brotar los botones verdes, surgió una bandada de gorriones que voló produciendo un sonido de múltiples aleteos y se posó en lo alto de un delgado muro de ladrillos.

Las tiendas todavía dormían tras sus rejas, y las casas solamente estaban iluminadas en su parte alta, pese a lo cual era imposible imaginar que anochecía, en vez de amanecer. Las sombras se proyectaban en direcciones contrarias a las usuales, formando combinaciones anormales para la vista de los que conocen las sombras nocturnas, pero no están acostumbrados a las de la aurora.

Todo parecía torcido, atenuado y metamorfoseado, como si estuviera reflejado en un espejo. Y cuando el sol ganó altura, y las sombras se

dispersaron, colocándose en sus habituales lugares, la serena luz del mundo de los recuerdos, en que Ganin había vivido, devino lo que en realidad era, es decir, el pasado.

Miró alrededor, y al término de la calle vio, iluminada por el sol, la esquina de la casa en la que había revivido su pasado, al que jamás volvería. Había algo bellamente misterioso en aquel alejamiento de su vida en una casa.

A medida que el sol fue ascendiendo y la ciudad fue iluminándose, la calle fue despertando y perdió su fantasmal encanto. Ganin avanzaba por la parte media de la acera, balanceando sus maletas repletas, y se preguntaba cuánto tiempo hacía desde que se sintió en tan excelente forma como hoy, tan fuerte y tan dispuesto a enfrentarse con cualquier cosa. El hecho de que lo viera todo con visión nueva y amorosa —los carros que se dirigían al mercado, las delgadas hojas a medio crecer y los coloridos carteles que un hombre con delantal pegaba en las

paredes de un quiosco—, este hecho significaba para él una secreta encrucijada, un despertar.

Se detuvo en el jardincillo público cercano a la estación, y se sentó en el mismo banco en el que, muy poco tiempo atrás, había recordado su tifus, la casa de campo y su presentimiento de Mashenka. Dentro de una hora, Mashenka llegaría, su marido seguiría sumido en un sueño mortal, y él, Ganin, la recibiría.

Sin saber exactamente la razón, recordó el modo en que se había despedido de Liudmila, y en que había abandonado el dormitorio de ésta.

Detrás del jardincillo público estaban construyendo una casa. Ganin distinguía el amarillo maderamen de las vigas, y el esqueleto de la techumbre, en parte dotada ya de tejas.

Pese a lo temprano de la hora, ya se trabajaba. Las figuras de los obreros en el andamiaje destacaban en azul contra el cielo matutino. Uno de

ellos caminaba por la cornisa, ligero y libre, hasta el punto que parecía pudiera echar a volar. El andamiaje brillaba como oro al sol, y dos obreros pasaban tejas a un tercero, en lo alto. Estaban tumbados de espaldas, uno a nivel superior al otro, como si yacieran en los peldaños de una escalera. El hombre situado más cerca del suelo pasaba las rojas tejas, como si de grandes libros se tratara, por encima de su cabeza; él hombre a nivel intermedio cogía la teja, y en una continuidad de movimiento, echándose hacia atrás y elevando los brazos, la pasaba al obrero en lo alto. Este perezoso y regular proceso producía en Ganin un curioso efecto calmante. El amarillo andamiaje de madera estaba mucho más vivo que el más vivo de los sueños centrados en el pasado. Mientras Ganin contemplaba el esqueleto de tejado en el etéreo cielo, comprendió con implacable claridad que sus relaciones con Mashenka habían terminado para siempre. Habían durado cuatro días, cuatro días que quizás habían

sido los más felices de su vida. Pero ahora que sus recuerdos se habían acabado, se sentía saciado de ellos, y la imagen de Mashenka, juntamente con la del poeta agonizante, quedaba ya encerrada en aquella morada de fantasmas que, ahora, también se había convertido en recuerdo.

Salvo en esta imagen, Mashenka no existía ni podía existir.

Esperó el instante en que el expreso del norte cruzó lentamente el puente de hierro. El expreso pasó, y desapareció detrás de la fachada de la estación.

Entonces, Ganin cogió las maletas, llamó a un taxi, y dijo al taxista que le llevara a otra estación, a la estación situada en el otro extremo de la ciudad. Eligió un tren que salía para el sudoeste de Alemania, dentro de media hora. Gastó la cuarta parte de cuanto dinero tenía en el mundo para pagar el billete, y, con agradable excitación, pensó la

manera en que cruzaría la frontera sin necesidad de un solo visado. Al otro lado se extendía Francia, la Provenza, y después el mar.

El tren partió y Ganin se sumió en un leve sueño, con el rostro oculto por los pliegues del impermeable colgado de un gancho, sobre el asiento de madera.



VLADIMIR NABOKOV. Nacido en San Petersburgo en 1899 en el seno de una acaudalada y aristocrática familia, aprendió francés e inglés de niño. En 1919, iniciada la revolución bolchevique, marchó al Reino Unido, estudiando Filología Eslava y Románica en el Trinity College de la Universidad de Cambridge. Tres años más tarde, marchó a Berlín viviendo dentro de la comunidad rusa en el exilio, y comenzando a escribir poesía. En 1937 viajó a Francia, asentándose más tarde en París. En 1940, por la presión nazi, emigró con su familia a Estados

Unidos, trabajando en el museo Americano de Historia Natural, compaginando el trabajo con el de profesor de Literatura Comparada en el Wellesley College, donde años después sería profesor de ruso. En 1945 adquirió la nacionalidad americana, y en 1948 fue profesor de ruso en la Universidad de Cornell. Su primera novela (*Mashenka*) apareció en 1926, título continuado por *Rey, Dama, Criado* (1928), *La Defensa de Luzhin* (1930) o *Habitación Oscura* (1933), libros que le convirtieron en uno de los principales narradores de su época. Tras el éxito literario y económico de *Lolita*, publicada en 1955, marchó a Montreux en Suiza, donde continuó su carrera literaria y su afición por la entomología y los problemas de ajedrez, y donde falleció en 1977.